



CALIFORNIA BIBLICAL UNIVERSITY OF PERU

LA BODA DE SANTA CAROLINA DE GRIBOUILLE

POR LA CONDESA DE SEGUR

Traducción del francés por Moisés Chávez



DEDICATORIA

A MI NIETECITA
VALENTINE DE SEGUR-LAMOIGNON

Querida niña, yo te ofrezco a ti, encantadora, amada y rodeada por todos, la historia de un pobre muchacho, un poco retrasado, poco amado, pobre y despojado de todo. Compara su vida con la tuya, y da gracias a Dios a causa de la diferencia.

La Condesa de Ségur,
Nacida con el apellido Rostopchine

PREFACIO

La idea primigenia de este libro me ha sido dada por el recuerdo de una de las más encantadoras y espirituales obras que se hayan representado en la escena: La hermana de Jocrisse, producida por Duvert, Varner y Lausanne.

Yo me he permitido tomar prestado dos o tres palabras o situaciones jocosas de esta obra, que yo he desarrollado para el provecho de mis jóvenes lectores. La más importante es la idea de la enemistad de Gribouille con un loro. Yo espero que los señores autores me perdonarán este semi-plagio.

Gribouille y Jocrisse, siendo gemelos, mi Gribouille ha imitado de manera casi involuntaria a su divertido e inimitable predecesor.

La Condesa de Ségur,
Nacida con el apellido Rostopchine

CONTENIDO

INTRODUCCION

Por Moisés Chávez

1

EL GRIBOUILLE

2

LA PROMESA DE CAROLINA

3

LA MUERTE DE MAMA THIBAUT

4

LA OBEDIENCIA DEL GRIBOUILLE

5

LA VENGANZA DE ROSE

6

EXPLICACION DE LOS MALENTENDIDOS

7

LA VAJILLA HECHA AÑICOS

8

LAS BUENAS AMIGUITAS

9

UN ENCUENTRO INESPERADO

10

¡SI SERAS TORPE!

11

UN MAGNIFICO POSTRE

12

LA ESCENA DE LOS CANARIOS

13

REFLEXIONES SOBRE LA JAULA VACIA

14

¡POBRE LORO DE PORQUERIA!

15

UN AMIGO FALSO

16

UN NUEVO AMIGO

17

¡OTRA VEZ LA SEÑORA GREBU!

18

EL ADIOS

19

UNA TRAGEDIA CAMINO A CASA

20

DE NUEVO EN CASA

21

CAROLINA EN LA PRISION

22

CAROLINA EN LA CASA

23

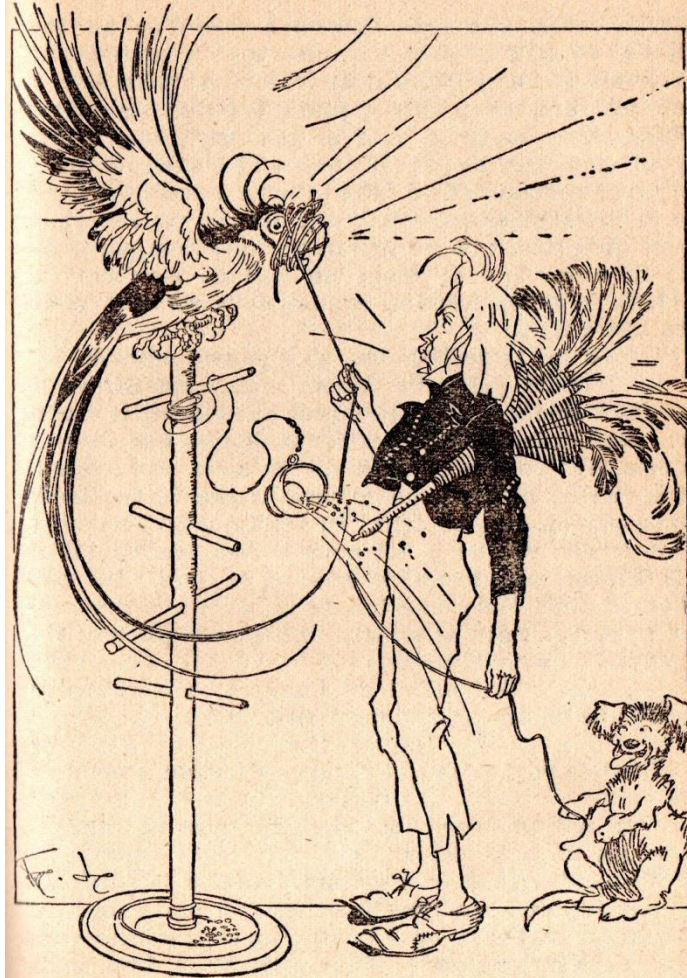
DESENLACE DE UN PRESENTIMIENTO FATAL

24

UN FINAL CONMOVEDOR

INTRODUCCION

Por Moisés Chávez



Después de mi último viaje a Israel, de regreso a casa en Bolivia visité la Ciudad del Vaticano y . . . ¡A que no te imaginas con quiénes me encontré en la Capilla Sixtina!

Me encontré nada menos y nada más que con el Papa Pancho y . . . ¡con mi adorado colega, el Dr. Calongo, de la congregación de los Bautistas del Sur, que dizqué se encontraban haciendo turismo sacro, ¡aunque vaya usted a saber!

Me dice el Dr. Calongo con aire socarrón:

—¡De cuándo acá la mona en misa!

Y añade el Papa Pancho, al unísono con su señora esposa, mi hermana Sara Olinda:

—¡¡¡Y con tanta devoción!!!

Es que me encontraron con mi vela, preguntando por la ubicación del altar de la santa francesa, Carolina de Gribouille, de la cual me he convertido últimamente en su

fanático devoto, tras sellar el contenido de mi super califragilística página web, www.bibliotecainteligente.com.

* * *

Tras la sorpresa de este inusitado reencuentro, les cuento:

—Antes de venir a la Ciudad Eterna he hecho una escala en la Ciudad Luz, París, con el solo propósito de conseguir el original de un sensacional libro francés escrito a mediados del Siglo 19 y que sólo allí podría hallar con toda seguridad.

Me pregunta el Dr. Calongo:

—¿Y se puede saber cuál es ese libro, doc?

Le respondo:

—Es la biografía de Santa Carolina de Gribouille, la santa de mi devoción. Ha sido escrita en francés por la Condesa de Ségur, la escritora ruso-francesa que se ha convertido en mi obsesión. A ningún escritor o escritora he leído tanto como a ella. ¡y en francés!

* * *

Me pregunta el Dr. Calongo:

—Gribouille debe ser el nombre del lugar de su procedencia de esa santa, ¿verdad, doc? Porque no creo que sea su apellido de casada por el “de”. . .

Le respondo:

—Pues te diré que no.

Y él inquiera:

—Entonces, ¿qué significa el apelativo “Gribouille”?

Le respondo:

—Originalmente era el apodo de su hermano menor, su único y adorado hermano, apodo que la santa heredó cuando él murió inesperadamente a la edad de dieciséis años.

Me dice el Dr. Calongo:

—Yo nunca he oído hablar de esta santa, pero supongo que ella está en el Santoral, ¿verdad doc?

Y le dejo atónito con mi respuesta:

—¡Ah! Ella está registrada en el Santoral de la Santa Sede de la CBUP donde su testimonio ha servido como caso de estudio.

* * *

Para los profanos, *Gribouille* o *gribouille* (pronúnciese, *gribúi* con “r” gutural francesa), significa algo así como “churgape”.

Me interrumpe el Dr. Calongo:

—¿Y qué significa la palabra “churgape”, doc? ¿Es una palabra aramea o griega?

Y le respondo:

—Es una palabra shilica que significa “chapulín”.

—¿Y qué significa “chapulín”, doc.

—Al margen de que es la designación de una variedad de grillos mexicanos, la palabra se usa para referirse a una persona ingenua y torpe.

—¿Como el Chapulín Colorado, doc?

—Yo diría, más bien, como el Chavo del Ocho. Casualmente, en su momento yo sugerí que el doblado del Chavo del Ocho al francés fuera designada como “El Gribouille del Número Ocho”. Pero no me hicieron caso los franchutes.

* * *

Como dije antes, Gribouille era el apodo del hermano menor de Carolina, un muchacho algo torpe pero bien motivado. Y ella no es otra que Santa Carolina, la santa de mi devoción, que en vida mereció ser conocida como “su Hermana del Gribouille”. Como en Celendín, donde los apodos se heredan generacionalmente, como bien te pueden ilustrar los Churgapes, los Sacachispas y los hermanos Mullushingos.

Fue la Condesa de Ségur quien escribió la biografía de ambos hermanos en una hermosa obra diseñada especialmente para el lector en edad escolar, intitulada *La Sœur de Gribouille* (La Hermana de Gribouille), la misma que ascendió a los altares de la santidad sin jamás haber sido monja o religiosa como alguien podría suponer a causa del uso de la palabra *Sœur* como título nobiliario de las religiosas católicas, no sólo en Francia sino alrededor del mundo.

A la verdad, Carolina era costurera, y en tiempos de necesidad, cocinera y mucama, a la manera de Santa Rosa de Lima o de la Beatita de Humay.

* * *

La traducción de la obra de la Condesa de Ségur del francés al español fue asumida por vuestro servidor, para servir de caso de estudio en la Santa Sede de la CBUP, a fin de dar fundamento a nuestra reflexión respecto del fenómeno tan en boga de la santidad.

A la verdad, ella fue y es santa sin haber necesitado que yo la canonizara. Modestia aparte, ella es la cuarta persona que he canonizado, yo personalmente, en la Santa Sede de la CBUP. Los tres primeros fueron San Martín Lutero, San Casiodoro de Reina y San Cantinflas, el santo patrón de la comicidad mexicana y latinoamericana. Aunque, a Dios sea la gloria, santos hay muchos, de todos los colores y en todas las confesiones religiosas, incluso en la confesión de los hermanos ateos anónimos sea su memoria bendición.

Gribouille, el hermano de Carolina, también murió en olor de santidad, tras haber franqueado con el sacrificio de su vida el acceso a la gloria de muchos, especialmente de su hermana Carolina y de su cuñado, el señor Bourget, que era brigadier de gendarmería o guardia civil.

* * *

—¿Cómo era el Gribouille?

—En los tiempos cuando la Condesa de Ségur escribió la biografía novelada de Santa Carolina de Gribouille y de Gribouille mismo, no se pudo hacer otra cosa que meterlo al muchacho en el mismo costal con todos los retrasados mentales, junto con los torpes simpáticos, con los religiosos fundamentalistas y con los incapaces de mentir.

—¿Cómo el apóstol George Frankenstein?

En tiempos modernos se ha logrado definir su limitación de una manera más digna y responsable. Gribouille en realidad debe su personalidad controversial y atractiva a una variedad de autismo llamada Síndrome de Asperger, caracterizado entre otras cosas por la hiper literalidad de su pensamiento y expresión y su consecuente incapacidad para captar el doble sentido de las palabras. Su intensa memoria y su incapacidad de mentir les mete en problemas a ellos mismos y a terceros. La repetición de detalles minuciosos en sus diálogos lleva hasta el cansancio a sus interlocutores. A esto se suma su fortuna de no sentir la necesidad de llorar, y de no experimentar ningún tipo de complejos, lo que los hace muy locuaces.

Los lectores potenciales pueden menoscabar la temática de esta novela, como que es imposible que pueda contener un excelente humor que es el *sine qua non* de las obras que se leen y releen. Incluso en las escenas con Jacquot, un loro de porquería que abusa irresponsablemente de su capacidad de hablar, no se escatima el excelente humor de Gribouille que cree solucionar el problema de los insultos del loro con amarrarle el pico. Y hablando del loro Jacquot (pronúnciese: *Shacó*), su nombre es el diminutivo francés de Jacques y si se traduciría al español sería “Santiaguito”.

* * *

Sobre la base del análisis de la clase de autismo que prefigura esta novela se filmó hace algún tiempo una película que pronto se convirtió en la gloria de la cinematografía hindú. El film lleva por título, “Mi nombre es Khan”, que mejor se traduciría como “Mi apellido es Khan” —Khan es un apellido muy frecuente entre los musulmanes de la India—. Los actores protagonistas son el actor estrella del cine hindú, Shahrukh Khan y la bella Kahol actuando como su esposa Mandira.

Rodada en el 2010, casi una década después de la tragedia de las Torres Gemelas el 11 de septiembre del 2001, está situada en la coyuntura de la guerra contra el terrorismo, particularmente de Al-Qaeda.

Su núcleo histórico deriva de la ingrata experiencia del actor Shahrukh Khan, que el 14 de agosto del 2009 fue detenido en el aeropuerto de Newark e investigado más de la cuenta debido a su “apellido musulmán”, lo que provocó gran indignación en la India. Pero Khan no reaccionó así contra Estados Unidos, sino que aprovechó la oportunidad para proyectar hacia Estados Unidos una imagen positiva de los musulmanes, que en realidad es su verdadera imagen.

Esta obra cinematográfica traza la historia de Risvan (Risu, de cariño), nacido y crecido en una familia musulmana que interesadamente no creía para nada el mito shiíta de Irán, de que Estados Unidos de América del Norte es “el Satán” de Occidente. Al contrario, lo que prima en el entorno de su noble familia musulmana es un gran cariño por Estados Unidos a donde finalmente Risu emigró y donde se casó con Mandira, una hermosa mujer de confesión hindú.

* * *

Volviendo al caso patético de nuestro bien amado amigo Gribouille, antes que un retrasado mental él es como Risvan Khan, un muchacho nada comprendido por su entorno, salvo por unas pocas personas inteligentes y bien motivadas de quienes se ganó de hecho su amor y su amistad.

La amistad, el más alto honor de la vida que colinda con la incapacidad traicionar a los amigos, es el valor más apreciado por Gribouille como por los que están limitados por el Síndrome de Asperger. De ello dio testimonio Gribouille hasta en los últimos segundos de su corta vida.

Fue una real tragedia la pérdida de la amistad de su amigo, el Sr. Delmis, el alcalde de la villa, y a Dios gracias fue recuperada al final de su vida. Sobre la visión que Gribouille tiene de la amistad y del amigo son expresivas las palabras que le dirige al Sr. Delmis cuando le pide consejo y protección ante el desenlace de la muerte del perverso loro Jacquot:

¿Y a quién más quiere el señor que yo se lo pida, si no es a mi amigo? El señor es mi único amigo sobre la tierra. Con la excepción de Carolina, que es tan buena conmigo y que me ama, yo no tengo a nadie más. Nadie me ha dicho jamás como lo ha hecho el señor: “Gribouille, yo te defenderé; yo seré tu amigo.” He allí por qué yo vengo a usted, señor.

* * *

El amor de un amigo, su amor sacrificial, es hecho resaltar por la Condesa de Ségur cuando presenta el sacrificio de Gribouille para salvar la vida del brigadier Bourget a quien ama como a un hermano.

La escalofriante escena es presentada en muy pocas palabras, así: “Su camarada (del brigadier) no había visto nada, pero el ruido del tiro de pistola le había llevado al cuarto donde había encontrado a Gribouille inundado en sangre, y sonriendo a pesar de la herida. ‘¡Yo lo he salvado! —dijo con una voz estrangulada—. ¡Yo he salvado a mi amigo! Yo estoy muy contento. . .’ ”

O como le dice el Gribouille al mismo Brigadier un poco más adelante: “Yo estoy contento. . . Yo voy a morir. . . Es por usted. . . Yo estoy feliz. Yo le amo mucho —dijo con una voz jadeante—.”

O como describe la autora el final: “Gribouille cerró los ojos. El brigadier le contemplaba con ternura. ‘Jamás —se decía a sí mismo—, me he sentido tan conmocionado, tan atribulado. Por poco yo lloro como un niño. ¡Este pobre muchacho! ¡Lanzarse entre mí y el fuego que él vio venir! ¡Dar su vida para salvar la mía. ¡Pobre muchacho! ¿Dónde encontraré yo semejante amigo?’ ”

¿No le hacen pensar, esta escena y estas palabras, en las palabras de Jesús? Cuando dice en el Evangelio de Juan 15:13, 14: “Nadie tiene mayor amor que éste, que uno ponga su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando.”

* * *

Otra cualidad de Gribouille, su apego a principios, se observa cuando le responde a Emilia, la hija pequeña de los esposos Delmis, cuya casa están a punto de dejar Carolina y Gribouille al ser despedidos del servicio doméstico por su perversa mamá. La niña le ruega que le ruegue a Carolina que se quede con ellos, y le responde Gribouille con dignidad:

—*Ella no me escuchará, señorita, porque ella tiene más de espíritu y de buen sentido que usted y yo, y porque ella sabe mejor que yo lo que hay que hacer o no hacer. Y yo no se lo pediré porque eso es contrario a mis gustos, a mis ideas y a mis principios, señorita. Porque yo tengo principios, señorita, y también ideas. Yo continúo: Es contrario mis principios, sí, señorita, a mis principios. No hay nada de qué reírse. . . Yo digo: A mis principios.*

Es tan impresionante el contenido de este párrafo que transcribimos algunas de sus palabras en francés: *Je ne le lui demanderai pas, parce que cela est contraire a mes goûts, à mes idées et à mes principes. Car j'en ai des principes, mademoiselle. . . et des idées aussi.*

Y en cuanto a la temprana partida de Gribouille, ella tuvo el efecto de reorganizar la vida de su hermana Carolina basada en principios y dignidad, hasta colocarla bien alto en el altar de la amistad y de la santidad.

* * *

Como en toda la veintena de novelas de la Condesa de Ségur escritas para la juventud, sus personajes constituyen un montaje de personas de la vida real. Se trata de un montaje realizado en el santuario de la ficción literaria y haciendo resaltar el rol paternal y protector del cura de la localidad, que representa su verdadero perfil pastoral. Esto servirá de aliento al lector en estos tiempos del Papa Pancho, tan vapuleados por el descubrimiento de los crímenes del clero y de la curia, abominables crímenes de abuso sexual.

No hay duda que la genial escritora ruso-francesa se inspiró en una golpeada pero victoriosa familia de la villa Equis de Normandía cuyo nombre ella se reserva, por alguna razón.

Sin duda, la Condesa de Ségur escribió esta obra tras haber estudiado de cerca las características de las personas que adolecen de Síndrome de Asperger, y con ello hizo una gran contribución a la investigación del autismo en nuestro tiempo.

Gribouille y Carolina, no son pues personajes históricos, y la devoción del Dr. Moisés Chávez por Santa Carolina de Gribouille no es otra cosa que otra modalidad de autismo.

* * *

A propósito de la traducción de *La Sœur de Gribouille* con el título de *Las bodas de Santa Carolina de Gribouille*, esta libertad que asume el traductor la deriva de las palabras del señor cura de la villa dirigidas al brigadier que se convertiría en el esposo de Carolina. Se refiere a la santidad que el brigadier no puede asociar con su propia persona. Pero le dice el señor cura: “Usted llegará a ello, amigo mío cuando tenga bajo sus ojos el ejemplo y el amor inagotable de aquella a quien usted ha llamado en este momento la santa Carolina.”

La traducción de esta admirable obra de la Condesa de Ségur para el lector escolar ha sido incluida en el altar sagrado de www.bibliotecainteligente.com, la página web que el traductor comparte con la Santa Sede de la CBUP.



Dr. Moisés Chávez,
Editor de la *Biblia Decodificada*
Revisor Principal de la Biblia RVA
Director del CEBCAR Internacional
Director Académico de la CBUP

1

EL GRIBOUILLE

La mujer Thibaut estaba extendida en su cama. Ella miraba con tristeza a su hija Carolina que trabajaba con ardor para terminar de coser un vestido que debía llevar en esa misma tarde a la Sra. Delmis, la mujer del alcalde.

Al lado de la cama de la mujer Thibaut estaba Gribouille, un muchacho de quince o dieciséis años, buscando pegar con cola las hojas zafadas de un libro muy viejo y sucio. El asumía sin cansarse esta tarea porque ni bien la hoja estaba pegada, él la tiraba para ver si estaba bien pegada. La hoja, al no haber tenido tiempo para secarse, se despegaba, y Gribouille volvía a pegarla sin molestarse.

Su madre le dice:

—Mi pobre Gribouille, tus hojas no se pegarán nunca si tú las tiras así como haces.

Le dice Gribouille:

—Tendrán que pegarse de todas maneras hasta que yo pueda jalarlas sin que se zafen. Yo jalo las otras hojas; ¿por qué no puedo jalar éstas también?

Le dice su madre:

—Porque éstas están sueltas, mi querido.

Le dice Gribouille:

—Es porque están sueltas que quiero reacomodarlas. Yo necesito este catecismo, sea como sea. El señor cura lo ha dicho. La Sra. Delmis lo ha dicho. Carolina me ha dado el suyo, que tampoco está nuevo, y yo quiero ponerlo en buen estado.

Le dice su madre:

—Deja que se sequen las hojas que tu pegas, si quieres que se sujeten bien.

Le dice Gribouille:

—¿Qué se logrará con eso?

—Se logrará que no se despeguen.

Le dice Gribouille:

—¿Verdad? Pues bien, las dejaré hasta mañana, y veremos qué pasa.

Gribouille pega todas las hojas desprendidas y se va a poner el libro sobre la mesa donde Carolina colocaba sus labores y sus papeles.

* * *

Le dice Gribouille a Carolina:

—¿Terminarás pronto, Carolina? Yo tengo mucha hambre; ya es hora de comer.

Le dice Carolina:

—Dentro de cinco minutos. No me falta que pegar más que dos botones. ¡Ya! ¡Ya terminé! Yo voy a llevar el vestido y enseguida volveré para preparar la comida. Mientras tanto, quédate junto a la mamá para alcanzarle lo que ella te pida.

Le dice Gribouille:

—¿Y si ella no pide nada?

Carolina le responde, riendo:

—Entonces tú no le alcanzarás nada.

Le dice Gribouille:

—Entonces yo quisiera mejor ir contigo; ya hace tiempo que me quedo encerrado.

Le dice Carolina:

—Pero la mamá no puede quedarse sola, enferma como está. Espera; yo pienso que tú podrías llevar este vestido, tú solo, a la Sra. Delmis. Yo lo voy a empaquetar bien y tú lo tomarás bajo el brazo. Tú lo llevarás a la Sra. Delmis y preguntará por la mucama, y le lo darás de parte mía. ¿Has comprendido bien?

Le dice Gribouille:

—¡Perfectamente! Yo llevaré el paquete bajo mi brazo y lo llevaré a la casa de la Sra. Delmis. Yo preguntaré por la mucama y se lo entregaré de parte tuya.

Le dice Carolina:

—¡Muy bien! Anda rápido y vuelve pronto. A tu regreso encontrarás servida tu comida.

* * *

Gribouille tomó el paquete, partió como una flecha, llegó a la casa de la Sra. Delmis y preguntó por la mucama.

Un cartero que salía de la casa le dijo:

—En la cocina, mi estimado, en la primera puerta de la izquierda.

Gribouille conocía el camino a la cocina. Al entrar saludó y le presentó el paquete a la Srta. Rose, diciéndole:

—Mi hermana le envía un pequeño obsequio, señorita Rose: Un vestido que ella ha hecho con sus propias manos, de principio a fin. Ella se ha apresurado para terminarlo esta misma tarde.

Le dice la Srta. Rose:

—¡Un vestido! ¡Oh! ¡Pero qué amable es Carolina! Veremos como ésta.

La Srta. Rose deshizo el paquete y extendió un hermoso vestido en tela de algodón rosada y blanca. Ella lanzó un grito de admiración, le agradeció a Gribouille, y con el exceso de su alegría le dio un pedazo de queque y un sonoro beso. Después corrió rápidamente a su cuarto para probarse el vestido que le quedaba perfectamente bien.

* * *

Gribouille, orgulloso de su cometido, volvió a casa corriendo y le dijo a su hermana:

—He cumplido con tu encargo, hermana mía. La Srta. Rose está bien contenta. Ella me ha abrazado y me ha dado un gran pedazo de queque. Yo tuve ganas de comérmelo, pero mejor lo he guardado para darte un pedazo a ti y otro a la mamá.

Le dice Carolina:

—Eres muy amable, Gribouille; te lo agradezco. Allí tienes tu comida servida; sentémonos a la mesa.

Le dice Grigouille:

—¿Qué tenemos para comer?

Le dice Carolina:

—Una sopa de repollo y una ensalada.

Le dice Gribouille:

—¡Qué bien! Me gusta mucho la sopa de repollo, y también la ensalada. Después comeremos el queque.

Carolina y Gribouille se sentaron a la mesa. Antes de servirse ella, Carolina tuvo a bien servirle a su madre que no podía levantarse de su cama a causa de una parálisis general.

* * *

Gribouille comía a su tiplín; nadie decía ni una palabra. Cuando llegó el turno del queque, Carolina le pregunta a Gribouille si era la Sra. Delmis que se lo había dado.

Gribouille le responde:

—No. Yo no he visto a la Sra. Delmis. Tú me has dicho que preguntara por la mucama, y yo he preguntado por la mucama.

Le dice Carolina:

—¿Y tú no sabes si la Sra. Delmis ha estado contenta con el vestido?

Le dice Gribouille:

—De veras que no; yo no me he preocupado por eso. Además, qué importa que ella esté contenta o no. Es la Srta. Rose quien ha recibido el vestido, y es ella que lo ha encontrado lindo y que reía, y decía que tú eres muy amable.

Un tanto sorprendida, le dice Carolina:

—¿Que yo soy amable? No había nada de amable en enviar el vestido.

* * *

Carolina quedó un poco asombrada de la alegría de la Srta. Rose cuando el pequeño Colas, el ahijado de la Sra. Delmis llegó casi sin respirar a pedir el vestido que había sido prometido para esa tarde.

Le dice Carolina:

—Yo se lo he envidado hace una hora. Es Gribouille quien se lo ha llevado.

Le dice Colas:

—Sin embargo, la Sra. Delmis lo reclama. Hay que creer que ella no lo ha recibido.

Carolina le dice a Gribouille:

—¿Acaso no se lo has entregado a la Srta. Rose?

Responde Gribouille:

—Sí, yo se lo he entregado de parte tuya, como tú me lo habías dicho.

Le dice Carolina:

—Entonces es la Srta. Rose que habrá olvidado de entregarlo. Corre rápido, Colas. Dile a la Sra. Delmis que el vestido está desde hace una hora en manos de la Srta. Rose.

Colas partió corriendo.

Carolina estaba inquieta. Ella temía, sin poderse explicar, que se trataba de una torpeza o de un error de Gribouille. Pero a todas sus preguntas, Gribouille respondía sin variación: “Yo le he entregado el paquete a la Srta. Rose, como tú me lo has dicho.”

* * *

Carolina se puso a preparar todo para poner a dormir a su familia. Su pobre madre no dejaba su cama desde hacía cinco años y no podía ayudar a su hija en lo que respecta a los quehaceres de la casa. Pero Carolina se ingeniaba para cumplir con todo. Ella era activa, laboriosa y organizada. Ella tenía la casa en tal estado de limpieza que daba realce a los viejos muebles que había. Con su trabajo ella suplía lo que pudiese faltar para las necesidades de la familia, sobre todo de su madre.

Gribouille hacía lo mejor por ayudarle, pero el pobre muchacho tenía una inteligencia tan limitada, que Carolina no podía confiarle alguna labor que la que él hacía con ella. Su verdadero nombre era Babyllas.

Un día él se imaginó poner un hermoso traje nuevo a salvo de la lluvia metiéndose hasta las rodillas en un arroyo cercado por sauces llorones. Sus amigos se burlaban de él y gritaban que se comportaba como Gribouille, que se metía en el agua, para no mojarse. Después de ese día no le llamaban otra cosa que Gribouille, incluso en su propia familia, y este nombre se le pegó.

Su figura dulce y regular, su fisionomía un poco ingenua, su boca ligeramente entreabierta, su talle esbelto y su aspecto descuajeringado llamaban la atención y acusaban una ligera incomodidad en su espíritu, inspirando el interés y la simpatía.

* * *

El estaba ayudando a su hermana a poner en orden todas las cosas y a limpiarlas, cuando un fuerte golpe en la puerta hizo que Carolina se estremeciera.

—¡Entre! —gritó ella un poco conmocionada—.

Entonces la Srta. Rose empujó violentamente la puerta y entró con su semblante inflamado de cólera. Y dirigiéndose a Carolina dijo:

—Yo le ruego, señorita, que en futuro se deje de hacer bromas pesadas y de no buscar que me pelee con mi señora patrona, seguramente para tomar mi lugar de trabajo.

Carolina le dice:

—¿Qué es lo que usted quiere decir, señorita Rose? Yo no comprendo vuestros reproches. Yo jamás he buscado hacer que se pelee con la Sra. Delmis.

Le dice Rose:

—Seguramente fue para contentarla que usted me ha enviado un vestido como para mí cuando usted sabía que era para ella, que ella le ha dado para confeccionar y que ella esperaba. Muy inocentemente yo me pongo el vestido creyendo que era una amabilidad de parte vuestra, y ocurre que la Sra. Delmis, que miraba yo no sé qué cosa por su ventana, me vio pasar, reconoció mi vestido que era suyo, me hace vejaciones en plena calle y me hace entrar para desvestirme y para que le entregue el vestido que usted me había enviado como un presente. ¡Y todavía yo había cometido la tontería de darle un queque a vuestro imbécil de hermano que se hizo cómplice de vuestra maldad!

* * *

Le dice Carolina:

—Lo que usted me dice me sorprende mucho, señorita Rose. Yo le había pedido a mi hermano entregarle a usted el vestido. Yo pensé que usted se la entregaría a la señora Delmis. ¡Cómo habría yo pensado que usted lo recibiría como un presente de mi parte, una

pobre mujer, que a duras penas hago sobrevivir a mi familia! Y en lo que respecta a mi hermano, él ha cumplido la comisión que yo le he hecho, y yo no pienso que él amerite vuestras injurias.

Le dice la Srta. Rose:

—Está bien, está bien, señorita. Justifíquese como pueda; pero yo le advierto que si usted quiere hacer que me boten de la casa de la Sra. Delmis con el propósito de tomar mi lugar, usted no permanecerá allí. La señora es caprichosa y avara. Ella paga poco y en todo pone la mira. Ella gruñe por cualquier cosa. Ella le echa en cara los leños de la candela. Ella encierra el azúcar, el café, los confites, el vino, todo, todo. Es una casa de nada, una verdadera barraca. Además, los hijos que van y vienen, que le llegan los unos tras los otros. Es insoportable, y yo le digo de antemano para que usted sepa cómo son las cosas.

* * *

Le dice Carolina:

—Yo no tengo ningún interés por entrar a la casa de la Sra. Delmis; yo le aseguro. Usted sabe bien que yo tengo a mi madre y mi hermano a quienes yo no les puedo dejar. Y si esa casa es tan mala, ¿por qué está usted desde hace un año y por qué parece estar usted tan molesta ante el mero pensamiento de que yo haya querido hacerla salir de allí? Yo siempre he visto a la Sra. Delmis buena para todo el mundo y sobre todo para usted, señorita Rose. En el tiempo de vuestra enfermedad ella le ha cuidado tan bien, así me parece. Ella le ha hecho cuidar por tres noches, y ella no le ha negado nada de lo que pudiese serle bueno y agradable. Usted debería estarle agradecida en lugar de hablar de ella como acaba de hacerlo.

Le dice la señorita Rose:

—Yo no necesito vuestras lecciones, señorita. Yo sé lo que he de decir o lo que no he de decir. Yo veo por sus palabras que usted sabe halagar a la Sra. Delmis para sacarle plata. Pero yo sabré arruinarle, y en el futuro no le irá bien con vuestros vestidos. Vuestra reputación de buena costurera va a sufrir.

Le dice Carolina:

—¿Por qué mis vestidos no seguirán siendo como antes, si yo me esmero con ellos? Yo hago lo mejor que puedo y el buen Dios ha protegido mi trabajo. El no me retirará su apoyo.

Le dice la señorita Rose:

—Sí, sí, cuente conmigo. Yo le daré un puñetazo en la ocasión; las tijeras por aquí, un pliegue por allá, y usted verá lo que le ocurrirá a vuestro buen talento en lo que respecta a vestidos y mantos.

Le dice Carolina:

—No es posible, señorita Rose. ¡Usted no hará semejante maldad!

* * *

Le dice Gribouille a su hermana:

—¿Qué quiere hacer ella, hermana mía? Dímelo; yo sabré cómo impedirselo.

Le dice la señorita Rose:

—Tú, imbécil, ¿tú me impedirás arruinar los vestidos de acuerdo a mi gusto para que vayan como espero? ¡Yo te reto, idiota!

Le dice Gribouille:

—No sólo hay la Sra. Delmis en la ciudad, vieja mala. Y yo también le haré vuestra reputación si usted le hace daño a mi hermana.

La señorita Rose le responde encolerizada:

—¡Vieja! ¿Qué quieres decir con eso? Yo he rechazado más de veinte maridos, y. . .

Le dice Gribouille:

—Yo le pido sus nombres, señorita. Un solo nombre, si usted puede. . .

Le dice la Srta. Rose:

—¡Los nombres! ¡Los nombres! ¡Como si una pudiera acordarse de todo eso!

Le dice Gribouille:

—¡Uno solo! Veamos, ¡uno solo!

Responde la señorita Rose:

—Para empezar, allí está Taillochon, el del molino.

Le dice Gribouille:

—¿Ese jorobado? ¡Ja, ja, ja! Una joroba más grande que él mismo, piernas torcidas, un hocico de mono. ¡Ja, ja, ja! ¡Miren qué buen marido! ¡Ay, la Sra. Taillochon! ¡Ja, ja, ja! ¡Le cae a pelo!

Le responde la señorita Rose:

—Tampoco yo lo he querido, imbécil. Y después, Boursiflo, el de la tienda.

Le dice Gribouille:

—¡Un bodeguero de cuatro centavos con la nariz al través, con la mejilla derecha tan grande como una cabeza, borracho de la mañana a la noche! ¡Allí tenéis un marido estupendo! Si todos son de esta clase, usted haría bien en no jactarse. ¡Boursiflo! ¡De veras! ¡Y Taillochon! ¡Ja, ja, ja!

* * *

La señorita Rose, irritada en el más alto grado a causa de las observaciones de Gribouille se lanzó a él para hacerle sentir la fuerza de su puño. Pero Gribouille adivinó el ataque, y ágil como uno es a los quince años tomó una silla y la elevó entre él y su enemigo justo en el momento en que con el brazo levantado ella le iba a aplicar una vigorosa cachetada que no pudo ser ejecutada.

La señorita Rose lanzó un grito de dolor al mismo tiempo que Gribouille lanzó un grito de triunfo.

Carolina le tomó por su saco y jalándole hacia atrás, se interpuso entre los dos combatientes. Pero Rose estaba derrotada. El dolor pudo más que su cólera. Ella sostuvo con su brazo izquierdo su brazo derecho contusionado y dejó escapar gemidos contenidos. Ella permitió que Carolina examinara la herida, y que le frotara la parte afectada con aceite de *mil pertuis*. Después de esto ella se fue sin añadir una sola palabra y tirando la puerta con violencia.

2

LA PROMESA DE CAROLINA

La mujer Thibaut se había quedado inmóvil a lo largo de toda esta escena que visiblemente la había agitado. Cuando partió la Srta. Rose, ella llama a Gribouille y le dice:

—Gribouille, ¿cómo pudo haber ocurrido que la Srta. Rose haya creído que tu hermana le haya dado como presente el vestido de la Sra. Delmis?

Le dice Gribouille:

—¿Acaso yo sabía que el vestido era para la Sra. Delmis? Yo le he repetido a la Srta. Rose lo que Carolina me había ordenado decirle.

Le dice la mamá Thibaut:

—Pero, ¿qué le has dicho? Repítame tus palabras.

Le dice Gribouille:

—Al presente yo no me acuerdo bien. Yo creo que he dicho: “Señorita Rose, aquí tiene un vestido que mi hermana ha hecho para usted y que ella le envía.”

Le dice la mamá Thibaut:

—¿Y la Srta. Rose ha creído que era para ella?

Le dice Gribouille:

—Muy seguramente, porque yo mismo he creído así. Y si yo lo he creído así, ¿por qué no lo tendría ella que creer así?

Carolina les dice:

—Yo comprendo ahora la razón de su cólera. Ella ha pensado que yo había querido burlarme de ella y hacer que fuera regañada.

Le dice la mamá Thibaut:

—También, ¿por qué le das a Gribouille estos encargos. Tú sabes que el pobre muchacho es. . .

Interviene Carolina, de manera violenta:

—Es muy complaciente, y hace todo lo que puede para quedar bien. Yo lo sé, mamá. El se pone contento cuando me hace algún servicio.

* * *

Le dice Gribouille:

—¡Buena Carolina! Sí, yo quiero siempre hacerte servicios, pero yo no sé cómo es que ocurre que las cosas resultan contra mí y que en lugar de ayudarte te hago daño. Eso es sin quererlo, va.

Dice la mamá Thibaut:

—Entonces, ¿por qué te entrometes en sus asuntos, mi estimado, siendo que sabes que tú no tienes la inteligencia para hacerlas bien?

Le dice Carolina:

—¡Oh, mamá! El me es muy útil frecuentemente. . .

Le dice Gribouille, tristemente:

—Deja, deja, mi buena Carolina. Tú ya has detenido a la mamá en su momento cuando ella quiso decir que yo soy una bestia. Yo sé que lo soy, pero no tanto como uno puede creerlo. Yo encontraré valor para vengarte de la Srta. Rose, puedes estar segura.

Le dice Carolina:

—¡Gribouille, yo te lo prohíbo! ¿Nada de venganzas, mi estimado! Sé bueno y cariñoso. Perdona a los que nos ofenden.

Le dice Gribouille:

—Yo quiero mucho perdonar a los que me ofenden, ¡pero jamás a aquellos que te ofenden a ti! ¡A ti, que eres tan buena y que no haces mal a nadie!

Le dice Carolina:

—Yo te ruego, Gribouille que no pienses en ello más de lo necesario. Defiéndeme, yo lo quiero, como lo has hecho valientemente en su momento, pero no me vengues jamás.

Y añadió, entregándole un libro:

—Toma, lee este pasaje de la *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*. Tú verás cómo él perdona a todos y siempre, y trata de hacer como él.

* * *

Gribouille tomó el libro, que se puso a leer con mucha atención. Entonces la mamá Thibaut llamó a Carolina y le habla en voz baja:

—Hija mía, ¿qué será de este pobre muchacho cuando yo ya no esté? Mientras yo vivo, tenemos la renta de 600 francos que me dejó mi primo Lérot por el negocio de tabaco que le he cedido, pero no lo tendré por largo tiempo. Todos los días siento que mis fuerzas flaquean y mis manos comienzan a paralizarse como mis piernas. Mi cabeza es afectada algunas veces. La escena del momento me ha hecho mucho daño. ¿Y qué será de ti, mi pobre hija con Gribouille que es incapaz de ganarse la vida y que te impedirá de encontrar un empleo? ¡Pobre Gribouille!

Carolina le dice, abrazándola tiernamente:

—No se preocupe de mí, querida mamá. Usted sabe que yo trabajo bien; a mí no me faltarán obras que hacer. Fácilmente yo ganaré lo necesario para vivir con Gribouille que se hará cargo de la limpieza y de los mandados, y que hará lo mejor por ayudarme. Además, usted no está tan mal como cree. Usted todavía vivirá largo tiempo, y de aquí a algunos pocos años mi hermano se convertirá en un buen obrero y tan capaz como cualquier otro.

Le dice la mamá Thibaut:

—Yo tengo mis dudas, hija mía. Mi pobre Gribouille será siempre lo que es, y siempre te será un estorbo y una fatiga.

Le dice Carolina:

—Una fatiga, jamás, mamá. Un estorbo, puede ser; pero yo cuento con la protección del buen Dios y le prometo de nunca abandonar a mi pobre hermano, sea lo que sea que ocurra.

Le dice la mamá Thibaut:

—Gracias, hija mía, mi buena Carolina, gracias. Pero si ves que él te impide para ganarte la vida, trata de encomendarlo a gente buena, piadosa y caritativa, que le cuidarán por amor del buen Dios. Consulta al señor cura; él te ayudará. El es bueno; tú sabes.

Le dice Carolina:

—Jamás abandonaré a mi hermano, mamá. Puede estar segura de esto.

Le dice la mamá Thibaut:

—Jamás. . . Jamás. . . Gracias. . . Jamás. . . ¡Oh, mi buen Dios, yo no sé! Yo no puedo pensar más. ¡Mi cabeza! Todo se me va. . . El señor cura. . . Ah. . .

—¡Gribouille, Gribouille! ¡Vé rápido en busca del señor cura —grita Carolina, tirándose sobre su madre que había perdido el conocimiento—.

Se levanta Gribouille y le dice:

—Y si le encuentro, ¿qué habrá que hacer?

Le dice Carolina:

—Traerlo aquí, rápido, rápido. Dile que la mamá se muere.

* * *

Gribouille salió precipitadamente y corrió a la casa del señor cura a quien encontró jugando una partida de dominó con el farmacéutico de la villa.

—¡Hola, Gribouille! —le dice el cura con una sonrisa amable— ¿por qué razón tienes necesidad de mi?

Le dice Gribouille:

—¡Rápido, rápido, señor cura! Mi mamá se muere. Es necesario que yo os lleve. Así dice Carolina.

El cura se levanta, toma su sombrero, su bastón, y siguió a Gribouille sin decir palabra. En pocos instantes llegaron a la puerta de la mamá Thibaut. El cura entró primero. Carolina, puesta de rodillas junto a la cama de su madre oraba con fervor. Ante el ruido que hizo el cura al abrir la puerta ella se levantó y le hizo señas para que se acercara.

La mamá Thibaut abrió los ojos, hizo un esfuerzo para hablar pero no pudo articular sino palabras entrecortadas:

—Hija mía, hija mía. . . pobre Gribouille. . . El buen Dios no abandonará. . . Yo muero, hijos míos. . . Gracias. . . Perdón.

* * *

El cura hizo que se alejaran Carolina y Gribouille, se puso de rodillas junto a la cama de la mamá Thibaut y le habló en voz baja. Ella comprendió, sin duda, porque su cara adquirió calma. Ella hizo el intento de hacer la señal de la cruz y juntó sus manos dirigiendo su mirada al crucifijo que estaba frente a ella.

El cura continuó hablando y orando. Ella le respondía con palabras entrecortadas y por señas, y prolongó bastante tiempo esta conversación de la cual ella parecía derivar bastante consuelo. Por eso el cura, temiendo cansar a la pobre mujer, quiso alejarse. Pero la mirada suplicante que ella le dirigió lo mantuvo junto a la cama. El llamó a Carolina, que lloraba con Gribouille en un cuarto que daba al dormitorio:

—Vuestra madre está muy mal, mi querida hija. Ella ha tenido un nuevo ataque. ¿Cuál es la orden del médico en un caso semejante?

Le dice Carolina:

—Ya hace varios años que nosotros no hemos visto al médico, señor cura. Cuando mi madre tuvo el primer ataque que la ha paralizado, él dijo que no había nada que hacer, que era inútil llamarlo si le sobrevenía un nuevo accidente; que lo único que se podía hacer era enviar a buscarle a usted, y eso es lo que he hecho.

Le dice el cura:

—Me temo, mi pobre hija, que el médico ha tenido razón. Yo no veo, en efecto, ningún remedio que la pueda aliviar. Ella está, como siempre, muy calmada, muy resignada a la voluntad del buen Dios. Yo le he prometido de no abandonaros, de consolaros, de ayudaros en medio de los inconvenientes de que vais a participar. Yo conozco vuestro valor y tu piedad, hija mía. El buen Dios no os abandonará, ni a ti ni a tu hermano, porque ustedes siempre han tenido confianza en él.

* * *

Carolina no respondió sino con sólo sollozos. Ella se puso de rodillas ante el buen cura que le dio una bendición tan paternal y que lloró con ella.

Gribouille siempre lanzaba sollozos en el cuarto donde se encontraba refugiado, pero sus lágrimas corrían más bien por la pena que sentía al ver llorar a su hermana que por la inquietud que le ocasionaba el estado de su madre respecto del cual él no entendía su gravedad. El cura fue a él, y pasándole afectuosamente la mano sobre la cabeza le dijo:

—No llores más, mi valiente muchacho; tú aumentas la pena de tu hermana.

Le dice Gribouille:

—Yo lloro porque ella llora, señor cura. Si yo la veo contenta, yo no lloraría. Yo no tengo otra razón para llorar. Sólo que quisiera saber por qué lloramos.

Le dice el cura:

—Tu hermana llora porque tu mamá está muy enferma.

Le dice Gribouille:

—Ella está como de ordinario; ella siempre está en su cama.

Le dice el cura:

—Es que esta noche ella cree que va a morir, y es eso lo que le ocasiona tristeza a tu hermana.

Le dice Gribouille:

—No hay por qué entristecerse. Mi mamá dice siempre: “¡Mi Dios, si yo pudiese morir! Yo sería muy feliz estando muerta. Así yo no sufriría más.” Además, mi mamá me ha dicho que cuando ella se muera, ella se irá a la presencia del buen Dios, la santa Virgen, los ángeles. . . A mí también me gustaría ir. Yo me aburro cuando Carolina trabaja, y mi mamá dice que uno no se aburre jamás en la presencia del buen Dios. Dígale a Carolina que deje de llorar; yo le ruego, señor cura, dígaselo. Ella le obedece siempre.

* * *

El cura sonrió con tristeza y acercándose a Carolina le dijo las palabras de Gribouille y le pidió contener sus lágrimas mientras el pobre muchacho no estuviera acostado.

Carolina miró a su madre, al crucifijo, puso sus manos cruzadas sobre su corazón, como para contener sus sentimientos y, dirigiéndose a Gribouille con una cara calmada, lo abrazó con ternura.

Le dice Carolina:

—¿Soy yo quien te hace llorar, mi pobre hermano? Perdóname, yo no volveré a hacerlo. Mira como yo estoy tranquila ahora. Ya ves, yo ya no lloro.

Gribouille la mira con atención y le dice:

—Es verdad. Entonces yo también estoy contento. Yo no puedo impedir llorar cuando tú lloras y de reír cuando tú ríes. Es más fuerte que yo; te lo aseguro. Es que yo te amo tanto. . . ¡Tú eres tan buena!

Le dice Carolina:

—Gracias, mi estimado, gracias. Pero, ¿sabes que ya es muy tarde? Tú estás fatigado; ya es hora de que te acuestes.

Le dice Gribouille:

—¿Y tú?

Le dice Carolina:

—Yo voy a preparar algo para mamá y luego me acostaré también.

Le dice Gribouille:

—¿Seguro? ¿No vas a pasar la noche en vigilia? ¿Tú no vas a llorar?

Le dice Carolina:

—No. Yo voy a dormir hasta mañana a las cinco, como de costumbre. Vé, Gribouille, vé mi querido. Haz tu oración y acuéstate. Ora por la mamá —añade abrazándole—.

Gribouille, tranquilizado por su hermana, fatigado de su jornada, no resistió más e hizo como le había dicho Carolina. Y unos minutos después dormía profundamente.

3 LA MUERTE DE MAMA THIBAUT

Cuando Carolina entró en el dormitorio de su madre, encontró al cura orando por el reposo de esta alma que acababa de comparecer delante de Dios y que recibía la recompensa de su piedad, de su larga paciencia, de su resignación. Sus penas no habían durado sino algunos años; su felicidad debía durar para siempre.

Al ver a su madre sin movimiento y sin vida, Carolina lanza un grito sofocado que escapó de su pecho, y poniéndose de rodillas, ella dio curso libre a sus lágrimas.

El cura la dejó por un tiempo expresando su dolor. Y cuando vio que sus sollozos comenzaban a calmarse, le tomó de la mano, y haciendo que se arrodillara ante el crucifijo que había recibido la última mirada de su madre, el le dijo con su voz llena de unción y piedad:

—Mi pobre hija, da gracias al buen Dios por haber terminado con los sufrimientos de vuestra madre. Pídele valor para luchar contra el aislamiento y las privaciones. Recuerda que este Dios tan bueno está siempre contigo; que si él os envía penurias, es para borrar vuestras faltas y para recompensar mejor vuestra obediencia, vuestra resignación y vuestra dedicación.

Le dice Carolina:

—Yo lo sé, señor cura; yo lo sé. Pero mi madre, mi pobre madre. . . Yo me quedo sola.

Le dice el cura:

—No estás sola, hija mía. Te queda un deber, un gran deber que cumplir: El que te ha ligado a tu madre. Tú eres el único sostén, el único apoyo de tu hermano. Dios te ayudará, porque la tarea es difícil.

Le dice Carolina:

—Lamentablemente, sí. Me queda mi hermano. . . ¡mi hermano! Que el buen Dios me proteja, porque yo siento que mi valor se debilita.

Le dice el cura:

—El te protegerá, hija mía. No dudes de su bondad, y sea lo que sea lo que él te envíe, agrádecele y acéptalo.

Le dice Carolina:

—Lo intentaré, señor cura, yo lo intentaré. ¡Que sea hecha su santa voluntad, y no la mía!

* * *

Después de haber buscado consolar y a reanimar a Carolina, el buen cura le dice:

—Mi querida hija, tú no puedes quedarte sola con el cuerpo inanimado de tu madre. Yo voy a volver a casa para enviarte a la vieja Nanón que tiene la costumbre de amortajar y de velar a los muertos. Yo volveré a verte mañana temprano para encargarme de todo lo que concierne a los funerales. No te inquietes por nada. Ora por ella; ora por ti misma. Confíate a la voluntad de vuestro Padre todopoderoso. Adiós, hija mía, hasta la vista, y que la bendición de Dios repose sobre ti y sobre tu casa.

El cura le dio una última bendición a la madre y a la hija, y salió.

Cuando Carolina se encontró sola, ella no buscó más a contenerse y no obstante su resignación a la voluntad de Dios se dejó llevar por sus sollozos y despertó a Gribouille a pesar de haber tenido la precaución de cerrar la puerta.

* * *

Al escuchar llorar a su hermana, él se levantó, se puso de prisa su ropa, entreabrió suavemente la puerta y vio que Carolina estaba hundida de rodillas, su cara bañada con lágrimas, sus ojos levantados hacia el crucifijo, las manos juntas caídas sobre sus rodillas.

—¡Carolina! —le dijo con un aire de reproche—.

Carolina se secó de prisa sus ojos, pero no se levantó.

Le dice:

—Carolina, tú me has engañado. Yo dormí porque creí en tu palabra, Carolina. ¡Tú sientes pena! ¿Por qué lloras?

Carolina señala con su dedo el cuerpo inanimado de su madre:

—¡Ella está muerta! —le dice con voz ahogada—.

Gribouille se acerca a la cama de su madre, la mira detenidamente y le dice:

—Ella no sufre más, ya no. Ella no sufre; mira cómo su cara está calmada. Ella decía la verdad. “Cuando yo esté muerta —me ha dicho—, yo seré muy feliz. Yo estaré con el buen Dios, con la santa Virgen y con los ángeles.” Es verdad que ella es feliz. ¡Mira, yo creo que ella sonríe!

* * *

Gribouille respondió a esta sonrisa que creía ver, y dándose la vuelta hacia su hermana le dice:

—¿Por qué lloras siendo que ella está feliz? ¿Acaso no estás contenta de que ella esté feliz?

Le dice Carolina:

—¡Oh, hermano mío, piensa pues que nosotros ya no la veremos más; que no escucharemos más su voz; que no podremos hacer nada por ella.

Le dice Gribouille:

—Nosotros podemos orar; lo ha dicho el señor cura el otro día. Nosotros ya no la escucharemos gemir y quejarse. No la veremos más sufrir. ¿Acaso tú amas más tener el placer de cuidarla que saberla feliz? ¡Qué raro! Yo creía que tú la amabas mucho.

Le dice Carolina:

—Es porque la amaba que lloro.

Le dice Gribouille:

—¡Es chistoso amar así! Llorar porque la mamá está feliz sin ti. . . Llorar porque ella no sufre más cerca de ti. . .

Le dice Carolina:

—No es así, Gribouille; no es así. Si yo muriera, incluso para ser muy feliz cerca del buen Dios, ¿tú no llorarías?

Gribouille reflexiona un instante y le dice:

—Yo lloraría un poco. . . podría ser. . . Pero yo estaría muy contento de saberte feliz, y yo estaría muy seguro de unirme a ti un día, que me consolaría de inmediato, y esperararía pacientemente que el buen Dios me hiciese morir en mi turno.

* * *

—Este muchacho tiene bastante de buen sentido que todos nosotros, mi pobre hija —dijo una voz fuerte que hizo que Carolina y Gribouille se volvieran hacia ella—.

Era Nanón, que había entrado después de unos instantes y pudo escuchar la conversación de Gribouille con su hermana.

Le dice Nanón:

—Tú tienes razón, muchacho mío. Es decir, en el fondo tú tienes razón, pero de todas maneras es triste no poder ver a aquellos a quienes se ha amado. Mira, es como una medicina: Es feo tragarla, pero hace bien. Y ahora, anda a acostarte, mi muchacho. No tenemos necesidad de ti; tú nos estorbarás en lugar de ayudarnos.

Le dice Gribouille:

—¿Y Carolina?

Le responde Nanón:

—No necesitaré a Carolina; quédate tranquilo.

Le dice Gribouille:

—¿Usted le impedirá que lllore?

Le dice Nanón:

—¡Ah! Así lo creo. Yo querré ver que ella lllore después de todo lo que le has dicho.

* * *

Gribouille, completamente tranquilizado por las palabras y por el aspecto decidido de Nanón, y por la calma momentánea de su hermana, la abrazó repetidas veces. Y él pidió al buen Dios hacer que su madre sea muy feliz.

Y añade:

—Y a mí también, mi buen Dios, hazme muy feliz; y a Carolina también; y al señor cura que es tan bueno. Así seremos muy felices y Carolina no llorará más.

El se volvió a acostar y se durmió muy apaciblemente.

Cuando se despertó al día siguiente y fue en busca de Carolina, encontró el cuarto lleno de gente. La noticia de la muerte de la mujer Thibaut se había difundido y los vecinos habían acudido unos por compasión, otros por curiosidad, unos pocos por caridad.

Carolina había pasado la noche en oración junto a su madre a quien Nanón había amortajado con un lienzo muy blanco. Carolina, pálida, deshecha, triste y abatida, recibía con agradecimiento, pero sin responder, los testimonios de simpatía verdaderos o falsos que recibía de los vecinos. Unos hablaban con volubilidad; otros expresaban consuelo de manera chocante e irritante.

—¿Qué vas a hacer con tu hermano? —dijo una de estas mujeres—. El te va a estorbar para que te ganes la vida. ¿Si hicieras que entre en un asilo?

Carolina, poniéndose de pie junto al lecho de su madre sobre el cual estaba apoyada, le dice:

—¡Jamás! ¡Jamás! Yo le he prometido a mi mamá que jamás abandonaré a mi pobre hermano. Yo no faltaré a mi promesa.

—¡Eso es bello y bueno, pequeña! —respondió Nanón con un aire descontento—. Pero, ¿cómo lo alimentarás? ¿Cómo viviréis los dos con lo que ganarás por tu trabajo?

Le dice Carolina:

—El buen Dios proveerá; mi mamá orará por nosotros dos.

—Esta pequeña es testaruda —dijo la buena mujer—, ya veremos cómo es que ella saldrá de apuros.

* * *

—Eso no será por su trabajo —dijo una voz que hizo que volvieran la cabeza Carolina y Gribouille—.

Respondió Gribouille:

—¿Por qué mi hermana no saldrá de apuros con su trabajo? —dijo Gribouille dirigiéndose a la Srta. Rose, porque fue ella quien había pronunciado estas últimas palabras.

—Pregúntaselo a la Sra. Delmis, muchacho; ella te lo dirá.

Carolina no escuchó más. Ella volvió a caer de rodillas junto al cuerpo de su madre. Pero Gribouille, un poco inquieto por estas palabras de la Srta. Rose, miró por unos instantes su cara falsa y maliciosa, y escabulléndose hacia la puerta, la entreabrió y desapareció.

El corrió a la casa de la Sra. Delmis y pidió verla. Y ella le hizo entrar en su cuarto y le dice con interés:

—¿Para qué me necesitas, mi pobre muchacho?

Le dice Gribouille:

—Yo vengo a preguntarle a mi señora por qué mi hermana no podrá salir de apuros con su trabajo. . .

Le dice la Sra. Delmis:

—¿Cómo? ¿Qué es lo que quieres decir, Gribouille? ¿De qué asunto tu hermana debe salir de apuros? ¿Y por qué me lo preguntas a mí, que nada sé al respecto?

El le dice:

—Es que la Srta. Rose me ha dicho que le pregunte a mi señora, sin lo cual yo no me habría permitido molestar a mi señora.

Le dice la Sra. Delmis:

—¡La Srta. Rose! ¡Esta es una broma muy ridícula! ¿Dónde está la Srta. Rose? ¿Dónde la has visto?

Le dice Gribouille:

—En nuestra casa, señora, con todas las comadres del barrio.

Le dice la Sra. Delmis:

—¿Y por qué razón tenéis vosotros una reunión de comadres?

Le dice Gribouille:

—Ellas han venido para ver lo que hace y dice Carolina junto al cuerpo de mi mamá.

Le dice la Sra. Delmis, presa de la sorpresa:

—¿Del cuerpo? ¿Es que tu mamá. . . ha muerto?

Le dice Gribouille:

—Ha muerto esta noche, señora.

Le dice la Sra. Delmis, siempre sorprendida:

—¿Y tú no experimentas ninguna pena por la muerte de tu madre?

Le dice Gribouille:

—De hecho, sí, señora. Pero yo estoy contento por ella.

Le dice la Sra. Delmis, con indignación:

—¡Esto es abominable! ¡Cómo! Tu madre que era tan buena contigo, ¿acaso no la amabas?

Le dice Gribouille:

—Perdón, señora. Es porque yo la amo mucho que estoy contento de no verla sufrir más y de saberla feliz.

Le dice la Sra. Delmis:

—Pero tú no la verás más jamás. . .

Le dice Gribouille:

—Perdón, señora; yo la veré en el otro mundo. El señor cura me ha dicho que nos encontramos después de haber muerto y que no nos dejaremos jamás, y que uno estará feliz, tan feliz que no sufrirá nada en absoluto. Mi señora verá bien que sería muy malo e ingrato de mi parte afligirme porque mi mamá este feliz. Yo querré más reencontrarme con ella, ¡vaya!

* * *

Le dice la Sra. Delmis, con un aire pensativo:

—¡Pobre muchacho! Puede ser que tienes razón. ¿Y qué hace Carolina?

Le dice Gribouille, algo avergonzado:

—Yo siento vergüenza de decirle a mi señora que Carolina llora. . . No hay por qué echarle esto en cara. Puede ser que ella no está muy segura que mi mamá está feliz. Mi señora piensa bien que Carolina, que siempre trabaja, no tiene como yo tiempo para reflexionar. Y además, estas buenas mujeres que le hacen oír yo no sé qué cosas en sus orejas. ¡Y el señor cura que está ausente! ¿Y la Srta. Rose que le ha de hablar pestes. Porque yo pienso. . . yo corro rápidamente a socorrer a Carolina. La Srta. Rose tiene miedo de mí; ella sabe que yo no me molestaría para darle una cachetada si ella atormenta a mi hermana.

Le dice la Sra. Delmis:

—Espérame, Gribouille. Yo te voy a acompañar. Yo no sabía que tu pobre madre había muerto.

* * *

La Sra. Delmis se dirige con Gribouille hacia la casa de Carolina. Ella encontró allí a la Srta. Rose chismeando en medio de un grupo de mujeres. Se acercó a ella y le preguntó por qué se encontraba allí en lugar de estar en el mercado para comprar sus provisiones.

La Srta. Rose le dice:

—He venido, señora mía, para dar algún consuelo a Carolina, sabiéndola en medio de la pena.

—¡Lindos consuelos! —grita indignada la vieja Nanón—. ¡Tú le dices sonseras sin fin y la amenazas con hacerle perder sus clientes!

—¿Yo? ¿Se puede decir así? ¿Es posible? ¡Señor Jesús!

Le dice Nanón:

—¡Es posible, porque eso es! Hace media hora que vienes diciendo sonseras. Tú deberás tener tu lengua reseca a causa de la maldad. Pero no serás tú, corazón perverso, que le harás daño a una joven piadosa y honesta como Carolina.

Le dice la Srta. Rose:

—Espero que mi señora no dé fe a los cotileos de esta vieja. . .

Le dice Nanón:

—¡Vieja eres tú! ¡Vean a la insolente que arroja su veneno sobre los otros! ¡Tú tienes como para revender, la bella! No soy yo quien le tenga que librar de su carga. No habrá en la región quien hable como tú.

* * *

Interviene la Sra. Delmis:

—¡Por favor, cállese mi buena Nanón! ¡Qué es eso de pelearse en el cuarto de un muerto! Es cruel para la pobre Carolina. Y tú, Rose, ¡sal de aquí, y no vuelvas a meter los pies aquí!

La Srta. Rose dice:

—Yo tengo demasiado respeto de mi señora para resistirme a sus órdenes. Yo no tengo ninguna gana de venir a calentar el caldo del idiota y a enjugar las lágrimas de su hermana.

—¡Mi hermano! ¡Mi pobre hermano! —grita adolorida Carolina— conteniendo a Gribouille que estaba por lanzarse encima de la Srta. Rose.

—¡Sal! —le dice con autoridad la Sra. Delmis a Rose agarrándole del brazo y empujándola hacia la puerta—.

Rose no se atrevió a resistir a su señora, y salió.

* * *

—Yo lamento mucho lo que acaba de ocurrir, mi pobre Carolina —dijo la Sra. Delmis, tomándola de sus manos—. Yo le increparé severamente a Rose cuando vuelva a casa. Si ella vuelve a injuriarla, yo la despediré.

Le dice Carolina:

—Yo le ruego a mi señora que tome a bien perdonarla. La pobre mujer estaba irritada por una pelea que tuvo ayer con Gribouille, pero en el fondo ella no tiene nada de maldad. Se trata de una pequeña agresividad que pronto pasará. Yo rogaría también a mi señora de continuar con su bondad de querer hacerme trabajar para ella y para sus hijos.

Le dice la Sra. Delmis:

—¡Ciertamente, mi buena Carolina! Yo acabo de comprar unos vestidos de verano y cuento contigo para hacer los ajustes con la brevedad posible.

—Yo comenzaré este trabajo tan pronto termine la triste ceremonia del entierro, señora —le dice Carolina secándose sus lágrimas que ella no podía contener—. Yo dedicaré a este trabajo todos mis cuidados. Mi señora puede contar con ello.

El cura acababa de entrar después de haber estado arrodillado junto al cuerpo de la mujer Thibaut. El se acercó a la Sra. Delmis y le rogó que continuara prodigando su protección a Carolina y a Gribouille. Ellos conversaron por algunos instantes.

La Sra. Delmis quiso apartar a Carolina quien rehusó a esto positivamente para estar junto a su madre hasta el momento cuando ella sería llevada para siempre.

4

LA OBEDIENCIA DEL GRIBOUILLE

La multitud se dispersó.

Carolina cerró la puerta de su casa para evitar las visitas inoportunas de los curiosos. Ella detuvo a Gribouille y a Nanón que le ayudaron a poner en orden la casa. Después de una noche dolorosa que pasaron junto al cadáver de la muerta, Carolina y Gribouille asistieron a las penosas ceremonias del entierro.

Cuando ellos volvieron a su casa desierta, Carolina lloró amargamente y Gribouille mismo no pudo contener sus lágrimas. Sin embargo, fue casualmente él que le infundió valor a Carolina al volver a expresar sus razonamientos que él ya había hecho en la víspera:

—Nosotros tenemos bastante trabajo, hermana mía —dijo cuando la vio más calmada—. Las sábanas que hay que lavar, los objetos de la mamá que hay que ordenar, y después los vestidos que hay que hacer para la Sra. Delmis.

Le dice Carolina:

—Tienes razón; yo hago mal con dejarme llevar por los sentimientos. Necesito tener valor; con la ayuda de Dios lo tendré.

Le dice Gribouille:

—¡Y yo pues! Debo tener valor y cabeza para hacer ahora todo lo que hay que hacer.

Carolina le dice, sonriendo:

—¿Todo lo que hay que hacer? ¿Qué pues? ¿Qué tanto tendrás que hacer tú?

Le dice Gribouille:

—Lavar las sábanas, labrar la tierra, sembrar, regar, cuidar el jardín, limpiar la casa, aprovisionarnos de agua, comprar las provisiones, reparar los muebles, hacer la limpieza. Tú hacías todo esto conmigo antes. Y ahora que nosotros ya no tendremos la pensión de 600 francos de la mamá, debemos ganar dinero, lo que harás trabajando, mientras que yo no puedo hacer otra cosa que ayudarte impidiendo que te distraigas de tu trabajo.

Le dice Carolina:

—¡Buen Gribouille! ¿Sabes que me serás muy útil y que tú tienes muy buenas ideas?

—¿De veras? —le dice Gribouille sonrojado de felicidad—. ¿De veras que te seré útil? Yo estoy muy, muy feliz. Yo me siento muy feliz por esto. Yo sólo te pediré que me digas todas las mañanas lo que tengo que hacer. ¡Oh! ¡Tú verás con qué exactitud yo ejecutaré tus órdenes.

* * *

El pobre Gribouille se dio de inmediato a la obra desenganchando la escoba y limpiando la casa que no había sido limpiada desde hacía dos días. El fue en busca de agua fresca en los cántaros, recogió en el jardín las legumbres necesarias para la sopa de la noche, las lavó, las peló y las puso limpias junto a la olla donde debían ser cocidas. Enseguida se ocupó en preparar la leña menuda necesaria para la comida.

Durante este tiempo Carolina puso en orden los objetos que habían servido a su madre, ordenó las sábanas y puso aparte lo que debía ser lavado y restaurado.

Así se acabó la jornada, triste, pero sin aburrimiento. La fatiga del día anterior les procuró una noche buena y larga.

* * *

Cuando Carolina se despertó escuchó que sonaban las siete horas. Asustada por este sueño prolongado saltó debajo de su cama, hizo una corta oración, se vistió apresuradamente y fue a despertar a su hermano que seguía durmiendo profundamente.

—¡Gribouille, despiértate! —le dice abrazándole—. Ya es tarde, muy tarde. ¡Rápido al trabajo!

Gribouille se frota los ojos, hace un esfuerzo para sentarse y vuelve a caer dormido.

Carolina le mira con ternura y le dice:

—¡Pobre muchacho! ¿Habrá que dejarle dormir? El está fatigado; él es joven. . . ¿Debo acostumbrarlo a vencer la fatiga y el sueño, o le dejaré que repose de lo cual evidentemente él necesita? ¿Qué hacer? Mamá, ¡inspírame!

Mientras Carolina, indecisa retira su mano que estaba lista para sacudir a Gribouille, él entreabrió los ojos y dijo con una voz a penas inteligible:

—Déjame; yo necesito dormir.

—Duerme, pobre hermano —dice en voz baja Carolina, dándole un beso en su frente. Duerme mientras yo voy a la iglesia a orar al buen Dios por nosotros y por nuestra madre.

* * *

Carolina tenía la costumbre de escuchar la misa cada mañana. Ese día la misa ya había tenido lugar y la iglesia estaba desierta. Carolina se arrodilló ante el altar y oró de todo su corazón por su madre, por su hermano y por ella misma. Después volvió a su casa y encontró a Gribouille en plan de despertarse y se puso a preparar su frugal desayuno mientras que se lavaba y se vestía.

Le dice Carolina:

—¿Has hecho tu oración como hacías cuando la mamá vivía, Gribouille?

Le responde:

—No, lo había olvidado.

Le dice Carolina:

—Ven, querido, hagámosla juntos desde la cama vacía de nuestra madre como lo hacíamos de costumbre.

Le responde:

—¿Por qué junto a su cama, si ella ya no está más y no nos escucha más?

Le dice Carolina:

—Por respeto a su memoria, querido. Ella no está allí, pero su alma está cerca de nosotros. Ella nos ve, nos escucha, y ella ora por nosotros y con nosotros.

Le responde:

—¿Cómo puede estar aquí su alma sin que la podamos ver?

Le dice Carolina:

—¿Ves tú el viento? ¿Ves tú el pensamiento?

Le responde:

—No.

Le dice Carolina:

—Sin embargo, el viento sopla, tu pensamiento existe. Pasa lo mismo con el alma de la mamá. Nosotros ya no la vemos más, sin embargo ella existe y nos protege.

—Es interesante —dice Gribouille al mirar a su hermana con un aire de asombro—. Yo te comprendo, y sin embargo no comprendo las cosas que dices. Da lo mismo, pues yo siento que tú tienes razón.

* * *

Gribouille se arrodilla junto a su hermana, pero al hacer su oración con ella, parecía estar inquieto, y al menor ruido volvía la cabeza y miraba a la puerta si venía alguien.

Le dice Carolina cuando terminaron su oración:

—Desayunemos ahora. Ya es tarde; yo debía estar dedicada a mi trabajo desde hace dos horas.

Le dice Gribouille:

—Y yo, ¿qué debo hacer?

Le dice Carolina:

—Toma el paquete de sábanas sucias que encontrarás en el granero y vé, llévalo al lavadero. Yo iré a verte y a ayudarte cuando haya cortado e hilvanado los vestidos de la Sra. Delmis.

Gribouille corrió al granero, tomó el paquete y lo llevó al lavadero. Y se sentó a un costado.

Para empezar esperó pacientemente, pero después de una hora de espera comenzó a sentir que era demasiado tiempo.

“Es singular que Carolina me haga perder mi tiempo así. . . Es aburrido no hacer nada. Yo iría más bien a pedirle trabajo, pero ella me ha dicho: ‘Yo iré a verte.’ Por tanto, no conviene que yo vaya.”

* * *

Gribouille esperó una hora más al cabo de la cual se puso a llorar. El lloraba con la cara escondida entre sus manos, cuando escuchó la voz de Carolina que lo llamaba:

—Gribouille, Gribouille, ¿ya has acabado? ¿Todavía necesitas de mi ayuda? Yo he preparado mis vestidos y voy a coser las enaguas. Y pues, ¿qué has hecho, pues? —añadió con sorpresa y temor—. ¿Tú has llorado? ¿Tú todavía lloras?

Responde Gribouille:

—Yo me aburro.

Le dice Carolina:

—¿Y por qué no has entrado después de haber terminado? Yo no pensaba que te tomaría más de dos horas. . .

Le dice Gribouille:

—Tú me dijiste que tú vendrías a verme. Yo te he obedecido.

Le dice Carolina:

—¡Pobre, Gribouille! Tú me has entendido mal.

Le dice Gribouille:

—Pero, no. Yo he comprendido perfectamente bien. Tú me has dicho: “Yo iré a verte.”

Le dice Carolina, con tristeza:

—Yo soy quien se ha explicado mal. Yo he olvidado que tú eres un poco demasiado obediente.

Le dice Gribouille:

—Tú me has dicho: “Lleva el paquete de sábanas al lavadero.” Yo pues lo he llevado.

Le dice Carolina:

—¿Y tú no las has lavado?

Le dice Gribouille:

—Tú no me lo habías dicho. Yo te he obedecido exactamente.

Le dice Carolina:

—Sí, es verdad. Tú has obedecido exactamente. . . Muy exactamente. . . Soy yo que estoy en error. Yo debí haber explicado más claramente.

Le dice Gribouille:

—¿Qué es lo que tú deseabas?

Le dice:

—Encontrar las sábanas lavadas, mi querido Gribouille. Pero para castigarme por haber explicado tan mal tu trabajo, yo voy a hacerlo contigo. Los dos juntos lo haremos rápidamente.

Le dice Gribouille:

—¿Y los vestidos?

Le dice Carolina:

—Mis vestidos vendrán después. Yo he dormido demasiado en la noche. Yo estaré un poco despierta esta noche y todo será solucionado.

Le dice Gribouille:

—No, Carolina. Yo veo bien que la culpa es mía aunque tú no lo digas. Yo mismo solucionaré las cosas. Anda a trabajar; yo voy a lavar todas las sábanas solo y no te informaré sino cuando haya terminado con todo.

Le dice Carolina:

—Tú no podrás antes de la noche, mi estimado.

Le dice Gribouille:

—Yo podré. Yo sé bien lo que respecta a las sábanas desde los días de la mamá. Yo lavaba más que esto en la jornada.

Le dice Carolina:

—Sí, en la jornada; pero ahora no tienes más que una media jornada.

Le dice Gribouille:

—Es igual; lo vas a ver.

Gribouille deshizo rápidamente el paquete, se quitó su chaqueta, arremangó las mangas de su camisa, puso un trapo sucio sobre sus rodillas y se puso a lavar, a frotar con tal actividad, que Carolina consintió dejarle hacer el trabajo, prometiéndole volver dentro de dos horas para hacer el almuerzo.

Efectivamente, Carolina volvió una hora después del medio día, pero no tuvo necesidad de ir a verle, porque encontró a Gribouille viniendo con su pesado paquete de sábanas húmedas, bien blancas, bien lavadas y listas a ser extendidas para su secado.

Gribouille estaba rojo y sudando, pero contento y radiante.

Carolina alabó su valor, lo abrazó y secó su frente y sus cabellos mojados. Después de esto se sentaron a la mesa.

Carolina le dio a Gribouille y se dio a sí misma una hora de descanso después del almuerzo y de la conversación. Después Gribouille fue a trabajar en el jardín, y Carolina continuó con los vestidos de la Sra. Delmis.

5 LA VENGANZA DE ROSE

Al final de la semana la obra estaba terminada. Carolina, escoltada por Gribouille que portaba el paquete, fue a entregarlo a la Sra. Delmis.

El primer rostro que ellos apercibieron fue el de la Srta. Rose. Ella les dirigió la palabra con un tono seco e impertinente:

—¿Qué quieren ustedes? ¿Qué es lo que piden? La Sra. Delmis no se hace cargo de más nuevos pobres. Ella tiene bastante sin ustedes.

Le dice Carolina, dulcemente:

—No es caridad lo que venimos a pedir, señorita Rose. Mi hermano me ayuda a traer para la Sra. Delmis los vestidos que ella me ha encomendado. Tenga la bondad, señorita de anunciarle que yo se los he traído y que quisiera bien probárselos.

Le responde la señorita Rose, bruscamente:

—Déjelos allí; las verá bien sin usted. La Sra. Delmis está ocupada.

Le dice Carolina:

—¿Cuándo podré volver para el pago, señorita?

Le responde:

—¡Usted tiene mucha prisa! ¿Acaso no hay quien le pague?

Le dice Carolina:

—Perdón, es que con motivo de la muerte de mi mamá he tenido que cancelar los gastos del entierro que han comido todo lo que me quedaba de dinero.

Le dice la Sra. Rose:

—¡Ya ve a lo que lleva el orgullo! La señorita ha querido hacer como si fuera rica. Hacía falta hacer una buena luminaria, una gran misa, como para los grandes señores. Y después la señorita no tiene nada de pan y viene a atormentar a los señores sin siquiera darles tiempo para ver su labor. . .

* * *

Carolina no respondió. El llamó a su hermano, abrió precipitadamente la puerta y se alejó a grandes pasos, pensando que Gribouille la seguía.

Pero Gribouille, que la actitud insolente de la Srta. Rose le había irritado, vio pronto en la cara contraída de Carolina que ella había sido gravemente insultada. Y en lugar de seguir a su hermana, él tomó del suelo un gran recipiente lleno de agua sucia, y acercándose a la señorita Rose que les había dado la espalda con desprecio, lo volteó sobre su cabeza y el agua sucia se extendió encima de ella desde sus cabellos hasta sus pies.

Después de esto él abrió violentamente la puerta de la cocina, pero sin hacer ruido, y corriendo alcanzó a su hermana.

La Srta. Rose, sofocada por el agua, se deshizo de su peinado, y al mirar alrededor de ella, se encontró sola.

Ella corrió a abrir la puerta de calle y al no ver a nadie pensó que su verdugo se encontraba escondido dentro de la casa.

Ella comenzó inmediatamente a buscar corriendo de cuarto en cuarto hasta llegar al salón donde se encontraban reunidos el Sr. y la Sra. Delmis con algunos amigos.

* * *

A la vista de Rose aterrada, inundada, chorreando agua sucia e infecta, todos se pusieron de pie. Todos preguntaban con cierto temor:

—¿Qué hay? ¿Qué ha sucedido?

Rose responde:

—¡El bandido! ¡El miserable! Yo busco al pillo, al cretino que me ha mojado. ¿Dónde está? ¿Le habéis visto? ¿Qué es de él? Yo he buscado por todos lados.

Le dice el Sr. Delmis:

—¡Tú estás loca, Rose! ¿Cómo se ha metido usted en ese estado? ¿De qué pillo habla?

Ella responde:

—¡Del bandido que me ha mojado! ¡Si yo lo encuentro le romperé los dientes! ¡Yo haré que se bañe dentro de la olla!

Le dice el Sr. Delmis:

—¡Cállate! ¡Ya es bastante! Sal y vé a cambiarte tu vestido. Tú estás ensuciando mis muebles y mi parquet.

* * *

Rose, que comenzaba a recuperar su sangre fría, vio en el aspecto seco del Sr. Delmis que él estaba seriamente descontento, sin comprender nada de esta extravagancia que ella había explicado tan mal. Entonces se retiró sin decir palabra, fue a lavarse y a cambiarse de vestido, y quedó otro tanto más irritada por el hecho de no saber a quién atribuir su accidente.

Por un instante ella sospechó de Gribouille, pero al no haberlo visto cerca de ella, al saberlo tan limitado y sin suponer que él hubiera comprendido las impertinencias que ella le había dicho a Carolina, ella pensó que él había partido con su hermana, y que además él no hubiera tenido jamás el ingenio y el pensamiento infernal de vengarse de una manera tan hábil, ni la astucia de esquivarse tan rápidamente para que ella no lo viera.

Ella supuso que alguien más se había metido en la cocina tras la salida de Carolina y se había escondido en la casa, posiblemente en la cocina misma, y que se había escapado mientras ella corría de cuarto en cuarto buscándolo.

Ella lanzó toda su cólera encima de la inocente Carolina y resolvió comenzar a dar curso a su venganza. Con este propósito ella pasó la noche repuntando y dañando el vestido de la Sra. Delmis de modo que fuese demasiado estrecho y no se lo pudiese poner.

* * *

Al día siguiente la Sra. Delmis le volvió a hablar de su aventura en la víspera, que la Srta. Rose explicó con calma y dulzura. La Sra. Delmis no pudo evitar reír al escuchar lo de la cólera de la Srta. Rose, y para tratar de otra cosa le preguntó si Carolina no había traído sus vestidos.

Rose le responde:

—Ella los ha traído hace un instante, señora. Si mi señora quiere, yo se los voy a subir.

Le dice la Sra. Delmis:

—Sí, tráemelos. Voy a probármelos, aunque con Carolina, esta es una precaución inútil. ¡Siempre resulta a maravilla!

La Srta. Rose sonríe malévolamente y le responde:

—¡Oh! En cuanto a esto, mi señora tiene razón. Es una obrera incomparable.

Cuando los vestidos le fueron entregados, la Sra. Delmis se probó uno, y las mangas no entraban; el entorno estaba estrecho.

La Sra. Delmis le dice:

—Rose, mira, pues: Yo no puedo pasar el brazo por la manga; está demasiado estrecha.

Le dice Rose:

—¿Así cree, mi señora? Es posible que la tela no jala. Si mi señora tirara un poco. . .

Le dice la Sra. Delmis:

—Yo tiro tanto como puedo, y no pasa. Yo haré que se rompa la costura si yo tiro más fuerte.

Le dice Rose:

—¡De veras que es así! Mi señora tiene razón. ¿Cómo puede ser esto? ¡Carolina, que trabaja tan bien, que jamás le ha fallado a mi señora con un solo vestido!

Le dice la Sra. Delmis:

—Dame el otro vestido para que me lo pruebe. Seguramente me irá bien.

Le dice Rose:

—¿Mi señora piensa bien que si Carolina ha fallado con un vestido, ella puede no haber fallado con dos?

La Sra. Delmis se prueba el vestido y dice:

—¡En buena hora! Las mangas entran bien en éste. . . ¡Ah! ¡El corsage no se une adelante! ¡Es imposible abotonarlo!

Le dice Rose:

—Parece raro que Carolina se haya equivocado con la medida. ¿Por casualidad no sería ella quien los confeccionaba antes?

Le dice la Sra. Delmis:

—¿Cómo que no ella? ¿Quién piensas tú que los confeccionaba?

Le dice Rose:

—Alguien ya me había dicho que era su madre quien cortaba e hilvanaba los vestidos, y que Carolina sólo tenía que coserlos. Yo siempre había considerado estos decires como mentira. Pero de lo que ocurre con los vestidos de mi señora, yo creería que eso era verdad.

Le dice la Sra. Delmis:

—¿Por qué no me has advertido? Yo le hubiera dado a confeccionar sólo un vestido para ver cómo resultaba. Yo apuesto que los otros no me van a quedar bien. Eso será por culpa suya, Rose. Yo no estoy contenta en absoluto de vuestra tonta reserva.

Le dice Rose:

—Mi señora sabe que dicen tantas cosas que no son ciertas. . . Si uno creyese todo lo que se dice y va a repetirlo por todo lugar, terminaría haciendo daño a mucha gente

buena que tienen necesidad de ganarse la vida. A mi no me gusta Gribouille, que es brutal y grosero; pero yo no detesto a Carolina, y yo no habría escogido el momento de su mal ánimo para hacerle perder las bondades de mi señora y ganarse su pan. Mi señora ha sido tan buena con ella. . . Es a mi señora a quien ella debe todas sus labores.

Le dice la Sra. Delmis:

—Ella reconoce singularmente mis bondades echándome a perder dos vestidos.

Le dice Rose:

—Puede ser que los otros le vayan bien. Mi señora no se los ha probado porque Carolina todavía los tiene.

Le dice la Sra. Delmis:

—Pero éstos aquí. . . ¡Como hacer las cosas tan estrechas!

Le dice Rose:

—Mi señora tiene todavía la tela que queda. Ella podría hacer nuevas mangas y nuevo corsage. . .

Le responde la Sra. Delmis, encolerizada:

—¡Y comprar nuevos vestidos así! ¡Cállate, Rose! ¡Tú me impacientas al querer justificar a una tontita haciéndome creer que ella sabe trabajar, siendo que era su madre que hacía toda la obra difícil! ¡Ve a buscarme a Carolina!

* * *

La Srta. Rose no se hizo decir las cosas dos veces y corrió con sus dos piernas a la casa de Carolina. Y le dice con un aire triunfante y socarrón:

—Mi señora pide que vengas.

Carolina pensó: “Sin duda es para pagarme.” Y se levantó sin decir palabra.

La Srta. Rose vuelve a decirle con un aire burlón:

—¡La señorita ha perdido el habla!

Carolina la mira con tristeza y dignidad y le responde con dulzura:

—Lo que usted me dijo no pedía respuesta, señorita.

La Srta. Rose no osó responder. La calma y la tristeza de Carolina le produjeron cierto remordimiento terrible, y la mirada terrible que le lanzó Gribouille le hacía temer un ataque a mano armada.

Carolina salió primero. La Srta. Rose la siguió de lejos, prefiriendo no asistir a la escena que preveía ocurrir entre la Sra. Delmis y Carolina.

* * *

—¿Mi señora me ha pedido venir? —dijo Carolina al entrar a la casa de la Sra. Delmis—.

La Sra. Delmis le dijo con una cólera contenida:

—Sí, señorita. Yo se lo he pedido, y adivine por qué.

Le dice Carolina:

—Yo pienso que mi señora quiere pagarme lo que me debe como se lo había rogado por medio de la Srta. Rose. Me siendo muy incómoda de importunar a mi señora, pero la muerte de mi pobre madre me ha obligado a hacer gastos que han agotado mi pequeña bolsa, y cuento con mi señora que siempre ha sido tan buena para conmigo.

Le dice la Sra. Delmis:

—Y usted, señorita, usted se comporta como una mujer deshonesto e ingrata. Usted tiene razón de venir a buscar vuestro dinero; es el último que usted tendrá de parte mía. Tome, aquí tiene los 60 francos que yo le debía antes de estos últimos vestidos por los que yo ciertamente no le pagaré. Y le ruego devolverme la tela de los vestidos que faltan hacer.

* * *

Carolina escuchaba a la Sra. Delmis con una sorpresa siempre creciente. Ella quedó muda y atónita, buscando explicar lo que pudo haber ocasionado el descontento de la Sra. Delmis.

Los 60 francos estaban expuestos sobre la mesa sin que ella hubiese hecho un movimiento por tomarlos ni por hablar.

La Sra. Delmis levantó los ojos y fue tocada por la expresión dolorosa que se extendía sobre el rostro de la pobre mujer.

—Tome vuestro dinero —volvió a decirle con más dulzura—. Yo no digo que no le pagaré jamás por vuestros cuatro últimos vestidos. Pero para esto se requiere que usted me los arregle, porque yo no me los puedo poner como están. . . Hable, pues, Carolina. Usted se queda como una estatua, sin decir nada.

Le dice Carolina:

—Perdón, señora. . . Es que. . . Yo me encuentro asombrada. . . Yo no comprendo por qué me reprocha mi señora. ¿Cómo? ¿En qué he podido ocasionar el descontento de mi señora?

Le dice la Sra. Delmis:

—En hacerse pasar por lo que usted no es, y por continuar recibiendo mis encargos después de la muerte de vuestra madre.

La sorpresa de Carolina se incrementó.

* * *

Le dice Carolina:

—Pero mi señora misma me ha dado sus vestidos a confeccionar. Después de la muerte de mi madre, yo tengo más que nunca necesidad de trabajar. . . Yo no comprendo de veras lo que mi señora me reprocha.

—¡Yo le reprocho de haberme dañado mis vestidos, que me quedan horribilmente —grita la Sra. Delmis con impaciencia— y de no haberme prevenido que era vuestra madre quien los cortaba y los hilvanaba y que tú no sabes más que coser la obra ya diseñada.

Le dice Carolina:

—¡Alguien le ha dicho esto a mi señora, y mi señora lo ha creído! ¡Y después de tres años que mi señora me conoce ella ha podido creer esta calumnia! Yo no le pregunto a mi señora de quien le viene esta información. Yo no lo adivino sino demasiado. Pero todo lo que yo puedo decir es que jamás mi madre ha tocado mis obras y que ella no tenía fuerzas para sostener las tijeras, y que las obras que yo he entregado a mi señora y de las cuales ella ha estado contenta, eran más y sólo más. Mi señora piensa bien que yo no reclamaré el dinero que me niega y que sin embargo yo había ganado bien. . . Yo tengo el

honor de presentar a mi señora mi respeto dejándola para no volver a venir más y agradeciéndole por última vez sus bondades pasadas conmigo y con mi pobre madre.

Fue el turno de la Sra. Delmis de estar sorprendida de las palabras calmadas y dignas de Carolina que salió antes de que la Sra. Delmis pudiera retenerla.

6 EXPLICACION DE LOS MALENTENDIDOS

Al volver a su casa, Carolina se encontró con la Srta. Rose que la saludó con un aire burlón.

Carolina pasó sin mirarla, y al entrar en su casa cerró la puerta y fue a tirarse de rodillas ante la cama vacía de su madre y explotó en sollozos.

Gribouille la mira asombrado y le dice intentando levantarla:

—¿Por qué lloras tan fuerte, pobre Carolina?

Carolina le responde, temblando:

—Porque la Sra. Delmis cree que yo le he engañado, que yo no sé trabajar, que yo he dañado sus vestidos, que era la mamá la que los diseñaba. Ella dice que no me pagará por el trabajo de toda la última semana y que ella no me dará más trabajos a hacer.

Le dice Gribouille:

—¿Tú lloras por eso? Sin embargo, tú sabes bien que esto no es verdad.

Le dice Carolina:

—Sí, pero da me da pena escucharla acusarme de falsedad cuando una es honesta.

* * *

Le dice Gribouille:

—De veras. . . Pues bien. . . Es chistoso. . . A mí eso no me hace nada. Cuando alguien me dijo un día, “Gribouille, tú has robado las manzanas; hay muchas que me faltan”, yo me reí y respondí: “Yo no te he robado nada en absoluto. Busca al ladrón en otra parte. Yo no soy.” Si la Sra. Delmis me diría, “Gribouille, tú has cuidado mal mi jardín, las arvejas no crecen”, yo le respondería sin hacerme problemas: “Señora, yo he cuidado bien vuestro jardín. Si las arvejas no crecen, vea a la Srta. Rose que bien podría haberme hecho una mala broma.” Si ella dijera, “tú eres malo e ingrato”, yo le diría siempre sin descarrilarme: “Mi señora se equivoca. Yo soy bueno y agradecido. Mi señora debería sentirse avergonzada de tener malos pensamientos como ella los tiene”. Si tú quieres, hermana mía, yo iré a decirle a la Sra. Delmis que tú eres honesta, que tú trabajas perfectamente, que tú no has dañado sus vestidos, que es ella una ladrona al no pagártelos y que es tanto peor para ella si no te concede más trabajo. ¿Quieres tú? ¡Yo voy a ella inmediatamente!

Le dice Carolina:

—No, no, Gribouille, yo te lo ruego. No le digas nada. Déjale que guarde su dinero. Yo tengo otras clientes que me darán trabajos. Yo espero que no me faltará trabajos. Yo comienzo a tener más de lo que puedo hacer. Yo todavía tengo vestidos y sábanas que terminar para la mujer del vecindario y además para la maestra de la escuela, y por otras más.

Le dice Gribouille:

—¿Pero no vas a llorar?

Le dice Carolina:

—No. Yo te lo prometo; yo voy a ponerme a trabajar.

Le dice Gribouille:

—¡A buena hora! Tú sabes que el señor cura nos ha dicho que hay que estar contento por todo lo que el buen Dios nos envía. Yo estoy siempre contento, yo.

Le dice Carolina, sonriendo:

—Excepto cuando tú te aburres junto a las sábanas que hay que lavar.

Gribouille le dice riendo:

—¡Ah, sí! ¡Es verdad! Yo me comporté tontamente ese día, pero después he reflexionado y no he perdido mi tiempo. Yo te lo aseguro.

* * *

Mientras Gribouille hablaba, alguien tocó a la puerta.

—¡Entre! —dijo Carolina—. ¡Vaya, es Tomás!

—Perdone, señorita. Soy yo que vengo de parte de la señora Grebu, la señora vecina, para pedirle sus vestidos.

Le dice Carolina:

—Yo no los he empezado todavía, mi pequeño Tomás. Yo voy a dedicarme a ellos enseguida.

Le dice Tomás:

—Ya no, ya no, señorita. La Sra. Grebu los pide en piezas. Ella piensa que usted no había tenido tiempo todavía para hacerlos.

Le dice Carolina:

—¿Entonces ella no quiere que yo los haga?

Le dice Tomás:

—Hay que creer que no, señorita.

Le dice Carolina:

—¿Y por qué? ¿Sabes tú?

Le dice Tomás:

—Yo no sé, señorita. Yo pasaba delante de la casa de la Sra. Grebu que estaba dentro. Ella me llamó por la ventana. Yo me acerqué y ella me dijo: “Tomás, corre rápidamente a la casa de Carolina y pídele mis vestidos. Que ella me los devuelva terminados o sin terminar junto con todas sus piezas. Yo espero que ella no los ha comenzado todavía.”

Le dice Carolina:

—¿Y la señora Delmis estaba con ella?

Le dice Tomás:

—No. No había nadie aparte de la Srta. Rose, que se reía, se reía de todo corazón, tanto que la risa me contagió también a mí, y yo partí corriendo y riendo.

Le dice Carolina:

—Está bien, mi pequeño Tomás. Gribouille vé a buscar los vestidos en piezas que están dentro del armario grande del cuarto. Envuélvelos con un papel gris que encontrarás encima del armario, y entrégaselos a Tomás; no te equivoques.

Gribouille, muy de prisa para obedecer a su hermana corrió al armario, tomó los vestidos después de haberlos examinado, los envolvió con el papel y los entregó a Tomás.

—Adiós, señorita —dice Tomás, llevando el paquete—. ¡Buen día, Gribouille!

“Una maldad más de Rose”, pensó Carolina. “Ojalá que ella no me haga perder así todas mis clientas.”

* * *

Carolina, que tenía muchas otras obras para terminar, fue después de algunos instantes de tristes reflexiones a buscar tela para coser. Y la primera cosa que golpeó su mirada al abrir el armario fue el paquete con los vestidos en piezas de la Sra. Grebu.

—¡Gribouille, Gribouille! —gritó ella, asustada—. ¿Qué es lo que le has dado a Tomás? ¡Aquí están los vestidos de la Sra. Grebu, que yo he encontrado en el armario!

Gribouille responde:

—Yo le he dado los vestidos en piezas, como tú me has dicho.

Le dice Carolina:

—¿Cuáles vestidos, pues? Yo no tenía otros, y ellos están aquí.

Le dice Gribouille:

—No son esos los que le he dado; esos son nuevos. Yo le he dado los bien viejos que tú has guardado aquí el otro día, porque ellos están en piezas, en pedazos, y que no te servirían a ti.

Le dice Carolina:

—¡Misericordia! ¿Qué has hecho? Ellos van a creer que yo he querido robárselos. ¡Corre, mi pobre Gribouille! Alcanza a Tomás y dile que tú te has equivocado, que yo tengo los vestidos.

Le dice Gribouille:

—¡Yo voy, hermana mía, yo voy!

* * *

“Es mala fuerte que Carolina dice siempre una cosa por otra. Y después dicen que soy yo que soy una bestia.” Gribouille pensaba así mientras corría. El tuvo que apresurarse mucho pero Tomás, que también iba corriendo, llegó antes que él. El entregó el paquete a la Sra. Grebu que al abrirlo lanzó un grito.

—¡Allí tiene, querida! ¡Mire lo que ella me envía en lugar de mis bellos vestidos nuevos —dijo ella mostrándole a la Sra. Delmis tres vestidos viejos en hilachas que ella extendía con indignación—.

Le dice la Sra. Delmis:

—¡Esto es abominable! ¡Hay que hacerla arrestar! Señor Delmis, señor Delmis, —continuó ella—, venga aquí, apresúrese. ¡Es urgente!

—¿Qué hay? —dijo él al salir de su oficina de trabajo—.

Le dice la Sra. Grebu:

—Lo que hay, señor, es que hay que arrestar a Carolina Thibaut como ladrona. Ella ha guardado dos vestidos en piezas que yo le he dado para hacer, ¡y mire lo que ella me envía en su lugar!

Le dice el alcalde:

—¡No es posible! Hay en esto alguna equivocación. . .

Le dice la Sra. Grebu:

—¿Qué equivocación quiere usted que haya? Yo le pido mis vestidos, y ella me devuelve lo que usted ve. ¡Esa es la verdad demasiado fuerte!

Le dice el Sr. Delmis:

—Es precisamente porque esto es demasiado fuerte por lo que digo y lo sostengo que alguien se ha equivocado, que aquí hay un error.

Le dice la Sra. Delmis:

—Tú eres siempre así, señor Delmis. Tú no escuchas a nadie; tú no crees a nadie. Parecería que tú eres el único que tiene razón en el mundo. En lo que a mí respecta, yo digo que hay de por medio un robo, ¡y yo te conmino, como que eres alcalde, a nombre de mi amiga, la señora aquí presente, de hacer arrestar a la ladrona!

* * *

El señor Delmis sonrió levantando sus hombros. En el momento en que se disponía a responder, Gribouille entró precipitadamente en la sala seguido, o mejor dicho, agarrado por la Srta. Rose que le retenía con todas sus fuerzas y de la cual él buscaba liberarse a patadas y puñetes. Las dos damas lanzaron un grito seguido de muchos otros.

—¡Al asesino!” —gritaban ellas—. ¡Es el hermano de la ladrona! ¡El ahorca a Rose! ¡Socorro!

—¡Cállense, pues! —Gritó el Sr. Delmis con un tono imperioso—. ¡Ustedes van a conmocionar a toda la villa!

—Es que nosotras queremos, puesto que tú no tienes el valor para arrestar a los culpables —responde la Sra. Delmis—.

El Sr. Delmis dice:

—¡Silencio! ¡Rose, deja a Gribouille, déjale hablar! ¿Qué quieres decir, muchacho?

* * *

Gribouille dice:

—Es mi hermana que me envía, señor alcalde, para decirle que ella se ha explicado mal, como ella tiene de costumbre conmigo. Ella me ha dicho: “Anda a buscar en el armario los vestidos en piezas de la Sra. Grebu.” Y yo he entendido que los vestidos en piezas son los vestidos hecho pedazos, ¿no es así, señor alcalde?”

El alcalde le dice, riéndose, porque comenzó a comprender las cosas:

—Continúa, Gribouille. . .

Le dice Gribouille:

—Yo tomé los vestidos más rotos, los que estaban en pedazos, como ella misma había dicho. Yo los envolví con el papel gris, como ella me había dicho, y yo se los he dado a Tomás, siempre como ella me había dicho. Pero ocurrió que descansado un momento como una estatua, sin moverse, sin sonreír, todo pálida, ella va al armario y grita: “¡Ay! ¡Dios mío! ¡Gribouille! ¡Misericordia! ¡Los vestidos están aquí! ¡Corre rápido! ¡Ellos dirán, ellos creerán! Diles que tú te has equivocado; que yo tengo los vestidos.” Entonces, señor alcalde, yo he corrido, y he corrido. Pero Tomás había corrido más rápido que yo, y además la Srta. Rose me cierra el paso! “¡Tú no entrarás!” —me dice ella—. “¡Yo entraré!” —yo le respondo—. “¡Tú no irás!” “¡Yo sí iré!” En resumen, ella me agarró de mi chaqueta. Yo le

di una patada. Ella me asesta una cachetada, una estupenda cachetada. Yo me debato de lo mejor con mis pies y con mis manos, y heme aquí, siempre en obediencia a mi hermana.”

* * *

El alcalde, a quien el relato de Gribouille le había divertido mucho, se volvió hacia las damas y les dijo:

—¿Ustedes ven? ¿Quién de nosotros dos tenía razón?

Enseguida, volviéndose hacia Rose, que estaba parada junto a la puerta, roja y jadeante, le dice:

—¡Rose, si alguna vez tú vuelves a hacer lo que has hecho hoy, tú dejarás mi servicio inmediatamente!

Y dirigiéndose enseguida a Gribouille le dijo:

—Toma tu paquete de vestidos, mi pobre muchacho, y dile a tu hermana que no se aflija. Que ella le envíe a la Sra. Grebu lo que le pertenece, y que si tu hermana tiene necesidad de mí, yo estoy listo a servirle. En cuanto a ti, tú eres un buen muchacho, muy bueno, muy honesto. Yo me intereso por ti y por tu hermana, dile a Carolina.

* * *

Gribouille, encantado, saluda al señor alcalde, a la Sra. Delmis y a la Sra. Grebu:

—¿Estas damas tienen alguna orden que darme? —les dice con su actitud tan amable—.

—¡Vete y no pongas nunca más tus pies en mi casa! —le respondió la Sra. Delmis—.

Gribouille la miró con una expresión de asombro, no respondió y salió dirigiéndole un último saludo al alcalde.

—¿Qué tienes, pues, contra este pobre Gribouille? —le dijo el Sr. Delmis, sonriendo—.

La señora Delmis le responde con humor:

—Yo tengo lo que tengo. Eso no te incumbe. El no vale más que su hermana.

Le dice el Sr. Delmis:

—Yo pensaba que su hermana era una de tus favoritas. Es a ella a quien tú dabas para hacer todos tus vestidos.

Le dice la Sra. Delmis:

—Yo le daba; yo ya no le doy más.

Le dice el Sr. Delmis:

—¿Por qué así? ¿Es porque ella ha perdido a su madre y que ella tiene más necesidad que nunca de ganarse su pan?

Le responde:

—Porque ella me ha dañado mis últimos vestidos que yo no puedo usar.

Le dice el Sr. Delmis:

—Yo creía que ella trabajaba bien.

Le dice la Sra. Delmis:

—Sí, mientras vivía su madre, porque era su madre que diseñaba y preparaba la obra.

Le dice el Sr. Delmis:

—¿Quién te ha dicho eso?

Le responde:

—Rose.

Le dice el Sr. Delmis:

—¡Ah, ah! Es Rose. ¿Y cómo lo sabía Rose?

Le responde:

—Ella lo ha sabido porque alguien se lo había dicho. Y ella lo ha creído porque ha visto cómo mis vestidos resultaron horribles.

Le dice el Sr. Delmis:

—¿Quién ha traído traído tus vestidos para que te probaras?

Le responde:

—Rose.

Le dice el Sr. Delmis:

—¿Cuánto tiempo los había tenido ella?

Le responde:

—Cinco minutos.

Le dice el Sr. Delmis:

—¡Ah! Entonces es diferente. . .

Le dice ella:

—¿Diferente? ¿Qué es diferente? ¿En qué piensas?

Le responde:

—Yo pensaba que si ella los había tenido desde la víspera, que ella nos pudo haber recosido, retrabajado, por maldad contra Carolina a quien ella detesta.

Le dice la señora Delmis:

—¿Qué ella detesta? Al contrario, ella la ama bastante; ella me lo decía aún esta mañana.

Le dice el Sr. Delmis:

—¡Mientras ella hacía que Carolina se perdiera en tu espíritu! Mis reportes de policía me hacen saber positivamente que ella la detesta y que ella es una mala mujer. ¿Estás bien segura que los vestidos no han sido entregados en la víspera?

* * *

El Sr. Delmis no dijo nada más, y saludando a la Sra. Grebu, entró en su oficina. Y estas damas se quedaron solas mirándose una a otra.

—¿Qué piensas tú? —dijo por fin la señora Grebu—.

Le responde la Sra. Delmis:

—Yo no sé nada; yo no sé qué creer. Ahí está, querida, hagamos una cosa. Tomemos los vestidos y vayamos a mostrárselos a Carolina, como para hacer que los arregle.

Le dice la Sra. Grebu:

—Yo no pido nada mejor. ¡Vayamos!

La Sra. Delmis hizo un paquete con sus dos vestidos y fue a Carolina acompañada de la Sra. Grebu. Cuando estas damas entraron a su casa, Carolina, sorprendida y asustada se levantó precipitadamente.

Le dice la Sra. Delmis:

—No tengas miedo, Carolina. Alguien me ha dicho esta mañana que usted no sabía hacer los vestidos; que era vuestra madre la que los cortaba. Yo lo creí porque mis vestidos estaban dañados, y yo los traigo a usted para ver si los puede arreglar.

Le dice Carolina:

—Yo le agradezco a la señora. Yo no se los hubiera pedido después de lo que mi señora me dijo esta mañana.

* * *

Carolina, deshaciendo el paquete examina un vestido y después el otro, y le dice:

—El corsage y las mangas han sido retocadas, señora. Alguien ha hecho ajustes en ellos.

Le dice la Sra. Delmis:

—¡Es imposible! Yo me los he probado cinco minutos después que usted los llevó a mi casa.

Carolina pareció sorprendida y le pregunta:

—¿Me permite mi señora que le pregunte cuándo se los ha probado?

Ella le responde:

—Esta mañana, a las diez.

Le dice Carolina:

—Yo se los he llevado ayer, antes de las cuatro de la tarde.

Le dice la Sra. Delmis:

—Yo estaba en casa. ¿Por qué no me los ha subido usted?

Le responde Carolina:

—La Srta. Rose no ha querido. Ella nos ha dicho que la señora estaba ocupada.

—Es singular —dijo la Sra. Delmis—.

Le dice Carolina:

—¿Quiere ver mi señora? Aquí hay puntos deshechos. Aquí ha sido cortado un pedazo de tela. Que la señora vea cómo está mal cosido. Mi señora sabe que yo no tengo la costumbre de entregar una obra mal hecha.

Le dice la Sra. Delmis:

—Es verdad. Vuestra obra es siempre limpia y hecha con cuidado.

Le dice Carolina:

—Si mi señora quisiera dejarme sus vestidos, yo trataré de arreglarlos, introduciendo en ellos piezas lo mejor posible. Sólo que le pediré a mi señora venir a probárselos aquí.

—Bien, muy bien —dijo la Sra. Delmis sonriendo—. Yo adivino lo que usted teme. . . Gribouille, ¿acaso Rose ama a tu hermana?

Le dice Gribouille:

—No señora; ella la detesta.

Le dice la Sra. Delmis:

—¿Por qué y desde cuándo?

* * *

Gribouille le contó a la Sra. Delmis la aventura del vestido, la cólera de la Srta. Rose y sus amenazas con relación a los vestidos hechos por Carolina.

La Sra. Delmis escuchaba sorprendida, riéndose unas veces de las ingenuidades de Gribouille, e indignada otras veces por la perversidad de Rose.

Le dice la Sra. Delmis:

—Yo tendré cuidado que sus malos procederes no vuelvan a ocurrir, mi pobre Carolina. A mi regreso la Srta. Rose tendrá que hacer su paquete.

Le dice Gribouille:

—¿Quisiera mi señora que yo cargue su paquete?

La Sra. Delmis le dice, riendo:

—No, no, Gribouille. El paquete que yo voy a darle será una buena resondrada y la advertencia de buscar otra casa para realizar sus maldades.

* * *

La Sra. Delmis les dijo adiós a Carolina y a Gribouille y salió para volver a su casa acompañada por la Sra. Grebu que no había dicho ni una sola palabra.

Le dice la Sra. Delmis:

—Me asombra que tú no hayas hablado. Yo pensaba que tú le dirías a Carolina de hacer nomás tus vestidos.

Le dice la Sra. Grebu:

—Mejor yo espero que tus vestidos sean arreglados, para convencerme bien que es de veras ella que los hace.

Le dice la Sra. Delmis:

—¿Cómo? ¿Todavía crees lo que nos ha dicho la perversa Rose?

Le responde:

—De ninguna manera, pero sí un poco. Yo tengo necesidad de una prueba, y tus vestidos servirán de prueba.

* * *

Estas damas volvieron a casa.

Rose había salido. Y poco tiempo después la Sra. Delmis recibió la visita de muchas amigas suyas que venían a consultarle sobre lo que debían hacer respecto de Carolina que había arruinado los vestidos de la Sra. Delmis y que podría dañar todo vestido, puesto que ella no sabía diseñarlos.

La Sra. Delmis les preguntó:

—¿De quién tenéis esta mentira?

—De Rose —respondieron todas esas damas—.

La Sra. Delmis justificó a Carolina deshaciendo así el mal que hubiera querido hacer su enemiga.

7
LA VAJILLA HECHA AÑICOS

Cuando Rose estuvo de regreso, la Sra. Delmis hizo que se acercara, le informó lo que había aprendido y le previno que ella no la consideraba más a su servicio y que ella iba a buscar una nueva mucama.

La Srta. Rose simuló llorar protestando de su inocencia e hizo muecas de quererse desmayar. El Sr. Delmis, que entró en ese preciso momento, tomó una jarra llena y vertió toda el agua sobre la Srta. Rose que volvió en sí y se lanzó contra su señor con violencia y cólera.

Le dice el Sr. Delmis con un aire burlón:

—Yo le ayudo, Rose, a recordar este excelente proceder para hacer que se recuperen los que se desmayan: Echarles agua hasta que estén de hecho muy bien.

La Srta. Rose no se atrevió a responder; ella salió precipitadamente. Y cuando ella estuvo en su cocina lloró de rabia y en su cólera echó azúcar en los saleros y sal en los azucareros, y sal y pimienta en las cremas y en los pasteles. El resto de la comida fue sazonado de la misma manera de modo que no se pudo comer.

* * *

La Sra. Delmis gritó diciendo que Rose quería envenenarles, y el Sr. Delmis fue a la cocina y le hizo reproches a Rose a los cuales ésta respondía con sátira y perdió el control.

El Sr. Delmis la amenazó con hacerle partir de inmediato.

La Srta. Rose respondió que ella se preocupaba tanto de eso como si fuera una burbuja de aire, que ella no se apegaba más a la casa, que ella no hallaría difícil encontrar un lugar mejor.

Le dice el Sr. Delmis:

—Haz tus paquetes; tú partirás mañana.

Le dice Rose:

—Con placer y sin echarle de menos. Yo diré bellas cosas de vuestra casa. . .

Le dice el Sr. Delmis:

—Tu mala lengua dirá lo que quiera cuando ya no estés en mi casa. Hasta entonces, cállate.

Le dice Rose:

—Más a menudo que me calle. Yo soy libre de mi lengua y nadie tiene derecho de impedir que me sirva de ella.

* * *

Durante esta escena Rose se encontraba junto al lavaplatos. Para poner coto a sus impertinencias el Sr. Delmis jaló la puerta y la cerró con doble vuelta, y sin escuchar a sus gritos y a sus amenazas retiró la llave, se la metió al bolsillo y subió al comedor donde la Sra. Delmis y los hijos terminaban su cena con queso, mantequilla, rabanitos y las frutas que habían escapado del furor de Rose.

Le dice la señora Delmis:

—Y bien, ¿cómo se excusa ella de esta su detestable cena?

Le dice el señor Delmis:

—¡Excusarse! ¡Ah, sí! Ella me ha dicho cincuenta necedades. Yo la he puesto en la puerta y ella ha redoblado sus injurias y amenazas. Finalmente, yo la he encerrado en la cabina donde se lavan los platos donde voy a dejarla hasta la noche para refrescar su sangre calentada por la cólera.

* * *

Apenas acabó de hablar el Sr. Delmis escucharon un gran ruido dentro de la cocina que se encontraba debajo del comedor.

—¿Qué es pues esto? —gritó el Sr. Delmis—. ¡Otra vez y otra vez! Pero, ¿que acaba de suceder pues? ¡Se diría que es la vajilla que está rompiendo!

La Sra. Delmis le dice:

—¡Gran Dios! ¡La cabina de lavar platos está llena de vajilla! Señor Delmis, ¿qué ha hecho usted? ¡Es Rose que está rompiendo todo!

Le dice el señor Delmis:

—¡Yo he encerrado al lobo dentro de la guarida! ¡Yo voy rápidamente a detener los daños!

Le dice la señora Delmis:

—¡Detener! ¡Cuando todo ya está roto! ¡Mis hermosas tazas de porcelana con flores que estaban en la cabina de lavar platos! Ah, señor Delmis, ¡por qué has encerrado allí adentro a esta mala mujer!

Le dice el señor Delmis:

—¿Acaso yo lo podía imaginar? ¡Vamos, a salvar algunas cosas de ser rotas! ¡Yo corro!

* * *

El Sr. Delmis, seguido por la Sra. Delmis a quien seguían sus hijos corrieron a la cabina de lavar platos y abrieron la puerta. Un espectáculo deplorable se ofrecía a sus miradas: Platos, tazas, tazones, soperas, etc., ¡todo estaba tirado al suelo, roto en mil pedazos. La Srta. Rose, armada de un zueco acababa de romper unos pocos objetos que se habían librado de su furor. Con los ojos arrojando chispas, el rostro como fuego, sus cabellos en desorden, sus brazos desnudos, ella se precipitó para abrirse paso.

—¡Tú vas a gustar de la prisión! —gritó el Sr. Delmis, que intentó detenerla agarrando su pollera, pero con un golpe de su zueco ella le hizo abandonar la presa y se escapó dejando a la Sra. Delmis y a sus pequeños sobrecogidos de terror—.

—¡Qué furia! —gritó el Sr. Delmis—. Yo no puedo dejar impune una conducta semejante. En mi calidad de alcalde yo podría hacer que la persigan y la metan en la prisión.

El Sr. Delmis subió a su oficina mientras su mujer y sus hijos constataban los daños y buscaban en vano alguna pieza de la vajilla que hubiese escapado a la cólera de Rose. ¡Pero nada había sido omitido! ¡Todo estaba roto!

* * *

—¿Qué vamos a hacer, mamá? —dijo Emilia—; ahora no tenemos a nadie que nos sirva.

Le dice la señora Delmis:

—Yo ni siquiera lo he soñado, mi pequeña. Nosotros conversaremos al respecto cuando venga tu padre.

Le dice Emilia:

—Mientras esperamos, si tú quieres, mamá, Jorge y yo haremos el trabajo de la casa.

Le dice la Sra. Delmis:

—¡Imposible, mis queridos niños! ¿Cómo iréis vosotros al mercado? ¿Cómo haréis vosotros la labor de la cocina? Y además, todo el servicio de la mesa, del departamento. . . ¡Ustedes no podréis!

Le dice Emilia:

—Enconces, mamá, ¿y si le pedimos a Carolina que venga a ayudarnos?

Le dice la Sra. Delmis:

—¡Claro! ¡Es una buena idea la que tienes! Nosotros iremos a hablarle de ello cuando tu padre vuelva a la sala.

Le dice Jorge:

—¿Quieres que yo vaya a ver si mi papá está allí, mamá?

Le responde:

—Sí, mi querido. Y vienes a decírmelo de inmediato.

* * *

Jorge se precipitó hacia la escalera y encontró que su padre venía. Entonces la Sra. Delmis, acercándose a él le propuso salir para pedir a Carolina que viniese a ayudarles hasta que ellos hayan encontrado una mucama.

—¡De buena gana! —dijo el Sr. Delmis—. Yo creo que ustedes tienen una excelente idea, que se la puede hacer todavía mejor.

Le dice la Sra. Delmis:

—¿Cómo así?

Le responde:

—Proponiéndole a Carolina a entrar del todo a nuestro servicio.

Le dice la Sra. Delmis:

—Es verdad. Pero, ¿qué hará ella de Gribouille?

Le responde:

—Ella lo meterá en alguna casa o establecimiento de caridad. Es evidente que Gribouille no puede entrar al servicio de nadie.

* * *

La Sra. Delmis tomó su paraguas y fueron a la casa de Carolina. El Sr. Delmis le informó a su mujer de sus reflexiones respecto del arresto de la Srta. Rose que no podría haber escapado de la prisión que se tenía bien merecida.

—Esta mujer vería perdido todo su futuro —le dice—. Por eso he preferido dejarla con el temor sin ejecutar mis amenazas.

Carolina estuvo muy sorprendida al ver al Sr. y a la Sra. Delmis. Gribouille les ofreció unas sillas y la Sra. Delmis le explica a Carolina el propósito de su visita.

—Yo le agradezco mucho a mi señora por la confianza con que me honra —respondió Carolina sencillamente—, y yo lamento mucho, sí, mucho, no poder aceptar la oferta tan amable de mi señora.

Le dice la Sra. Delmis:

—¿Por qué, pues, Carolina? Yo te ofrezco más de sueldo que todo lo que tú ganarías en todo el año por el trabajo más obstinado.

Le responde Carolina:

—Yo no puedo abandonar a mi hermano, señora. ¿Qué sería de él sin mí?

—No te preocupes por tu hermano, Carolina —le dice el Sr. Delmis—. Yo me encargo de que le reciban en algún establecimiento de caridad donde estará muy bien.

* * *

Carolina se volvió hacia Gribouille. Ella lo miró con tristeza y afecto. Y respondió al Sr. Delmis, moviendo la cabeza:

—¡Jamás, señor! Yo jamás abandonaré a Gribouille. Yo se lo he prometido a mi madre. Mi hermano jamás se alejará de mí.

Le dice la Sra. Delmis:

—Eso no es razonable, Carolina. Tu existencia será mucho más feliz y mejor asegurada conmigo. Tu sueldo sobrepasará lo que ganarías quedándote en tu casa. Si estás enferma, tú serás cuidada y pagada como siempre; mientras que una enfermedad te metería en la miseria a ti y a Gribouille.

Le dice Carolina:

—Hay verdad en lo que dice mi señora. Pero no yo puedo faltar a la promesa hecha a mi madre ni olvidar que lejos de mí mi pobre hermano no sería feliz.

* * *

Le dice Gribouille, juntando las manos y con los ojos llenos de lágrimas:

—¡Carolina, Carolina, no vayas! ¡Oh, no te vayas! Si yo no te veo, yo moriría como la mamá.

Le dice Carolina:

—No, hermano mío. Yo no me iré jamás, a menos que el buen Dios no me separe de ti por la muerte.

Le dice Gribouille:

—Entonces eso sería diferente. Yo sabría que tú eres feliz, que el buen Dios quiere bien llevarte consigo. Entonces yo trataría de morir también bien rápido para ir a reunirme contigo.

* * *

—Escucha, Carolina —le vuelve a decir el Sr. Delmis, emocionado de la consagración de la hermana y del afecto de su hermano—. Escuchad: Hay una manera de solucionarlo todo. Entra a mi servicio con Gribouille. Todos los obstáculos se derrumban por este arreglo.

Le dice Carolina:

—¡Con Gribouille! ¡Oh, señor, eso es demasiado bueno y generoso, en verdad. Pero no me atrevo a aceptar. Yo me temo. . . Quizás mi señor olvida que. . .

Le responde el Sr. Delmis, sonriendo:

—No, yo no obligo nada, Carolina. Pero yo pienso que Gribouille nos será muy útil para varias cosas: El servicio de la mesa, limpiar los ambientes, ayudar en el jardín, hacer los mandados. . . ¡Oh, quédate tranquila! Yo veo bien lo que tú temes. Yo le explicaré tan bien mis mandados, que él no se podrá confundir.

* * *

Le dice Gribouille:

—¿Es posible? ¿Yo me alojaré en su casa? ¿Yo comeré en su casa? ¿Yo trabajaré para usted? ¿Yo no me desligaré de mi hermana, de mi buena Carolina?

Le dice el Sr. Delmis:

—Sí, muchacho mío. Yo les propongo todo esto a ustedes dos. ¿Aceptan?

Le dice Gribouille:

—¡Oh, yo de hecho! ¡Acepta, Carolina, acepta pues! ¡Apúrate, no sea que el señor cambie de idea!

El señor Delmis le dice, sonriendo:

—No, no, Gribouille. Yo no cambio una idea cuando es buena. Yo sólo cambio las malas ideas.

Le dice Gribouille:

—¡Está bien! ¡Está bien! Yo puedo decir que lo apruebo, señor; yo lo comprometo a continuar. Ciertamente, mi señor tendrá toda mi estima y la de mi hermana; ¿no es cierto, Carolina?

* * *

Le dice Carolina:

—Perdón, señor, si yo tengo la actitud de vacilar. Yo estoy muy agradecida por la oferta tan generosa de mi señor y de mi señora, que yo no sé cómo expresarme. Será una verdadera dicha para mí el poder reconocer mediante mi celo y por mi dedicación todas las bondades de mi señor y de mi señora.

Le dice la Sra. Delmis:

—Entonces, ¿tú aceptas, Carolina?

Le dice Carolina:

—¡Mi señora no puede dudar que yo acepto y con qué agradecimiento y honor!

Le dice el Sr. Delmis:

—Entonces, mi buena Carolina, se requiere que venga de inmediato porque Rose se ha ido.

Le dice Carolina:

—¿Ella ha dejado a mi señora?

Le dice el Sr. Delmis:

—Hay que decir que yo mismo la he despedido por unas injurias groseras que ella me ha dirigido.

Carolina reprimió su sorpresa y su indignación, temerosa de irritar más a Rose. Ella pidió permiso para entrar al día siguiente para ordenar todo en su casa y para entregar a algunas personas algunas sábanas y vestidos que le habían dado para hacer.

El Sr. y la Sra. Delmis consintieron con esto y le dieron permiso a Carolina rogándole venir al día siguiente bien temprano para el desayuno. Y la dejaron con Gribouille.

* * *

Ni bien el Sr. y la Sra. Delmis hubieron cerrado la puerta, Gribouille empezó a expresar su gozo con saltos y cabriolas que le hicieron reír a Carolina.

—¡Qué felicidad! —gritó él—. ¡Qué gente tan especial! ¡Allí tienes personas respetables! ¡Qué buen patrón que será el Sr. Delmis! ¡Y qué bien les serviremos! ¡Y qué bien les ayudaré! ¡Y cómo les divertiré a sus hijos pequeños! ¡Yo jugaré todos los juegos, al caballo, al burro, a la oveja, a todo lo que ellos quieran! ¡Y yo estaré siempre contigo! ¡Yo no te dejaré jamás! ¡Oh Carolina, Carolina, qué felicidad!

* * *

Carolina, más calmada, participaba de la felicidad de su hermano. Ella temía un poco de lo que ella tendría que hacer y de lo que temía hacer mal. Asimismo, de la cocina; porque para su pequeño cuidado doméstico ella se manejaba bien pero, ¿tendría ella éxito con una mesa mejor servida y más rebuscada?

Ella pensaba: “Yo debí haberles dicho que ellos pensaban, quizás, que yo era una cocinera más hábil de lo que soy. Ciertamente, yo haré lo mejor que pueda, pero yo no soy experta. Yo no sé preparar ningún plato fino. Yo se los diré; yo me sentiré desolada de defraudarlos.

—¿En qué piensas tú, Carolina? —dijo Gribouille—. ¿Por qué no hablas? ¿Acaso no estás contenta?

—Estoy muy contenta —le responde Carolina distraídamente y deteniendo sus ojos en la cama de su madre—.

—¿Cómo dices eso? Vaya, tú vas a llorar. . . ¡Tus ojos están llenos de lágrimas! —le responde Gribouille acercándose a ella de un salto y al mirarla con inquietud—.

Le dice Carolina:

—No. Yo no lloraré más. Sólo miraba la cama de la mamá y pensé que. . .

Le dice Gribouille:

—Que ella está muy contenta al vernos entrar a trabajar en casa de la Sra. Delmis, ¿no es cierto?

Le dice Carolina:

—Que. . . Que yo dejaré la casa donde ella ha vivido, donde ella nos ha amado, donde ella ha dejado de vivir —gritó Carolina sin poder contener sus lágrimas—.

Le dice Gribouille:

—¿Qué tiene que hacer la casa, siendo que ella está con el buen Dios en el cielo? El señor cura lo ha dicho; él lo ha dicho bien. ¿Tú no lo quieres pues creer?

Le dice Carolina:

—De hecho lo creo, pero amo pensar en ella.

Le dice Gribouille:

—¿Y cuando piensas en ella, tú lloras? Eso no es gentil; eso no es algo amable para ella. Es como si tú le dijeras: “Mi querida mamá; yo sé que tú eres muy feliz y yo lamento eso. Yo sé que tú ya no sufres más; pero yo estoy muy enfadada por ello. Yo quisiera que tú todavía estuvieras aquí para sufrir mucho, para no poder dormir, para gemir, para llorar como tú lo hacías, para que yo tenga el placer de verte sufrir, de cuidarte sin sanarte y de dejar que Gribouille se aburra todo solo mientras que yo te sirvo.” ¿Eso es lo que tú quieres?

Le dice Carolina sonriendo a través de sus lágrimas:

—¡Cómo arreglas tú las cosas, Gribouille! Yo trataré de no llorar más, y para esto debemos apresurarnos a guardar todo, arreglar todo y hacer un paquete de efectos y sábanas que necesitaremos en casa de nuestros patronos. Después iremos a entregar las obras que unas damas me habían dado para hacer, y volveremos a dormir por última vez en nuestra casa.

* * *

Temiendo dejarse dominar de nuevo por una emoción que había prometido sobrepasar, ella se puso inmediatamente a la obra con Gribouille que le ayudaba con una actividad y con una inteligencia que ella no hubiera creído que fuera capaz.

Ellos pasaron más de dos horas limpiando y ordenando los muebles, y guardando en los armarios las cosas que no podrían servirles en su nueva posición.

Gribouille quería llevarse todo, libros, papeles, ropa vieja, vajilla. Pero Carolina se limitó a hacer un paquete de sábanas y de ropa del diario. A ello añadió el reloj de su madre, el crucifijo que había recibido su último suspiro y una pequeña estatua de la santa Virgen. Y Gribouille metió en su bolsillo su catecismo.

—Yo lo llevo —dice él— para aprender cada día una página. Yo no lo comprendo, pero eso no cambia las cosas: Yo sabré todo de la misma manera.

8 LAS BUENAS AMIGUITAS

Cuando ellos habían guardado todo y ordenado todo, Carolina envolvió las sábanas y los vestidos que había que entregar a sus clientas. Gribouille se encargó de llevar el paquete, y se fueron a entregar estos objetos a las personas a quienes les pertenecían.

—Yo me siento muy contenta por ustedes —dijo la Sra. Grebu—, que entréis a casa de esta querida Sra. Delmis, aunque yo hubiera podido darles una casa más agradable, con menos gente, menos labor, más sueldo, regalos, un servicio menos tiránico. Pero la cosa está hecha; no hay que soñar más. Sólo que si ustedes se encuentran muy mal en casa de los Delmis, yo les ofrezco mi casa. Si yo hubiera pensado que ustedes querían trabajar como domésticos, ciertamente yo les habría advertido respecto de los Delmis. Porque ellos son siempre tan hipócritas, tan bajos. . . Uno no sabe de antemano lo que ellos quieren hacer. No que yo no les ame con todo mi corazón a estos queridos amigos; sólo que por amar a la gente uno no tiene por qué ser ciego. Uno ve lo que ve. ¡La pobre Rose me ha contado qué cosas! En fin, sus asuntos no son los míos, ¡a Dios gracias! Yo les deseo mucha dicha de la que ha tenido Rose, mi pobre Carolina. Y no se olviden de lo que les he dicho: En mi casa, más sueldo, menos labor y una buena patrona. Adiós, hasta la vista, así lo espero.

Carolina y Gribouille la saludaron y salieron. Carolina no decía nada.

* * *

—¿Qué piensas tú de la Sra. Grebu y de lo que nos ha contado? —dijo Gribouille mirando fijamente a su hermana—.

Carolina le responde:

—Yo no pienso nada, porque yo no pienso en eso.

Le dice Gribouille:

—Pues bien, yo pienso en algo. . .

Le dice Carolina:

—¿En qué piensas?

Le dice Gribouille:

—Yo pienso que la Sra. Grebu es una mala mujer. Es falsa, perversa, tramposa, y se lo diré en su propia cara si ella viene a hacer grandes demostraciones de ternura a la Sra. Delmis.

Le dice Carolina:

—Yo te ruego, Gribouille, que no digas nada. Nosotros debemos ser discretos dentro de nuestra nueva posición, y no debemos repetir a los unos lo que dicen los otros. No repitas nada, guarda por ti mismo y por mí lo que entiendes.

Le dice Gribouille:

—Bien, mi hermana. Yo no hablaré sino a ti. Pero a ti te puedo decir que la Sra. Grebu es una. . .

Le dice Carolina:

—¡Shshsh! Ya llegamos a casa de la Sra. Ledoux.

* * *

Carolina volvió a empezar su informe, y la Sra. Ledoux le dice:

—Estoy muy molesta, mi querida, de perderle como costurera. Está bien entrar a trabajar en casa del señor alcalde. No porque su casa sea tan agradable. . . El servicio es bastante duro; los hijos son tan perversos que no hay manera de aguantarlos. La pobre Rose no comía a gusto porque ellos escatiman un bocado de pan, ¡estos Delmis! ¡Ah, es que ellos quieren brillar, como parece! La Sra. Delmis se pasa el tiempo maquillándose. Dicen que ella se arruina con eso. Pero de todos modos les expreso mis felicitaciones. No es que ustedes no hayan podido encontrar un mejor empleo que éste. . . Si solamente lo hubieran dicho. . . ¡En mi casa! ¡Qué diferencia! Aunque puede ser que sea demasiado tarde. Ustedes no han hecho un contrato para toda la vida. . . Adiós, Carolina, mi casa les está abierta. No lo olviden. . . ¡Adiós!

—Una más —dijo Gribouille al salir—. Es chistoso como ellas son tan perversas como ésta. ¡Ellas son tan amables con la Sra. Delmis!

* * *

—Es triste —le dice Carolina—. Sin embargo, el señor y la señora Delmis son tan buenos con todo el mundo. . .

Dice Gribouille:

—¡Hem! ¡Hem!

Le dice Carolina:

—¿Qué tienes? ¿Por qué haces tú, “hem”, con tu voz ronca?

Le dice Gribouille:

—Es que. . . Yo no quisiera decirlo, pero te lo diré de todos modos. La Sra. Delmis no ha sido tan buena contigo. . . Por lo de los vestidos. . . Tú sabes.

Le dice Carolina:

—Hay que pensar que ella creía que yo le había engañado, que yo había dañado sus vestidos. . .

Le dice Gribouille:

—¿Por qué lo pensaba? ¿Es que ella debía creer de ti una cosa semejante? ¿Por qué en lugar de escuchar a esa perversa Rose no vino a hablar contigo?

Le dice Carolina:

—Porque ella no podía creer que Rose fuera tan perversa para mentir de esa manera.

Le dice Gribouille:

—Y ella sí podía creer que tú eras tan perversa para engañarle así. . .

Le dice Carolina:

—Gribouille, tú te estás volviendo demasiado meticuloso. Sé bueno e indulgente; perdona a los que te ofenden.

Le dice Gribouille:

—Yo sí quiero perdonar a los que me ofenden, pero no a los que te ofenden a ti.

Le dice Carolina:

—Si el buen Dios haría como tú haces, Gribouille, no seríamos felices.

Le dice Gribouille:

—El buen Dios jamás ha tenido una hermana ofendida.

Le dice Carolina:

—No, pero él ha tenido una madre, ¡que es mucho peor!

Le dice Gribuaille:

—¡Toma! ¡Es verdad! De hecho, puesto que nosotros entramos a trabajar en la casa de la Sra. Delmis, que nos lo ha pedido ella misma, yo puedo perdonarle. Decididamente yo le perdono.

* * *

Carolina no respondió sino con una sonrisa y entra a la casa de la Sra. Piron, a quien le entregó, como a las otras damas la obra que ella no había tenido tiempo de acabar.

—¡Es bastante molesto! —dice la Sra. Piron con humor—. Uno no se hace cargo de un trabajo que no ha de poder hacer. ¡Esto no es en absoluto delicado, señorita!

Le dice Carolina:

—Mi señora será bastante justa al comprender que yo no podía haber prevenido la muerte de mi pobre madre ni la oferta de la Sra. Delmis.

Le dice la Sra. Piron:

—Usted debió hacer esperar a la Sra. Delmis hasta haber terminado mis vestidos. Ella no habría muerto con esperar, ni tampoco usted, yo pienso. . .

Le dice Carolina:

—La Sra. Delmis se encuentra metida en problemas a causa de la partida de la Srta. Rose. . .

Le dice la Sra. Piron:

—¿Rose la ha dejado? ¡Cómo me gusta! Esto será una buena lección. Esto le enseñará a tratar a sus domésticos con más bondad. ¡Ah! ¡Rose se ha ido! ¿Sabe usted por qué? Cuéntame acerca de esto, Carolina.

Le dice Carolina:

—Yo no tengo nada que ver con esto, señora. Yo no sé nada, y yo no puedo contarle nada a mi señora.

Le dice la Sra. Piron:

—¡Vaya, mi pequeña Carolina! No sea tan discreta. Yo no hablaré de eso con nadie; se lo juro. ¿Se ha producido alguna escena? ¿Es Rosa que se ha ido, o es que la Sra. Delmis la ha despedido? ¿Qué dice el señor alcalde? ¿Ha sido prevenido de la partida de Rose?

Le dice Carolina:

—Yo le pido perdón a mi señora, pero de veras yo no sé nada de lo que me pregunta mi señora.

Le dice la Sra. Piron:

—¡Tontita! Usted se hace la difícil como si usted ya formara parte de la familia de estos Delmis. ¡Vaya! Usted no durará allí mucho tiempo. Soy yo que se lo digo. Una mujer exigente, avara, colérica, coqueta, insoportable. . . Yo le deseo a usted mucho placer en vuestra nueva condición. Usted hace bien al aprender a callarse; ¡va a haber cosas bonitas que contar de esa gente si se quisiera hablar! Adiós, señorita.

* * *

La Sra. Piron entró en su dormitorio cerrando la puerta con violencia.

Gribouille se reía recatadamente antes de seguir a su hermana que se retiraba. El fue suavemente a la puerta del dormitorio de la Sra. Piron y dio doble vuelta a la llave, y corrió enseguida a juntarse con Carolina en el momento cuando ella se volvía para buscarlo.

Le dice Carolina:

—¿Por qué te quedaste atrás? ¿Qué hacías en la casa de la Sra. Piron?

—Yo la he castigado —gritó Gribouille frotándose las manos, riendo y dando saltitos—.

—¿Castigada? ¿Cómo? —le dice Carolina, asustada.

Le responde:

—Yo le he encerrado con doble vuelta a la llave. ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! Ella está bajo penitencia para expiar su maldad.

Le dice Carolina:

—¡Oh, Gribouille! ¡Ella se va a poner furiosa cuando se dé cuenta!

Le dice Gribouille:

—¿Qué nos importa eso? ¡Tanto mejor! Ella merece ser castigada porque ella ha sido tan perversa.

Le dice Carolina:

—Vuelve a su casa, Gribouille, y ábrele la puerta. Ella podría hacer una demanda ocasionándonos una situación muy mala.

Le dice Gribouille:

—¿A ti, Carolina?

Le dice Carolina:

—Sí, a mí y a ti. Anda rápido hermano mío, ábrele antes que se dé cuenta de la broma que le has hecho.

* * *

Gribouille volvió sobre sus pasos y entró a la casa. Cuando él quiso girar la llave, escuchó a la Sra. Piron que gritaba: “¿Quién es el que me ha encerrado? Abre rápidamente.

Le dice Gribouille:

—Soy yo, señora. Yo, Gribouille.

Le dice la Sra. Piron:

—¡Imbécil! ¡Insolente! Yo haré una demanda contra ti y contra tu tonta hermana. ¡Abre enseguida!

Le dice Gribouille:

—No. Yo no abriré a no ser que usted me prometa de no decir nada contra mi hermana.

Le dice la Sra. Piron:

—Yo no prometo nada. Yo no quiero prometer nada. Yo presentaré una demanda si lo quiero. ¡Abre de inmediato!

Le dice Gribouille:

—Si usted dice una palabra yo le contaré a la Sra. Delmis todo lo que usted ha dicho acerca de ellos y cómo usted ha cuestionado a Carolina, y cómo usted se ha encolerizado porque ella no ha querido contarle chismes sobre la Sra. Delmis.

—¡Miserable! —Gritó la Sra. Piron consternada. “¡Seguro que hará como dice! ¡El es tan bestia!— Vamos, abre, yo no hablaré nada.

Le dice Gribouille:

—¿Usted lo jura?

Le dice la Sra. Piron:

—Sí, lo juro. Abre, pues.

—¡Aquí va! —dijo Gribouille al dar la vuelta a la llave y escapándose sin esperar que la Sra. Piron abriese la puerta—.

* * *

El hizo bien, porque ella tenía en su mano un tazón lleno de agua que ella creyó arrojar sobre las piernas de Gribouille cuando la puerta fuese abierta. Pero éste último se puso a salvo fuera de la casa y la Sra. Piron tuvo el dolor de haber ensuciado su piso sin haber satisfecho su venganza.

Gribouille la saludó con un gesto burlón y alcanzó a su hermana riéndose con todas sus fuerzas.

—¿Por qué te ríes, Gribouille? ¿Qué has hecho de nuevo? —le dice Carolina un poco inquieta—.

Gribouille le contó lo que acababa de ocurrir entre él y la Sra. Piron. Y Carolina, resonando a su hermano, no pudo impedir de participar de su alegría. Así entraron a su casa, hicieron una cena frugal y se acostaron después de haber acabado sus últimos arreglos y de haber puesto todo en orden en la casa que ellos debían dejar al día siguiente.

* * *

Gribouille durmió profundamente y se levantó al primer llamado de su hermana. Se vistió apresuradamente para ir con ella a la casa del Sr. y la Sra. Delmis. Ellos no encontraron a ninguna persona despierta. Ellos fueron a la cocina para comenzar los preparativos del desayuno.

“¡Qué desorden!” —se dijo Carolina—.

—Nosotros tenemos que enfrentar la tarea de limpiar todo —dijo Gribouille—.

Carolina le dice:

—Trata de encontrar una escoba. Tú barrerás mientras yo lavo la vajilla.

Gribouille fue a un costado del lavadero:

—¡Ah! —gritó al mirar la vajilla rota—. ¡Hermana mía, ven a ver! ¡Los objetos de porcelana y de cristal, rotos!

Carolina acudió y repitió las palabras de Gribouille:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué va a decir la señora? ¡Ojalá que ella no crea que somos nosotros los que han roto todo!

Le dice Gribouille:

—¡Ni un solo plato! ¡Ninguna taza, ni un vaso que no esté en pedazos! ¡Uno no puede entrar sin caminar encima!

Le dice Carolina:

—Haz un montón para abrir un poco el camino al lavadero, toma, aquí tienes una escoba.

Ellos se pusieron a trabajar y gracias a su actividad y a la costumbre que tenía Carolina de mantener todo limpio, pronto no quedó más de las huellas huellas del furor de la Srta. Rose que el montón de la vajilla rota que Carolina quiso mostrarles a sus patrones.

* * *

Carolina le dice a Gribouille:

—Tráeme agua en el balde que está aquí. Yo voy a encender el fuego para calentarla.

Pocos instantes después el fuego crepitaba y el agua se calentaba dentro de un recipiente bien limpio, bien brillante.

La Sra. Delmis entra en la cocina y dice con un aire satisfecho:

—¡Ya están metidos en la obra! ¿Ustedes han limpiado la cocina? Ella necesitaba mucho de eso.

Le dice Carolina:

—Sí, señora. Nosotros hemos barrido y limpiado, mi hermano y yo.

Le dice Gribouille:

—¿Mi señora quiere ver lo que hay en el lavadero? Que mi señora no crea que haya sido yo o Carolina los que hemos roto todo.

Le dice la Sra. Delmis:

—No, no. Yo sé de qué se trata. Es Rose que se ha encolerizado cuando nosotros la hemos despedido.

Le dice Carolina:

—¿Mi señora no sabe que los objetos de porcelana y de cristal están en mil pedazos?

Le dice la Sra. Delmis:

—Yo lo sé. Nosotros lo hemos visto ayer. Hay que amontonar todo eso, Gribouille.

Le dice Carolina:

—Ya está hecho, señora.

Le dice la Sra. Delmis:

—¿Ya? ¡Cómo habéis trabajado!

Le dice Gribouille:

—¡Sí, señora, siempre ocurre así con nosotros! Carolina y yo conocemos la obra. Yo creo que mi señor y mi señora van a ser servidos de manera muy linda.

Le dice Carolina:

—¡Cállate, pues, Gribouille! No hay que alabarse.

Le dice la Sra. Delmis:

—Déjale hablar, Carolina. Al contrario, es necesario que el pobre muchacho diga lo que le pasa por la cabeza.

Le responde Gribouille:

—¿Ves tú, Carolina? Tú siempre quieres hacerme callar, y la señora quiere que yo hable. ¡Pero si yo le dijera a la señora todo lo que me pasa por la cabeza!

Le dice Carolina:

—Pero acaba, pues, Gribouille; tú vas a agotar a la señora.

Le dice la señora Delmis:

—¡En absoluto! ¡En absoluto! ¡Pobre muchacho! ¡Déjale hablar!

Le dice Carolina:

—Es que yo temo que él. . . no abusará demasiado de la bondad de mi señora y. . .

* * *

Le dice Gribouille:

—Quieres decir que tienes miedo que yo le cuente a la señora lo que nos han dicho ayer las amigas de la señora. . . ¡Qué tales amiguitas que tiene la señora!

Carolina le dice con un aire de reproche:

—¡Gribouille! ¡Gribouille! Tú me has prometido. . .

Le dice Gribouille:

—Sí, yo te he prometido, y yo tengo palabra, tú ves bien. Yo no digo nada. Aquí está la señora para testificar que yo no he dicho nada del mal propósito de la Sra. Grebu y de la otra. . . la Sra. Ledoux. . . y después de la otra, la Sra. Piron! ¡Ah, ah, ah! ¡Cómo estaba ella de furiosa! Si la señora la hubiera visto cuando ella salió de su cuarto después de que le amenacé con contarles todo al señor y a la señora, después de que ella me ha prometido de no hacer una demanda. . . ¡Ah, ah, ah! La señora hubiera reído como yo, con toda seguridad.

Le dice la Sra. Delmis:

—¿Qué es eso? ¿Qué hay pues? ¿Qué ha ocurrido?

En vano Carolina había hecho señas a Gribouille. El no la miraba, y estaba a punto de tomar de nuevo la palabra, cuando Carolina se apresuró a responder:

—¡Absolutamente nada, señora! Nada que valga la pena de ser referido a mi señora. Yo he llevado ayer en la tarde los vestidos sin hacer de estas damas. Ellas no estaban contentas; eso es todo. Mi señora sabe que Gribouille se divierte un poco. El ha encontrado chistoso ver a esas damas encolerizadas, y es eso lo que él quiere decir a mi señora.

Gribouille quiso hablar, pero quedó mudo ante el gesto imperativo de su hermana. La Sra. Delmis tuvo a bien interrogarlo, pero ella no pudo sacarle de su silencio.

* * *

Carolina le pidió sus órdenes para el almuerzo y para el trabajo de la jornada. La Sra. Delmis le explica su servicio, todo lo que ellos tenían que hacer, y cuando el almuerzo fue terminado ella le dio las llaves del guarda-granero, de la ropa de casa, de todos los armarios. Gribouille les seguía por todo lugar, admiraba todo a la gran satisfacción de la Sra. Delmis que le permitía ayudar en todo, aunque Carolina temía que él hiciera alguna torpeza o dijera alguna ingenuidad. Pero la señora Delmis, en lugar de molestarse se divertía con las reflexiones de Gribouille y le animaba a continuar.

* * *

Al mirar los vestidos guardados en los armarios, Gribouille expresaba una gran admiración:

—¡Qué hermosos vestidos! ¡Qué bellos colores! ¡Qué pena que la señora no sea más joven! ¡Cómo le irían de bien esos vestidos!

—¿Cómo más joven? ¿Acaso me encuentras vieja? ¡Todo el mundo no dice lo que tú dices! —le dice la Sra. Delmis con una actitud ofendida—.

Le dice Gribouille:

—¿No le dicen eso? ¡Es verdad! Pero la señora sabe bien que uno no dice todo lo que piensa. Ciertamente, la señora no es tan vieja como la mama Nanón, la sirvienta del cura; pero para vestirse con esos vestidos tan lindos y tan frescos, a mí me gustaría más que la señora fuera como Carolina. . .

—Entonces, ¿qué edad me echas? —le pregunta la Sra. Delmis esforzándose por sonreír—.

—Yo creo que la señora no tiene más de cuarenta años —responde Gribouille con un aire refinado—.

Le dice la Sra. Delmis:

—¡Yo te lo agradezco! ¡Tú eres generoso! ¡Cuarenta años! ¡De veras! ¡Cuarenta años! Pero si yo tengo apenas treinta. . .

Le dice Gribouille:

—Treinta, cuarenta, eso no cambia las cosas. Dicen que la señora tiene cuarenta porque ella tiene el aspecto de tenerlos; eso es todo.

* * *

Interviene Carolina, inquieta:

—Mi señora tiene la buena voluntad de escuchar las tonterías de mi hermano. ¿Acaso él conoce algo de cifras y de la edad de la gente? ¿Mi señora desea decirme si sus vestidos deben permanecer allí? Yo los encuentro un poco apretados; yo temo que ellos se encuentren aplastados.

Le dice la Sra. Delmis:

—Ordénelos como usted quiera, Carolina. Usted conoce al respecto mejor que yo.

Le dice Carolina:

—Voy a ponerlos de manera más holgada antes de guardarlos. Si mi señora quiere vestir esta noche este vestido lila y verde, estoy segura que le irá perfectamente con el tono fresco y con los cabellos de mi señora.

La Sra. Delmis le dice con satisfacción:

—Como usted quiera, Carolina.

* * *

La Sra. Delmis había recobrado su aire amable. Carolina, contenta de haber llevado por otro rumbo el ánimo naciente de su patrona continúa hablándole de ropas y de peinados, y le propone arreglar sus cabellos de acuerdo a la nueva moda, lo que la Sra. Delmis acepta con agrado. Ella se retiró a su dormitorio para prepararse.

Carolina le dice a Gribouille:

—Mientras yo peino a la señora tú quitarás el mantel y lavarás la vajilla. Tú secarás todo con mucho cuidado y ordenarás la porcelana en el comedor.

Le dice Gribouille:

—Sí, Carolina. Pero, ¿por qué tienes tú un aspecto descontento cuando yo le hablo a la señora de su edad?

Le dice Carolina:

—Porque jamás hay que hablarle de su edad a la patrona, y te ruego que jamás hables de ello a la Sra. Delmis.

Le dice Gribouille:

—Yo no hablaré más de eso, ya que eso te disgusta. Pero yo no comprendo por qué.

* * *

La señora Delmis llama a Carolina:

—¡Carolina, Carolina, yo te estoy esperando!

Dice Carolina:

—Mi señora llama; anda rápido, Gribouille, anda a tu labor y no rompas nada.

Le dice Gribouille:

—Quédate tranquila, yo no haré como la Srta. Rose. . .

* * *

“De todas maneras es raro que Carolina no quiera que yo le hable de su edad a la señora. . . ¿Por qué será? ¿Será porque ella tiene temor de no tener razón respecto de su edad? ¡Con toda seguridad es por eso! Ella podría ser más razonable. Lo que pasa es que ella no lo es de sí misma. ¿Acaso tiene buen sentido mandar hacerse vestidos de todos los colores como si ella fuera una jovencita?”

Gribouille continúa, al examinar los vestidos:

“Yo te pregunto un poco. . . ¡He aquí uno rosado que le quedaría bien a Carolina! ¡Y este azul pálido con gruesas grosellas! De todas maneras es chistoso. Veamos el vestido lila que Carolina quiere que ella se ponga esta noche. . . ¡Demasiado joven! ¡Demasiado hermoso!” —añade, moviéndose la cabeza—.

* * *

Después de haber terminado su examen, Gribouille pasa al comedor, toma los cubiertos, lava la porcelana, los vasos, los cubiertos. Y como le había ordenado Carolina ordenó las piezas sobre la mesa y sobre el buffet, a medida que los iba secando.

A continuación, desciende a la cocina y lava la vajilla, barre todo lugar y pone todo en orden.

Cuando su hermana entró para preparar el almuerzo estuvo muy contenta y le pide a Gribouille ir a hacer una visita al señor cura para prevenirle del cambio de su situación. Todo había ocurrido tan rápidamente que ella no tuvo tiempo para consultarle respecto a servir en casa de la familia Delmis.

9
UN ENCUENTRO INESPERADO

Gribouille, encantado de hacer un pequeño paseo partió inmediatamente. Y cuando estaba en una callejuela que llevaba al presbiterio, vio que se abría con precaución la puerta de un granero abandonado. Una mujer salía de allí furtivamente como si tuviese miedo de ser vista. La puerta la ocultó de Gribouille, y ella observó a la derecha y a la izquierda e iba a salir a la calle cuando ella percibe a Gribouille.

Ella dio un grito ahogado e intentó entrar de nuevo en el granero, pero Gribouille, que la había reconocido, le cerró el paso.

Le dice Gribouille:

—¿Es usted, señorita Rose! ¿Qué hace usted dentro de esta casa en ruinas? ¿Por qué se escapa de mí?

Le dice Rose:

—¡Silencio! ¡Por el amor de Dios, no me echas a perder!

Le dice Gribouille:

—¿Echarle a perder? Al contrario, yo la vuelvo a encontrar. . .

Le dice Rose:

—No, no es así. No digas que me has encontrado, que yo estoy aquí dentro de este granero.

Le dice Gribouille:

—¿Por qué no lo debo decir? No hay nada de malo en eso. Carolina no se molestará; yo estoy seguro de eso.

Le dice Rose:

—¡Oh Gribouille, si saben que estoy aquí vendrán a arrestarme para meterme en la prisión. Los gendarmes vendrán.

Le dice Gribouille:

—¿Los gendarmes? ¡Ay, ay! Eso es diferente, pero, ¿por qué? ¿Qué ha hecho usted?

Le dice Rose:

—Yo he golpeado al señor alcalde; yo he roto la vajilla.

Le dice Gribouille:

—¡Ah, es usted que ha hecho esa bella obra! ¡Eso había de por medio! Yo he pasado dos horas levantando los pedazos. ¿Y le van a meter en prisión por eso?

Le dice Rose:

—Sí, el alcalde lo ha dicho y yo me he escapado. Yo me he escondido aquí, pero yo tengo mucha hambre, y voy a la casa del señor cura para obtener algo de pan y para rogarle de pedir gracia por mí al Sr. Delmis. ¡Yo tengo miedo de la prisión!

Le dice Gribouille, con compasión:

—Ya lo entiendo. ¡Pobre señorita Rose! Se requería que usted fuese perversa para que la metan en la prisión. ¿Qué hacer para salvarla?

Rose iba a responderle cuando ella escuchó pasos de hombres que se aproximaban de la callejuela. Ella jaló violentamente a Gribouille dentro del granero, se lanzó sobre él, tiró la puerta y se acurrucó detrás de un montón de heno viejo olvidado dentro de un rincón oscuro.

Gribouille quiso hablar. . .

—¡Por el amor de Dios, ni una sola palabra, o yo estoy perdida! —dijo ella en voz baja juntando las palmas de sus manos—.

Gribouille se quedó inmóvil y aterrado. Los pasos se acercaron, pero lentamente. Llegados delante del granero los gendarmes, porque se trataba de ellos, se sentaron contra la puerta, sobre el umbral de piedra que les ofrecía de asiento. Ellos conversaban en voz baja. Gribouille intentó en vano escuchar su conversación. El no pudo captar más que palabras entrecortadas: “Se ha escapado, puede ser. . . en casa del cura. . . habrá tenido temor. . . buena lección. . . La Rosa de los campos. . . La Rosa del bosque. . . ¡Ja, ja, ja!”

Después de un reposo de algunos minutos los gendarmes continuaron su camino. Se les escuchaba reír y decir, “La Rosa de los campos. . .”

* * *

Cuando todo volvió a quedar en silencio, Rose salió de su escondite. Ella temblaba. Gribouille temblaba aun más.

—Se requiere absolutamente que yo tenga algo de pan. Yo estoy muy hambrienta; yo no puedo más. Gribouille, te lo ruego, anda a buscarme pan; me muero. . .

Los dientes de Gribouille se chocaban, sus rodillas temblaban. Pero tocado por los sufrimientos de su antiguo enemigo se dirigió a la puerta, bajó el cerrojo, abrió, y se encontró nariz con nariz con un gendarme.

—¡Ah! —Gritó Gribouille y cayó de cuatro patas sobre el suelo.

Era el brigadier que le empezó a interrogar:

—Y bien, ¿por qué este terror? Le tienes miedo a un hombre de armas: ¡Mala señal! Levanta la nariz, muchacho, para que yo te reconozca.

Gribouille no se movía, y el brigadier lo levantó a la fuerza.

Le dice el brigadier:

—¡Vaya! ¡Es Gribouille! ¡Eres tú, mi pobre muchacho! ¿Por qué tienes miedo de mí hoy? Sin embargo, nosotros somos viejos amigos. ¿Y qué hacías tú encerrado en este granero? Tú no estás solo, puede ser. . .

* * *

Dejando a Gribouille, el brigadier quiso penetrar en el granero.

—¡No entre! ¡No entre! —gritó Gribouille, cerrándole el paso—. ¡Por favor, brigadier, no entre!

Al ver que sus esfuerzos eran inútiles, gritó:

—¡Tenga piedad de una pobre mujer que está medio muerta de hambre!

Le dice el brigadier:

—¿Una pobre mujer muerta de hambre? ¿De qué mujer hablas? ¿De dónde sacas que yo persigo a alguien?

Le dice Gribouille:

—¿Cómo? ¿Usted no busca a Rose, la antigua sirvienta del señor alcalde?

Le dice el brigadier:

—¿Rose? ¿Acaso hay que arrestarla? ¿Sabes tú por qué? ¿Qué es lo que ella ha hecho?

Le dice Gribouille:

—Yo no sé nada. Yo pensaba que usted estaba con esos señores gendarmes que estaban sentados sobre el umbral de la puerta. Ellos hablaban de arrestar a Rose, y se han ido a buscar al señor cura.

Le dice el brigadier:

—No. Yo he estado ausente por razones de servicio. Al entrar de nuevo en servicio yo pasaba para hacer mi ronda cuando me encontré nariz con nariz contigo. Pero por lo que tú dices, veo que mis camaradas tienen orden de arrestar a Rose que está escondida por aquí dentro del granero y que tú quieres impedirme que yo la arreste. Pero. . . ¡el deber antes que todo!

* * *

Diciendo estas palabras el brigadier entró en el granero y comenzó su búsqueda. Cuando él hurgaba en medio de unos toneles vacíos, Gribouille corrió a apoyarse sobre el montón de heno detrás del cual estaba acurrucada Rose. El gendarme, al no encontrar nada en el lado donde él había empezado su búsqueda se dio la vuelta, y al ver el aire inquieto de Gribouille, avanzó hacia él.

—Ella está aquí, veamos, quítate de aquí que yo tomo mi presa.

Como Gribouille rehusaba moverse de allí, el gendarme le tomó del brazo, lo hizo girar como un trompo, y desplazando los manojos de heno, se vio sorprendido de no ver a nadie.

Le dice el brigadier:

—Es singular. . . Yo habría jurado que ella estaba aquí.

Le dice Gribouille, batiendo las manos:

—¡Ella se ha ido! ¡Ella se ha escapado, tanto mejor! Pero, ¿por dónde ha pasado ella?

Le dice el brigadier:

—¡Ella estaba entonces realmente aquí, escondida detrás del heno!

Le dice Gribouille:

—Pero sí, ella estaba aquí. ¿Por dónde ha podido ella haberse escapado, estando nosotros junto a la puerta?

Le dice el brigadier:

—¡Ah, eso! ¿Entonces tú eres su cómplice, porque tú le ayudas a esconderse?

Le dice Gribouille:

—Yo la he encontrado junto a la puerta del mismo modo como usted me ha encontrado a mí. Cuando ella escuchó caminar, ella se ha vuelto a esconder en el granero, jalándome tras ella, y antes de que yo me recupere de mi sorpresa escuchamos a vuestros camaradas cuando se sentaron junto a la puerta, conversando de Rose. Ellos se reían, después se fueron. Entonces Rose me rogó que fuera a buscarle pan. Y cuando yo iba, porque de veras ella me daba lástima, yo me veo arrinconado contra usted y tuve miedo. Eso es todo. Pero, ¿dónde está ella? Yo no veo ni puerta ni ventana.

* * *

Le dice el brigadier:

—Escucha: Vamos a la casa del señor cura, allí encontraremos a mis camaradas, y allí veré si tú me has hecho un cuento.

Le dice Gribouille:

—Vamos. Yo iba justamente allí por un mandado de mi hermana.

Ellos partieron. El brigadier empujó la puerta sin cerrarla del todo.

—Gribouille —le dijo él en voz baja—, anda solo a la casa del cura. Yo estoy fatigado. Yo espero aquí a mis camaradas; dícelos.

Gribouille partió sin desconfianza. El encontró al cura solo y le preguntó dónde estaban los gendarmes.

Le dice el cura:

—Yo no he visto gendarmes, amigo mío. ¿Qué tienes tú que ver con los gendarmes?

Le dice Gribouille:

—No se trata de mí, señor cura. Se trata del brigadier que está en la callejuela del granero y que pide verlos.

Le dice el cura:

—Ellos nunca vienen a mí. ¿Y es para esto que tú venías?

Le dice Gribouille:

—No, señor cura; esto es un mandado que se me dio al pasar. Se trata de Carolina que me envía para contarle lo que ha ocurrido.

* * *

Gribouille le hizo al cura un recuento de los últimos acontecimientos. El cura aprobó todo lo que había hecho Carolina y le dijo a Gribouille que él estaba muy contento de saber que estaban en la casa del Sr. Delmis.

—Y en casa de la señora —dijo Gribouille, sonriendo con malicia—.

Le dice el cura, vacilando:

—Y. . . en casa de la señora también. ¿Por qué haces tú diferencia entre el señor y la señora?

Le dice Gribouille, rascándose la cabeza:

—Porque. . . Es que. . . Vaya, señor cura, yo no sé cómo explicarme. Pero no es lo mismo. . . La Sra. Delmis, usted verá, yo creo que hay que halagarla, hay que endulzarla con hipocresías, y eso no va bien conmigo. Ella tiene muchos vestidos. Si usted viera sus vestidos, usted verá que no es como el señor.

Le dice el cura, riéndose:

—Yo lo creo. ¿Es que los hombres tienen vestidos? Siempre usan la misma cosa: Una chaqueta y un pantalón.

Le dice Gribouille:

—Lo sé. . . Esto no es así, es algo. . . ¿cómo decirlo? Son como dos tazones de mantequilla; parecen ser la misma cosa. Usted prueba de uno y está bien; de ello usted comerá siempre. Usted prueba del otro y. . . ¡atataj! Está rancia; usted no volverá más a probarla.

El cura se ríe cada vez más. Gribouille no se ríe; él mueve la cabeza.

—Carolina no ama lo rancio —dice finalmente con un aire pensativo—; sin embargo, ella la tendrá que comer. . . Y yo también —añade con un suspiro—.

Le dice el cura:

—Veamos, veamos, Gribouille, no acumules temores sin razón. La Sra. Delmis es un poco difícil, pero no es una mujer perversa. Carolina es dulce y razonable; todo irá bien. Adiós, amigo mío, adiós.

* * *

Gribouille salió, y al volver a pasar por la callejuela escuchó un ruido en el interior del granero cuya puerta estaba abierta. El metió la cabeza allí y vio a Rose tendida sobre el suelo y al brigadier que acababa de atar sus piernas y sus brazos.

Cuando Gribouille partió de allí, el brigadier, que sospechaba que había allí algún escondite misterioso, había vuelto a entrar sin hacer ruido y se quedó tendido en el suelo sobre un rincón oscuro. El no tardó en escuchar un ruido ligero que parecía venir de debajo del suelo. Pocos instantes después él vio que unas planchas que había sobre el suelo se desplazaban. Una cabeza se hizo ver, miró alrededor, y al no ver a nadie y al creerse segura, Rose —porque se trataba de ella—, acababa de salir de un hueco a donde había descendido y que había recubierto con planchas que parecían estar tiradas sobre el suelo y que no dejaban sospechar un escondite. Ella se dirigió sin ruido hacia la puerta y fue sobrecogida de terror al sentir dos manos que le jalaban de las piernas y la hicieron caer de nariz.

* * *

Antes que ella pudiese gritar, el brigadier, saltando ágilmente de su rincón oscuro se avalanzó sobre ella, le cubrió la boca con un pañuelo para impedirle gritar y le metió grillos en los pies y en las manos de las cuales ella comenzó a servirse para defenderse.

—¡Oh, brigadier —gritó Gribouille—, no le haga daño! ¡Pobre Rose! Ella se va a ahogar, ¡quítele el pañuelo!

Le dice el brigadier:

—En lo que respecta a eso, muchacho, quítaselo si tú quieres, pero al presente ella está bajo seguridad. ¿Dónde están mis camaradas? ¿Los has traído?

Le responde:

—Yo no les he visto. El señor cura tampoco los ha visto.

Le dice el brigadier:

—¡Esto ya me cansa! ¿Qué voy a hacer con esta mujer? Yo mismo no tengo orden de arrestarla. Es por ellos que yo he trabajado. Vamos, bella, dime la verdad: ¿Por qué te escondes?

—Me han dicho que el señor alcalde ha dado la orden de arrestarme —respondió Rose temblando—.

Le dice el brigadier:

—¿Qué has hecho? Habla. Di la verdad. ¿Por qué el señor alcalde querría arrestarte?

Le responde:

—A consecuencia de una cólera, yo le he golpeado.

Le dice el brigadier:

—¡Golpeado el señor alcalde! ¡Ah! Tu asunto no es bueno, pobre mujer. Pero como al fin de cuentas yo no he tenido orden, yo le voy a desatar las piernas, y porque mis camaradas no están allá, yo te voy a llevar a la casa del alcalde. El hará de ti lo que quiera.

Le dice Rose:

—¡Misericordia! ¡Misericordia, señor brigadier! ¡No me haga atravesar la villa! ¿Qué dirán al verme con las manos atadas y llevada por un gendarme?

Le dice el brigadier:

—¡Escucha! Yo tengo piedad de ti, pero el deber antes que nada. Sin embargo, lo que puedo hacer es quedarme aquí guardándote mientras Gribouille irá a tomar las órdenes del señor alcalde. Anda, Gribouille, anda mi muchacho. Anda, dile al señor alcalde que yo tengo aquí a la Srta. Rose bien atada, bien guardada, y qué es lo que él quiere que haga.

* * *

Gribouille partió corriendo. El entró en la casa, atravesó la cocina como una flecha sin hacer caso del llamado de Carolina, que estaba asustada a causa de su palidez y de su entrada precipitada.

—¡Imposible! —le gritó él todo corriendo—. El brigadier espera. . . ¡Imposible!

El entró de esta manera en el salón donde se encontraba la Sra. Delmis sola, trabajando. El continuó su curso, sin escuchar a su señora más de lo que había escuchado a su hermana, y sin golpear entró en la oficina del Sr. Delmis, que conversaba con un gendarme.

Le dice el Sr. Delmis, con impaciencia:

—¿Qué quiere? Tú me molestas; yo estoy ocupado.

Le dice Gribouille:

—Eso no importa, señor alcalde. Es necesario que usted venga de inmediato al granero de la callejuela del señor cura. La Srta. Rose está atada y bien guardada. El brigadier envía deciros, ¿qué es lo que usted quiere que él haga?

Le dice el señor Delmis:

—¡Está loco ese muchacho! ¿Qué es pues lo que tú dices?

Le dice Gribouille:

—Yo digo que hay que venir de inmediato porque el brigadier os lo pide.

Le dice el señor Delmis:

—¿Por qué? ¿Cuál brigadier?

Le dice Gribouille:

—¿Por qué? Yo no sé nada. Es el Sr. Bourget que ha arrestado a la Srta. Rose.

—Vaya a ver, gendarme. Yo voy a ser colgado si yo entiendo una sola palabra de lo que dice el Gribouille.

Le dice Gribouille:

—Sin embargo, está bien claro: El Sr. Bourget, el brigadier, pide que usted vaya porque ha aprehendido a la Srta. Rose.

Le dice el señor Delmis:

—¿Y por qué la ha aprehendido?

Le dice Gribouille:

—¿Acaso yo lo sé? Ella tenía mucha hambre. Yo fui a buscarle pan y que choco con el brigadier. Sus camaradas se habían ido de allí. Nosotros buscamos, y nada de Rose. El

me vuelve a enviar. Yo vuelvo a venir y encuentro al señor Bourget atando las piernas de la Srta. Rose. Yo le he quitado el pañuelo que la ahogaba, y él me envía a preguntarle a usted lo que él tenga que hacer, eso es todo.

El señor Delmis le dice al gendarme:

—Vamos a ver, gendarme. Hay alguna confusión en esto. Tú vienes con nosotros, Gribouille y nos guiarás al granero.

El Sr. Delmis tomó su sombrero y salió por la pequeña escalera acompañado del gendarme y de Gribouille que corría delante.

* * *

Ellos no tardaron en llegar al granero y encontraron a Rose sentada sobre el suelo, devorando un pedazo de pan que tenía en sus manos atadas. El brigadier estaba de pie junto a ella y no la perdía de vista.

—¿Qué quiere decir esto? —dijo el Sr. Delmis al entrar—. ¿Por qué has arrestado a esta mujer y por qué me haces venir con Gribouille?

Le dice el brigadier:

—Si no fuera urgente, yo no me permitiría molestar al señor alcalde. Yo he sabido que mis camaradas corrían tras esta mujer. Ella ha caído en mis manos, y yo las he puesto sobre ella. Al no saber qué hacer, yo he creído bien pedirle sus órdenes. Yo he guardado a la mujer al saber que es sospechosa y previendo una fuga si yo le apartaba el ojo un minuto.

Le pregunta el alcalde:

—¿Por qué tus hombres corrían tras ella? ¿Quién les ha dado la orden?

Le dice el brigadier:

—Yo lo ignoro. Yo mismo necesito una explicación. Por eso yo he solicitado sus órdenes. La mujer se escondía y confesó ser perseguida. Yo debí arrestarla de manera provisoria.

* * *

Le dice el alcalde:

—¿Por qué te escondes, Rose?

Le responde:

—Para escaparme. Yo tengo miedo de ir a la prisión.

—¿Quién quiere meterte en la prisión?

Le responde:

—La Sra. Grebu, que yo encontré, me ha dicho: “Tú has hecho daños en la casa del señor alcalde, mi pobre Rose. El va a meterte en la prisión. Escóndete; a esta hora los gendarmes están detrás de ti.” Entonces me he escondido porque yo no quería ir a la prisión.

Le dice el alcalde:

—Y usted, brigadier, ¿por qué la ha perseguido y arrestado?

Le responde el brigadier:

—La he perseguido porque Gribouille me ha dicho que mis camaradas la estaban buscando. Y la he arrestado por motivo de que ella misma me ha confiado que se escondía de mis camaradas.

Le dice el señor alcalde:

—En todo esto hay una equivocación que hay que desenredar, brigadier. Mientras tanto, desate las manos de vuestra prisionera y deje que se vaya. En cuanto a ti, Rose, tú misma has cargado con tu castigo. Yo hubiera podido, en efecto, hacerte arrestar, pero yo he tenido piedad de ti y te he hecho gracia. Tu conciencia perturbada ha ocasionado los desagrados que sufres desde ayer.

10
¡SI SERAS TORPE!

Rose, avergonzada, se fue sin decir palabra. El brigadier, riéndose de su equivocación se retiró con su gendarme a quien le acabó de dar la explicación incompleta de Gribouille y de la misma Rose. Y Gribouille volvió con el Sr. Delmis.

Le dice Gribouille:

—Siempre lo mismo, señor alcalde, la Sra. Grebu es la causa de todo el mal. Ella es una chismosa, ¡vaya! Usted hará bien en desconfiar de ella. . .

Le dice el Sr. Delmis:

—Yo no me fío de ella. Yo conozco a todo el mundo, a sus amigas de mi mujer.

Le dice Gribouille:

—¿Amigas? ¡Lindas amigas! En verdad, yo les diría sus hechos si yo estuviera en vuestro lugar.

Le dice el Sr. Delmis:

—¡Como te entremetes! ¿Y qué diría mi mujer?

Le dice Gribouille:

—¿Es que usted cree que la señora ama a sus amigas, que ella les ama como yo amo a Carolina? ¡Por favor! ¡Ella no es tonta!

* * *

Le dice el señor Delmis:

—Dime, pues, Gribouille, ¿de dónde tomas tú todo lo que sabes? ¿Cómo lo adivinas con tanta exactitud?

Le dice Gribouille:

—Yo lo tomo de mi cabeza, de dentro de mi corazón. Yo adivino porque yo sé lo que diría y lo que haría Carolina. Yo he visto y he escuchado muchas cosas cuando estas damas le hacían sus pedidos a Carolina y cuando venían a nuestra casa a hablar de esto y de esto otro, de éste y de ése.

Le dice el señor Delmis:

—Cuéntame lo que has visto y entendido.

Le dice Gribouille:

—No, yo no puedo. Carolina me lo ha prohibido.

Le dice el Sr. Delmis:

—¡Ah, ella te ha prohibido! Entonces, ¿tú le obedeces siempre?

Le responde:

—Siempre, siempre, sin faltar jamás, incluso cuando yo no comprendo.

Le dice el Sr. Delmis:

—Si Carolina te ordena una cosa y yo te ordeno lo contrario, ¿a quién obedecerías tú?

Gribouille reflexiona y le dice:

—¿A quién obedecería yo? Veamos: Usted es mi patrón. . . Carolina es mi hermana. Yo debo obedecer a mi patrón. Carolina ha dicho. . . Escuche. . . ¡Ya lo tengo! Yo obedeceré a Carolina y no a usted.

Le dice el Sr. Delmis, sonriendo:

—Yo te lo agradezco. ¿Y por qué esto?

Le responde:

—Porque una hermana no se puede cambiar. Una hermana permanece siempre una hermana. Y un patrón se cambia. Usted es mi patrón ahora, pero si yo me voy usted ya no es mi patrón. ¿Es verdad así?

Le dice el Sr. Delmis, riéndose:

—¡Bravo, Gribouille! ¡Has razonado muy bien!

* * *

Llegaron a casa riendo los dos: El Sr. Delmis de los razonamientos de Gribouille, y éste de ver reír a su patrón. La cena estaba lista para ser servida. Carolina esperaba a Gribouille para subir los platos. Ella quería regañarle por llegar tarde para poner los cubiertos, pero Gribouille le prometió demostrarle después de la cena que él no había fallado. Entonces ella dejó para más tarde los reproches que quería hacerle.

La cena fue hallada excelente; Gribouille la sirvió de maravilla. El estaba triunfante a causa de los elogios que le expresó el Sr. Delmis, cuando al retirar una compotera de frambuesas la enganchó en el peinado de la Sra. Delmis, volteó la compotera y extendió las frambuesas sobre la cabeza y sobre el vestido de su patrona.

—¡Si serás torpe! —gritó ella levantándose de la mesa—. ¡Mi peinado, estropeado! ¡Mi vestido, manchado! ¡Esto es insoportable!

Gribouille miraba con calma:

—Esto no es nada —dijo él—. Carolina arreglará el peinado. Y en cuanto a la ropa, no es grande el daño, porque no era un vestido bonito. ¡Ah! ¡Esto si que es verdad! —continuó él al ver a la Sra. Delmis lista a responder con cólera—, nada bonito en absoluto. Este vestido no le queda bien. Usted se vería mucho más joven y más blanca con vuestro vestido de la mañana que con éste.

La Sra. Delmis le dice encolerizada:

—¡Impertinente!

Gribouille le dice, sorprendido:

—¿Por qué impertinente? ¿Qué es lo que yo he dicho? ¿Acaso no es la verdad? Yo se lo pregunto a mi señor.

* * *

El Sr. Delmis sonrió. Al llamado de Gribouille levanta sus ojos, encuentra la cara irritada de su mujer, la cara asombrada y un poco ingenua de Gribouille, y levantando los hombros, volteó la cara sin hablar.

Gribouille le dice a la señora:

—Usted ve que el señor no dice nada. Si yo he dicho alguna cosa mala, el señor me lo diría. ¿Acaso es mi falta que usted se mande hacer peinados chistosos, tan gruesos que

enganchan mis platos? Pregúntele a Carolina si yo engancho sus cabellos. ¡Jamás! Porque ella se peina con sencillez.

Dice la Sra. Delmis:

—Este muchacho es insoportable. De veras, no se le puede conservar aquí.

El Sr. Delmis iba a responder, pero entra Carolina y pregunta lo que ha ocurrido.

Le dice el Sr. Delmis:

—Nada de bueno. Gribouille ha enganchado los cabellos de mi mujer y le ha volteado la compotera de frambuesas sobre su cabeza.

—¡Y sin duda mi señor se lo ha echado en cara! —gritó Carolina con temor—. ¡Yo me siento desolada! ¡El bello vestido de la señora manchado por todos lados! Sus bellos cabellos están llenos de jugo de frambuesas. Si mi señora quiere permitirlo yo voy a hacerle otro peinado y voy a limpiar el vestido. Al lavar de inmediato las manchas se quitarán fácilmente.

* * *

La Sra. Delmis, apaciguada por la compasión de Carolina y por el elogio que ella había hecho de su cabello salió de la sala, seguida por Carolina que lanzó a Gribouille una mirada de reproche triste y dulce.

Gribouille que hasta ese momento había quedado impasible, al adivinar el descontento de su hermana se puso a recorrer la sala a grandes pasos, tapándose la cabeza y diciendo:

—¡Yo he hecho una tontería! ¡Yo lo he visto en la mirada de Carolina! Si mi señor quisiera bien de decirle que no esté molesta conmigo. . . Yo no lo he hecho a propósito. Todo el mundo puede enganchar una porcelana al pasar. ¡Una cabeza como esa de la señora! ¿Es que yo pensé que le habían inflado los cabellos, que ella tenía la cabeza como un arbusto? No es justo prenderse en contra mía. . . ¿No es cierto, señor, que no hay justicia?

* * *

Le dice el Sr. Delmis:

—Escucha, Gribouille: Tú no has hecho algo malo, pero has cometido una torpeza y una impertinencia. Y cuando uno es un empleado doméstico hay que intentar no ser torpe ni descortés.

Le dice Gribouille:

—Es fácil decirlo, señor. Yo quisiera que usted estuviera en mi lugar y pasar una docena de platos y platillos como he hecho esta tarde sin romper nada. Aunque no se puede decir que no he roto nada. Y además, por una compotera que uno volteo sobre un vestido feo. Porque es feo, señor; mi señor puede bien creermelo cuando lo afirmo. Sobre un vestido feo, digo yo, y sobre una cabeza peinada. . . ¡Peinada! En fin, si mi señor encuentra a la señora bonita así, yo no tengo nada que decir. Pero, ciertamente, si yo fuera mi señor, yo haría que le quitaran a la señora su peinado, y ella no estaría sino mejor. Es decir, yo no digo que mi señora estará de hecho bonita. . . No, yo no digo eso. . . Pero ella no estaría mal en fin, mal como para reírse en su nariz.

* * *

—¡Gribouille, Gribouille! —volvió a decir el Sr. Delmis frunciendo el ceño—. Tú te vas a pelear con mi mujer y conmigo, si hablas como lo haces.

Le dice Gribouille:

—No hay peligro, señor, que yo le diga a la señora lo que le digo al señor. Pero yo pienso bien que el señor no me lo echará en cara, no me traicionará, y que Carolina no sabrá cómo he hablado. Carolina me ha dicho: “No hables de edad delante de la señora.”

Le dice el Sr. Delmis:

—¡Ah! Carolina te ha dicho eso. . .

Le dice Gribouille:

—Sí, señor, y yo lo he olvidado y ¡dije delante de mi señora que ella se parecía a una vieja! ¡Ah! ¡Carolina tiene razón de estar encolerizada contra mí! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡De veras que soy un desdichado! ¡Carolina me lo ha echado en cara!

Le dice el Sr. Delmis:

—Tranquilízate, mi pobre muchacho. Tú le dirás a Carolina que yo te he perdonado; que yo estoy contento. Hasta la vista. Quita los cubiertos, no rompas nada y no tengas temor. Yo seré tu amigo y yo te defenderé.

Le dice Gribouille:

—¡Gracias, señor, gracias! Yo estoy muy agradecido. Yo no olvidaré la amistad de mi señor. Y yo también, yo seré el amigo de mi señor, un amigo que se hará matar por usted.

11 UN MAGNIFICO POSTRE

El Sr. Delmis salió después de haberle hecho a Gribouille una señal amigable con la cabeza. Este comenzó a retirar los platos y los objetos de cristal.

“¡Bravo hombre!” —gritó Gribouille golpeando un vaso contra un plato, rompiendo el vaso y el plato,

“¡Vamos, de nuevo un mal momento! ¡De veras que tengo mala suerte! Estas cosas no le suceden sino a mí. Yo digo, ‘¡bravo hombre!’”, este es un elogio verdadero y justo que yo le hago a mi señor, ¡y he aquí un vaso que rompe un plato y que se rompe con él! ¿Uno ya no puede decir ‘buen hombre’ ahora?

Gribouille levanta sus hombros con desdén y continúa recogiendo los cubiertos. El acabó de llevar la última pila de platos, cuando escuchó la voz de la Sra. Delmis y de Carolina.

El aceleró el paso para evitarles y se tropieza contra Emilia y Jorge, los hijos de la Sra. Delmis, que venían de la casa de su tía.

—¡Vaya, Gribouille! —gritaron los niños—. ¿Por qué casualidad estás tú aquí con una pila de platos?

Les dice Gribouille:

—Porque yo soy el amigo de vuestro papá, señor y señorita; yo hago mi servicio de amigo.

Le dice Jorge:

—¡Gribouille, el amigo de papa! ¡Ah! ¡Qué broma!

Le dice Gribouille:

—Ninguna broma en absoluto, señor. Usted puede preguntárselo a vuestro papá, que es mi amigo, y yo me siento muy bien en anunciarlo a ustedes.

Le dice Emilia:

—¿Mi papá es tu amigo? ¡Ah, ah, qué tontería! ¡Papá, el amigo de Gribouille!

Le dice Gribouille:

—Sí, señorita. ¿Y por qué no sería mi amigo, siendo yo su amigo?

* * *

Carolina, que había escuchado la voz de los niños y la de Gribouille acudió y les explicó, cómo y por qué ella y su hermano, estando en la casa, Gribouille hacía el servicio de la mesa.

Los niños, que amaban mucho a Carolina y se divertían a menudo con las ingenuidades de Gribouille estuvieron muy contentos de este cambio en el servicio de la casa. Ellos corrieron a la sala, abrazaron al señor y a la señora Delmis, se asombraron del peinado de la Sra. Delmis, a la gran satisfacción de Carolina que había invertido en ello todo su saber hacer.

—Gribouille pretende que yo soy demasiado vieja para peinarme así —dijo riéndose la Sra. Delmis—.

—¡Demasiado vieja! ¡Por favor! Ese peinado te cae de maravilla, mamá. ¡Péinate siempre así!

—Yo hallo este peinado hermoso, pero no tan cómodo —dice el Sr. Delmis—.

La Sra. Delmis le dice:

—¡Es muy cómodo, mi amigo! ¡Nada de si es cómodo! ¡Es sólido! Todos los cabellos son ensortijados debajo.

Le dice Emilia:

—¿Acaso los vas a desensortijar en la noche, mamá?

Le dice la Sra. Delmis:

—Yo no sé todavía, querida pequeña. Es la primera vez que yo me he peinado así.

Le dice Emilia:

—¿Eso tardará mucho para deshacerse?

Le responde la Sra. Delmis:

—No. Un cuarto de hora o más. Carolina se encargará de ello.

Le dice Emilia:

—Yo estoy muy contenta que Carolina esté aquí. Pero Gribouille. . . ¡El es tan bestia! ¿Qué es lo que hará?

Le responde la Sra. Delmis:

—Su hermana le hará trabajar. El le ayuda mucho.

* * *

Durante esta conversación Carolina escuchaba las explicaciones de Gribouille que le contaba las escenas del granero con Rose, su temor, cómo fue arrestada Rose por el brigadier, y todo lo que pasó después.

Le dice Carolina:

—¿Ves tú, Gribouille cómo es de malo hablar demasiado y contar lo que uno escucha decir, lo que uno ha visto? La pobre Rose casi ha atravesado la villa con las manos atadas y escoltada por un gendarme, a consecuencia de las habladurías de la Sra. Grebu. A propósito de habladurías, tú hablas demasiado delante de los patrones, Gribouille. Esta noche tú has vuelto a molestar a la Sra. Delmis.

Le dice Gribouille:

—Eso no es nada; no le prestes atención. El señor te hace decir que él está contento y que tú no debes estar molesta. El es mi amigo; él me lo ha dicho.

Le dice Carolina:

—Me gusta mucho que el señor esté contento. Pero yo te ruego, Gribouille, que no le ocasiones descontento a la señora. No le hables más de sus vestidos y de eso que le va bien y de lo que no le va bien. Eso no te concierne. Ocúpate tú de tu trabajo; eso es el mejor medio para contentar a todo el mundo.

* * *

Gribouille le promete no hacer observaciones, y de guardarlas todas para ella.

Carolina se hizo cada día más útil por su inteligencia, su actividad, su habilidad de hacer todo tipo de trabajos, su diligencia para servir a sus patrones.

Todas las mañanas, antes que cualquiera se despertara en la casa, ella iba para asistir a la misa del cura y para orar sobre la tumba de su madre. Ella le pedía su ayuda para continuar el servicio fatigoso al cual ella estaba dedicada por amor a su hermano. Si ella hubiera estado sola, ella habría continuado trabajando como costurera que le daba de qué vivir agradablemente y que la dejaba libre los domingos y las noches.

En la casa de la Sra. Delmis el trabajo de los domingos y de las fiestas era el mismo que en los días de la semana. Había que hacer los ambientes con Gribouille, ayudar al arreglo personal de la señora y de los hijos, alistar la comida, poner y quitar los cubiertos, y lavar la vajilla.

La única dulzura que se permitía Carolina era asistir a la gran misa, en el oficio de la noche y de ir a pasar una hora en las noches a la casa del señor cura. Durante esta ausencia, Gribouille jugaba con los niños. El impacientaba frecuentemente a la Sra. Delmis, y hacía reír a los niños con sus ingenuidades. Sus torpezas se repetían frecuentemente. Era raro que se pasara un día sin que él rompiera alguna cosa o que él hiciera alguna tontería.

El Sr. Delmis lo excusaba de lo mejor. Gribouille se lo agradecía con una mirada llena de ternura y de reconocimiento. El Sr. Delmis había reconocido desde el primer instante la bondad, la dedicación y el afecto del pobre Gribouille. Sus excelentes cualidades le hacían indulgente ante las torpezas que se hacían menos frecuentes a medida que la costumbre del servicio le daba más seguridad y habilidad. Muchas veces el Sr. Delmis había ayudado a Carolina a esconder las faltas de Gribouille de los ojos de la Sra. Delmis.

* * *

Un día el pobre muchacho había roto un florero que le habían entregado para poner allí las flores. Carolina, desolada, no sabía cómo afrontar el descontento de su patrona.

El Sr. Delmis, testigo del accidente, fue al vendedor de porcelana para remplazar el florero roto y encontró allí uno muy parecido que él se apresuró en llevar al hermano y a la hermana que estaban consternados. El gozo de Gribouille, algunas palabras ingenuas y afectuosas, el agradecimiento de Carolina le recompensaron de su buena acción y le aseguraron el afecto dedicado de estos pobres huérfanos.

* * *

Otro día, Carolina anunció a su hermano que habría una gran cena y que era necesario apresurarse para preparar todo y para poner los cubiertos de manera conveniente.

Le dice Gribouille:

—¿A qué llamas tú “de manera conveniente”?

Le dice Carolina:

—A lo que es mejor que de costumbre. Tú escogerás los platos que no están dañados en los bordes. Tú secarás todo con anticipación para no tener que ocuparte de ello durante la cena. Tú harás el arreglo de los platos del postre y pondrás *mousse* debajo de las frutas. En fin, tú intentarás que todo sea bonito, que el aspecto de la mesa sea bueno y que el Sr. y la Sra. Delmis estén contentos.

Le dice Gribouille:

—En lo que respecta al señor, eso no será difícil. El siempre está contento. En lo que respecta a la señora, eso es otra cosa. Ella jamás está contenta.

Le dice Carolina:

—¡Shshsh! Si la señora te escuchara. . .

* * *

Le dice Gribouille:

—Y bien, cuando ella me escucha yo no digo sino lo que es la verdad. ¿No es cierto que mientras yo hago bien, me esfuerzo bien, ella gruñe siempre y siempre encuentra razón para reprenderme? El otro día, ¿acaso no ha dado ella cien golpes porque yo había atado el pico del loro?

Le dice Carolina:

—Yo lo entiendo. El no podía ya comer. El habría muerto de hambre.

Le dice Gribouille:

—¡He aquí la gran desdicha! Un animal perverso que repite todo lo que yo digo, que me injuria desde la mañana hasta la noche, que me da picotazos en las piernas mientras yo estoy haciendo mi trabajo, que me aíra, que me encoleriza, que me amarga el carácter, todo eso por perversidad, para impedir que yo termine a tiempo.

Le dice Carolina:

—¡Que tonterías dices, Gribouille! ¿Acaso un loro comprende y razona?

Le dice Gribouille:

—¿Si él comprende? ¿Si él razona? Yo creo que él comprende. Si él fuera un animal como todos los animales, ¿acaso hablaría? ¿Es que él gritaría a todos los que vienen, e incluso a los que pasan por la calle: “¡Gribouille es una bestia! ¡Por Dios, que es una bestia! ¡Este imbécil de Gribouille!” Y cuando yo le pregunto, “¿Quién es el que te ha golpeado, Jacquot? ¿Quién es el que te ha arrancado tus plumas?”, tú crees que me va a decir: “A la verdad, no lo sé” o “Nadie”? ¡Nada de eso! El asume una cara. . . ¡Hay que ver su cara! ¡Una verdadera cara de diablo! Y él responde: “¡Es Gribouille! ¡Pobre Jacquot, Gribouille me ha golpeado!” Cuando el otro día yo estaba constipado y tosía como para dar lástima, ¿tú crees que Jacquot habría dicho, “¡pobre Gribouille!”? ¡Ah! El se ha burlado de mí. El se ha puesto a toser como yo, a escupir como yo y a decir con una cara todo triste: “¡Pobre Jacquot! ¡Pobre Jacquot! ¡Denle azúcar al pobre Jacquot!” Así, ¿qué ocurrió? Ocurrió que en lugar de tener lástima de mí, los chicos se pusieron a reírse, y los patrones también. En lo que a la señora se refiere esto no me ha asombrado; pero en lo que se refiere al señor, yo he quedado sorprendido y herido. El, que dice ser mi amigo, debió hacer que se callara este maldito loro y mostrarle que lo que hacía era una pura y verdadera maldad. En lugar de ponerse de mi lado, he allí que el señor se pone del lado de mi enemigo.

* * *

Así, una vez terminada la cena, cuando nosotros dos nos encontramos *tête à tête*. . .

—¡Tú les has amarrado el pico a ese pobre animal!

—Para empezar, yo le he hablado con razonamiento pero, ¡no hay manera de hacerse entender! El me hacía agonizar con tonterías. El saltó encima de mí y me dio de picotazos hasta sacarme sangre. ¡Ah! ¡Pícaro! —le dije— tú crees que porque haces reír a los patrones tú eres el más fuerte. ¡Espera, muchacho, que estemos solos los dos! Y he aquí que yo lo agarré del cuello y le amarré el pico antes de que él haya podido llamar para que

le socorrieran. ¡Eso es lo que él hubiera hecho! Pero, una vez amarrado, fui yo el que reía, y él que ponía una cara. . . Una cara tan lastimera; ¡ja, ja, ja, hasta ahora me río!

—¡Pobre Gribouille! —le dice Carolina mirándole con tierna piedad—. ¡Pobre Gribouille!

Le dice Gribouille:

—¿No es así? Es que yo estaba que realmente daba lástima.

Le dice Carolina:

—Sí, sí, pero ahora vé a preparar todo para la cena y arregla un magnífico postre.

* * *

Gribouille partió cantando. Carolina le siguió con la mirada, y después volvió al horno y pasó un pañuelo sobre su cara para enjugar algunas lágrimas que corrían muy a pesar de ella. “¡Pobre hermano! —se decía—. Mientras más esfuerzos hago para hacerle callar, para ayudarle a hacer su trabajo, para arreglar sus palabras, la señora le toma más antipatía. El ya no me escucha más como antes. El se encoleriza, se hace impertinente. Ese loro le saca de sus casillas. Siento que pronto será imposible que mi señora le guarde en su servicio. Si no fuera por el señor ella ya lo hubiera despedido hace tiempo. Una vez despedido, yo no me quedaría, y de nuevo me vería en la necesidad de buscar cómo ganarnos la vida mediante mi trabajo de costurera. Pero eso yo no lo soportaría más; ¡nos pagan tan poco! Y Gribouille que tiene tan buen apetito. . . ¡Pobre muchacho!”

* * *

Carolina vuelve a su trabajo suspendido. Ella prepara las carnes, pone las cacerolas sobre el fuego, y sin dejar de mirarlas ella se apresura para terminar un vestido que la Sra. Delmis quería mucho poder lucir en su cena.

Por su lado, Gribouille no perdía el tiempo. El preparaba los cubiertos.

“Veamos cómo decoraré mi postre —se dijo tras haber puesto los platos, los vasos y los cubiertos—. Carolina me ha dicho que haga un magnífico postre y que ponga *mousse*¹ debajo de las frutas. Para poner el *mousse*, es necesario conseguirlo, y yo voy a buscarlo en el jardín.”

Gribouille descendió al jardín y sin gran esfuerzo hizo paquetitos de *musgo*, que llevó alegremente.

“¡Manos a la obra! —se dijo—. ¿Qué ha sacado la señora para el postre? ¡Manzanas! ¡Qué bueno! ¡Peras! ¡Excelente! ¡Compota de duraznos! ¡Compota de ciruelas! ¡Ah, ah! Esto será más difícil arreglar encima del musgo. ¿Cómo hacerlo? El jugo me va a estorbar.”

* * *

¹ La palabra francesa *mousse* significa originalmente “musgo”, pero en cocina gourmet se le llama así a un postre tipo pudín.

Gribouille pensó un instante. . . “¡Lo encontré! —gritó—. Arreglo bien el musgo dentro de las computeras, luego tomo mi compota y la vierto sobre el musgo.”

Gribouille hace esto a medida que lo dice: “Yo arreglo limpiamente los duraznos sobre el musgo. . . ¡Ya tengo los dedos muy pegajosos! ¡Este musgo ha chupado todo el jugo! Ahora las manzanas. . . ¡Yastá! ¡Qué compota más rara! ¡Toma! ¡Las hormigas que estaban dentro del musgo se han ahogado con el jugo! ¡Oh, cómo patalean! Yo les voy a ayudar a escaparse. Pero tengo miedo que me piquen los dedos. ¡Ay, estas hormigas perversas! ¡Esta es una bestia! ¡Esta no es nada agradecida! Ahora pongamos las manzanas, las peras. . .”

* * *

Cuando Gribouille terminó el arreglo de las frutas y puso sobre diversos platillos las galletas, los macarones, las almendras, las nueces, los croquiños, los panes de especias y otras dulzuras, comenzó a colocarlos todos sobre la mesa.

Encantado del buen gusto y de la imaginación de que había hecho gala, miraba la mesa con agrado, dando vueltas y admirando su obra de arte. Pero algo faltaba en medio de la mesa. “Falta un no sé qué, eso es cierto —dijo, deteniéndose—. Falta algo de alto vuelo. . . ¡Ah, ya doy!”

Gribouille corrió a donde estaba el loro, tomó la te de palo sobre el cual dormía su enemigo y la colocó sin ruido y sin sacudetes. . . ¡justo en medio de la mesa! El tomó algo de musgo y cubrió con ello alrededor de la base de la te de palo para hacer con ello una especie de pirámide en cuya cima estaba Jacquot durmiendo profundamente.

De hecho, Gribouille se creía un gran hombre: “¡Jamás —se decía— jamás algo más bello ha sido colocado sobre una mesa! Yo les haré entrar con prisa para que se den con tremenda sorpresa.”

* * *

Gribouille salió, cerró la puerta con doble vuelta y guardó la llave en su bolsillo. Y cuando entró en la cocina, su aire radiante golpeó a Carolina.

Le dice Carolina:

—¿Qué tienes, hermano mío? Tú tienes un aspecto encantado.

Le dice Gribouille:

—Es que hay de qué, hermana mía. Yo te aseguro que tú no verás a menudo un arreglo como el que he hecho allá arriba.

Le dice Carolina:

—¿Estás seguro de haber hecho bien las cosas? ¿No será que tienes entre manos alguna invención infeliz?

Le dice Gribouille:

—¡Infeliz! Si tú llamas “infelices” a las ideas más graciosas y elegantes. . .

Le dice Carolina:

—¡Ah, Dios mío! ¡Qué aspecto tan solemne asumes! Dime lo que has hecho, o mejor yo voy a subir para dar un vistazo a su cubierto.

Le dice Gribouille:

—¡Sube, Carolina, sube! Solo que no verás nada. . .

Le dice Carolina:

—¿Por qué no veré nada siendo que hay algo que ver?

Le dice Gribouille:

—Hay muchas cosas que ver, pero no verás nada porque la llave está en mi bolsillo.

Le dice Carolina:

—¿Por qué has quitado la llave? Anda rápido a ponerla en su sitio. Si la señora quiere entrar. . .

Le dice Gribouille:

—Ella no entrará; soy yo que lo digo.

Le dice Carolina:

—¡Imposible! ¡De nuevo la vas a molestar! Allá está ella y me llama, justo ahora. Pon la llave en la puerta, Gribouille.

Le dice Gribouille:

—Yo te ruego. Yo te suplico, Carolina, ¡concédeme el placer de darles una sorpresa! ¡Es algo lindo!

Le dice Carolina:

—Haz como tú quieras, mi pobre hermano; sólo que yo temo que no haya algo que falte.

Le dice Gribouille:

—¡Nada en absoluto! ¡Todo está arreglado a la perfección!

Le dice Carolina:

—Vigila mis cacerolas mientras yo visto a la señora.

Carolina salió dejando al Gribouille encantado del golpe de teatro que esperaba brindar.

* * *

La Sra. Delmis no tuvo tiempo para inspeccionar los preparativos de Gribouille. Y ni bien estuvo lista llegaron sus invitados. En medio de ellos se encontraban la Sra. Grebu, la Sra. Ledoux y la Sra. Piron.

—Pasemos a sentarnos a la mesa —dijo la Sra. Delmis cuando Gribouille vino para anunciar que la cena estaba servida—.

El subió de cerca para disfrutar de la sorpresa y de la admiración de todos. En efecto, todos admiraron la abundancia y el arreglo del postre. Pero Gribouille no escuchaba nada y estaba consternado a causa del lugar vacío que había dejado el loro Jacquot.

—¿Para qué es esta pirámide de musgo? —pregunta finalmente la Sra. Grebu—. ¿Qué quieres poner allí, querida amiga?

Le dice la Sra. Delmis:

—Nada en absoluto. Yo no comprendo. . . Yo no la había visto.

—Es para hacer un mirador y decorar el centro de la mesa —dijo sonriendo el Sr. Delmis que ya adivinaba alguna invención fatal de Gribouille—.

—Es algún pensamiento zonzo de Gribouille —vuelve a decir la Sra. Delmis con amargura—. ¿Para qué es este musgo, Gribouille? ¡Habla, pues, responde! Tú escuchas bien que te hablo.

—Mi señora tiene la bondad, ciertamente, —responde Gribouille avergonzado y lanzando una mirada suplicante a la Sra. Delmis—. Yo pensé que algo faltaba en medio de la mesa, pero mi señora se acordará que cuando el señor quiso comprar algo ella lo encontró demasiado caro. . .

Le dice la Sra. Delmis, con impaciencia:

—Está bien, está bien. . . ¿Y después?

Le responde:

—Entonces yo he pensado que. . . Si yo colocaba allí a Jacquot, eso haría buen efecto. . . Y después, cuando he puesto allí a Jacquot, yo he querido hacerle el honor y el placer, así como al señor y la señora, porque yo jamás olvido que el señor y la señora son los patronos a quienes corresponde el honor de todas las cosas y que Jacquot no es más que un miserable animal. . . Sí, señor —continuó Gribouille, animándose—. El es un animal malo. . . Mi señora piensa que no es algo agradable tener un enemigo tan cruel dentro de la casa. Que estos señores y damas quisieran mirar que. . . ¡él ha hecho sus necesidades sobre el mantel. El ha picoteado las almendras, él ha echado a perder las manzanas, él ha arrancado las colas de las peras! ¡Todo mi postre ha sido saqueado, devastado! Yo le ruego al señor y a la señora disculparme, pero yo no puedo. . . ¡ay, ay, ay! Retener mis lágrimas. . . ¡ay, ay, ay! Cuando veo todo el honor que me venía. . . perdido por la maldad, ¡ay, ay, ay! de este miserable, de este bruto. Sólo uno de nosotros dos permanecerá en el cuadrilátero. . . He de prevenir al señor y la señora: La desdicha caerá sobre uno de nosotros dos. . .

Le dice el Sr. Delmis:

—Cálmate, Gribouille. . . No es nada, amigo mío. La cena no será menos buena. Tu postre no será menos bueno. Olvidémonos de Jacquot por la sopa que esperamos y que tú nos la vas a servir.

Le dice Gribouille:

—El señor es muy bueno al tratarme de amigo. Ciertamente, el señor tiene derecho a mi servicio, y es con placer que voy a servir la sopa.

* * *

Gribouille olvida su pena al servir la cena con una actividad y un celo tal que ninguna torpeza vino a dañar. Sólo cuando le llegó el turno a las compotas, que la Sra. Delmis buscó, observó que habían sido vertidas sobre el *musgo* de las compotas, su cólera estalló y el pobre Gribouille fue tratado de bestia, de idiota.

La Sra. Piron se reía en compañía de las señoras Grebu y Ledoux y quiso dirigirle algunas palabras irónicas a Gribouille.

—A mí no me gusta que se rían de mí —gritó Gribouille lanzando a estas damas unas miradas airadas—. Que mis patronos se permitan reprocharme es su derecho, pero que otros se les junten, yo no lo quiero.

—Gribouille, tú olvidas que hablas a las amigas de mi mujer —le dice el Sr. Delmis con un aire descontento—.

Le dice Gribouille:

—¡Que amigas! ¡De veras buenas amigas! Si ellas desean que yo repita las palabras que ellas nos han dicho hace tres meses, cuando nosotros entramos a trabajar en la casa del señor, él verá si. . .

—Por gracia, señor Delmis, no le resondre a este pobre muchacho —interrumpió la Sra. Grebu—. Nosotras sabemos bien que sus palabras no pueden herir. ¿Acaso sabe él lo que dice?

Le dice Gribouille:

—Si yo sé lo que digo. . . Usted va a ver si yo. . .

Le dice el Sr. Delmis, secamente:

—¡Basta, basta, Gribouille! Pásanos el café a la sala.

Y la Sra, Delmis, ofreciéndole su brazo a la Sra. Grebu pasa a la sala seguida de toda la sociedad.

Gribouille contuvo su descontento. Y cuando le contó a Carolina lo que había ocurrido en la cena, ésta suspira pero no le hizo ningún reproche al pobre Gribouille.

Durante la noche la Sra. Delmis no habló de nada, y al día siguiente el hermano y la hermana siguieron con su servicio como de costumbre.

12
LA ESCENA DE LOS CANARIOS

Carolina y Gribouille barrieron y trapearon el piso de la sala. Gribouille, que se encontraba fatigado se echó sobre un sillón. Alguien tocó a la puerta. Gribouille no se da por aludido. Al segundo toque de la campana, Carolina se vuelve a su hermano y le dice:

—¿Acaso no escuchas, Gribouille? Alguien toca; va rápido a abrir.

Le dice Gribouille:

—Yo no puedo; yo no tengo tiempo.

Le dice Carolina:

—¿Cómo? ¿Tú no tienes tiempo? ¿Qué tienes que hacer más bien?

Le dice Gribouille:

—Yo reposo. Yo tengo que reposar todavía por un cuarto de hora.

Le dice Carolina:

—¡Qué torpeza dices tú! Tú bromeas. . . Así lo espero.

* * *

Un tercer golpe de campana resonó más violento que los dos primeros. Gribouille no se mueve. Su hermana lo mira con tristeza, levanta sus hombros y se va a abrir, diciendo en voz baja: “¡Pobre muchacho! Veo que yo no podré jamás formarlos para el servicio.”

Ella abrió la puerta y entra un doméstico portando una jaula.

El doméstico le dice a Carolina:

—Señorita, yo soy nuevo en esta región; yo no estoy seguro si ésta sea la casa del Sr. y la Sra. Delmis. He aquí dos canarios que traigo para los hijos de la Sra. Delmis. ¿Quisiera usted entregárselos de parte de la Sra. Pierrefond, mi patrona?

Le dice Carolina:

—¡Con mucho gusto, señor! Yo no faltaré en hacerlo. Es justamente aquí que viven el Sr. y la Sra. Delmis.

El doméstico contempla a Gribouille, que se ríe tontamente y dice:

—¿Por qué se ríe este muchacho? ¡La buena cabeza! El tiene un aire de tonto. . .

Le dice Gribouille:

—¡Yo tengo el aire que tengo! ¿Acaso eso le concierne a usted? Yo no le digo nada a usted; ¿por qué viene usted a fregarme la paciencia?

El doméstico le dice con un aire burlón:

—Por favor, perdóneme, señor. Yo no tenía la intención de contrariarle. Sólo que yo pensaba en voz alta. . .

Le dice Gribouille:

—¡A buena hora! Yo le perdono. Y en el futuro, trate de pensar bien, para hablar bien.

El doméstico se fue riéndose y haciendo señas que indicaban que él creía que Gribouille era presa de locura. Carolina pareció contrariada.

* * *

Le dice Carolina:

—¿Por qué le has hablado a este doméstico que tú no conoces, Gribouille? El no decía nada. . .

Le responde:

—¿Tú llamas no decir nada cuando él me trata de bestia, de tonto y de no sé qué más que él pensaba pero que no se atrevía a decir?

Le dice Carolina:

—Tú te peleas con todo el mundo. Tú ves que al señor y a la señora no les gusta que se peleen, y después de algún tiempo, tú atacas siempre. Tú no soportas nada. Tú te has vuelto demasiado familiar con el señor, y grosero con la señora.

Le dice Gribouille, molesto:

—¿Y por qué pues tendré que soportar lo que ellos no soportan? Anda, dile a los patronos que ellos son tontos, bestias, cretinos, torpes, rompe-todos, como me dicen a mí todo el santo día, y tú veras sus lástimas y los gritos que lanzarán. Es que esto termina por aburrirme. . .

Le dice Carolina, calmándolo:

—Vamos, Gribouille, hermano mío, no te molestes. Todo eso es por reírse; sólo que no piensan lo que dicen.

Le responde:

—¿Tú crees?

Le dice Carolina:

—Yo estoy segura de eso. No hablemos más y acaba de trapear la sala mientras yo voy a ver lo que concierne al desayuno.

* * *

Gribouille continuó desempolvando, y al llegar al lugar donde estaba la jaula, la toma, mira a los pajaritos y se pone a conversar con ellos.

“¡Pobres pequeñines! ¡Ellos se aburren allí dentro! No poder salir jamás. . . Esto es una bestialidad. Dan lástima estos pobres animalitos. ¡Por mi madre, yo no me aguanto! Yo voy a dejar que vuelen dentro de la sala; eso les va a divertir un poco.”

Gribouille abrió la puerta de la jaula que colocó sobre una mesa. Los canarios se acercaron a la puerta abierta y se mandaron a volar. Ellos se colgaron sobre el palo de una cortina de la ventana y se ponen a cantar alegremente.

Gribouille está encantado. El aplaude, pero los pajaritos tienen temor, abandonan la cortina y se dirigen a una ventana que estaba abierta.

Gribouille les persiguió gritando: “¡No por allí; no por allí, pequeñines! ¡Esperen a que yo cierre!

Pero los canarios, al ver el aire, el espacio, el verdor, se lanzaron afuera de la ventana y volaron lejos.

Gribouille quedó petrificado.

* * *

“¡Los pequeños bandidos! ¡Haberme jugado esta broma! ¿Ha visto alguien algo semejante? Pero ellos van a ser atrapados muy bonitamente. Yo corro a cerrar la tela metálica del jardín. Ellos serán bien astutos si la pueden abrir para irse a la campiña.”

Gribouille salió precipitadamente. Y pocos instantes después entra todo sofocado. En ese preciso momento Emilia entra a la sala, mira a todos lados y percibe la jaula.

—¡Ah, allá está! ¡Veamos a los pajaritos!

Ella se aproxima a la jaula, ve con sorpresa la puerta abierta, ¡y nada de pajaritos dentro!

Ella llama a Gribouille:

—¿Acaso no había pajaritos dentro de esta jaula? ¿Dónde están ellos, Gribouille?

Gribouille responde con una risa tonta:

—Ciertamente, señorita; ciertamente había allí dos pajaritos. ¿Para qué podría servir una jaula sin pajaritos?

Emilia le dice, mirando alrededor de ella:

—¿Dónde están que no los veo?

Le responde:

—Mi señorita puede estar tranquila; ellos no están lejos.

Le dice Emilia:

—Me gustaría verlos. ¿Quisieras traérmelos, Gribouille?

Le dice Gribouille:

—En cuanto a eso, señorita, se necesita esperar un poco. Los pajaritos no son como los hombres. Ellos son animales como todos los animales. Yo podría llamarles y decirles que la señorita desea conocerles; pero eso es como si yo no dijera nada. La señorita piensa bien que esto no es mala voluntad de mi parte. Yo haría todo por contentar a la señorita, excepto dar de mi espíritu a los animales.

Le dice Emilia con una sonrisa burlona:

—No, no; yo no pido tanto. Guarde vuestro espíritu, Gribouille; intente incluso aumentarlo. Sólo que yo no comprendo nada de lo que usted dice, y yo no sé todavía dónde están los pajaritos que me ha enviado mi prima Lucía.

Le dice Gribouille:

—Ellos se están paseando, señorita. Ellos estaban cansados de su jaula y ellos se han ido para hacer un tour. Eso se comprende; estos pobres animalitos que están siempre encerrados. Al final uno se cansa. . .

Le dice Emilia, consternada:

—¿Es usted quien los ha soltado?

Le dice Gribouille:

—Ciertamente, señorita. ¿Quién más hubiera tenido compasión de estos pobres pequeños inocentes, si no soy yo? Yo les he hecho salir, pero ellos no tardarán en entrar de nuevo, porque yo he cerrado la tela metálica del jardín, y será necesario que entren cuando vean que todo está cerrado.

Emilia le dice con impaciencia:

—Usted está más tonto que nunca, mi pobre Gribouille. Usted no hace más que animaladas.

Le dice Gribouille, volviéndose más violento a medida que habla:

—Pero ya le he dicho, señorita, que yo he cerrado la tela metálica. Yo he hecho lo que podía. ¿Qué más quería que yo haga? ¿Habrá que hacerme volar tras ellos? ¿Acaso yo

tengo alas? Hay de por medio maldad de parte de ellos. Ellos saben que hacen que me regañen. Podría ser que les ha costado bastante volver antes que usted haya visto su jaula vacía. Es siempre la misma canción; todo el mundo reunido en mi contra. Yo ya no lo puedo resistir. Hasta un loro y unos canarios se juntan para hacer que me regañen.

Y el pobre Gribouille, cae sentado sobre una silla y llora.

* * *

Emilia, a quien le había asombrado el discurso de Gribouille y le ve llorar, se acerca a él, le toma de las manos y le dice:

—¡Vamos, mi pobre Gribouille! No hay que afligirse por tan poca cosa.

Le dice Gribouille, sollozando:

—¡Tan poca cosa! ¿La señorita llama a esto poca cosa! Todo lo que yo hago se vuelve contra mí. Yo escucho decir a cada uno, “¡Gribouille es una bestia! ¡Por Dios, que es una bestia!” Hasta mi misma hermana, mi mejor y única amiga, dice lo mismo. ¿Y la señorita cree que uno puede soportar todo esto! ¡Que yo pueda dejarme insultar incluso por los animales! ¡Y qué animales todavía! ¡Un loro y unos canarios! No, no; yo sufro mucho. Yo no sé más qué decir, qué hacer. Yo siento que mi pobre cabeza se parte.

Y Gribouille, que se había levantado, iba y venía en el cuarto y en su desesperación golpeaba los muebles, se golpeaba la cabeza, se arrancaba los cabellos.

Emilia se había escapado y se fue a buscar a Carolina.

13 REFLEXIONES SOBRE LA JAULA VACIA

Gribouille, que se había quedado solo, vuelve a caer sobre su silla.

Carolina, advertida por Emilia entra con precaución, ve a Gribouille inmóvil, se aproxima a él sin hacer ruido, quiere tomarle de la mano. Gribouille salta de sobre su silla, y Carolina lanza un grito.

Le dice Gribouille:

—¿Y bien qué? ¿Piensas tú que yo estoy de cólera contra ti? ¿Me tomas por un mal corazón, un ingrato? ¿Vienes tú a resondrarme como lo hacen todos?

Le dice Carolina, afectuosamente:

—No, mi pobre hermano, no. Tú sabes bien que yo te amo. Si yo te resondro algunas veces es por tu bien. . .

Le dice Gribouille, desesperado:

—¡Por mi bien, por mi bien! ¡Con mucho gusto me desharía de este bien! Yo no quiero que me resonren todo el tiempo. Eso me aburre, eso me agobia; yo perderé el espíritu.

Le dice, Carolina:

—Escucha, hermano mío: ¿Te acuerdas del día que rompiste una ventana con tu escoba?

Le dice Gribouille:

—Sí, ¿y después?

Le dice Carolina:

—Y después tú no lo has vuelto a hacer; tú has puesto atención.

Le dice Gribouille:

—Yo lo creo. Tú me has regañado tan bien que yo lloré, y no desayuné. Justamente había un queque que me daba ganas. Yo lo lamenté muchas veces, ba.

Le dice Carolina:

—¿Lamentaste tu torpeza?

Le responde:

—No, el queque.

Le dice Carolina, riéndose:

—¡Ah! Da lo mismo. Tú no has vuelto a romper nada con tu escoba; es porque yo te había resontrado.

Le dice Carolina:

—Tú ves, pues, mi pobre Gribouille que no necesitas molestarte ni afligirte cuando alguien te reprende, sino intentar no recomenzar para no volver a ser reprendido.

Le dice Gribouille:

—De veras es verdad lo que tú dices. ¡Toma! Déjame abrazarte. ¡Tú tienes espíritu! Tú tienes una manera de decir que impide que yo me moleste. Tú me dirás: “Gribouille, tú eres una bestia; Gribouille, tú eres un tonto; Gribouille, tú eres un animal. . .” Yo no me molestaré; de veras yo no te lo echaré en cara. Algo me dice: “Gribouille, tu hermana te ama; déjala decir.”

* * *

Carolina le dice con tristeza y afecto:

—Sí, Gribouille; yo te amo y yo estoy sola en amarte. Yo he prometido a nuestra pobre madre cuidarte, protegerte, amarte como ella nos amaba. Yo he cumplido mi promesa, Gribouille; yo te he traído conmigo a trabajar en esta casa y yo no me quedaré aquí si tú haces que te despidan. ¿Y qué será de nosotros? Allí está la razón por qué, mi pobre hermano, tú me ocasionas tristeza cuando haces mal. Yo tiemblo que los patrones no se molesten y te despidan y que tú no vengas a sufrir de frío y de hambre.

Le dice Gribouille, enternecido:

—Buena Carolina, yo haré lo mejor que pueda; te lo aseguro. Pero mira tú, me dicen siempre que yo soy una bestia, y eso me turba. Yo ya no sé lo que hago, sobre todo cuando este maldito loro Jacquot se pone a insultarme.

Le dice Carolina:

—Mi pobre Gribouille, haz tu trabajo y nada más que eso. Barre, trapea, frota, limpia; pero ¿qué necesidad tienes tú de soltar a los pajaritos? ¿Por qué tocas eso?

Le responded Gribouille:

—Fue por piedad; yo te lo aseguro. ¡Estos pobres animalitos! Piensa, pues, si alguien nos hubiera encerrado en una jaula. . . ¡Y tan pequeños todavía!

Le dice Carolina:

—Ellos están acostumbrados a vivir encerrados; además, ellos no piensan. No es como con nosotros.

Le dice Gribouille:

—Eso es verdad. . . No es como nosotros. . . Yo pienso, yo razono. Yo me digo: Jamás yo habría actuado como ellos. Yo no habría hecho que le resondren a Gribouille. Yo volveré después de haber estado junto a la tela metálica solamente. Tú sabes que yo fui a cerrar la tela metálica para impedir que pasaran. Eso no era tonto, todo eso.

* * *

La Sra. Delmis entra con Emilia y le dice con una voz airada:

—¡Gribouille!

Gribouille le dice con dulzura:

—Aquí estoy, señora.

Le dice la Sra. Delmis:

—¿Por qué le has ocasionado miedo a Emilia con tus gritos? ¿Por qué has abierto la jaula? ¿Por qué has dejado escapar a los canarios? ¿Por qué me miras como una bestia, sin responder?

Le dice Gribouille con un aire amable:

—¡Oh, señora! Yo no me permitiría mirar a mi señora como una bestia! Yo tengo demasiado respeto por mi señora. Ciertamente, mi señora no tiene nada de bestia en absoluto. Yo me deleito en mirarla.

Le dice la Sra. Delmis:

—¿Qué es lo que dice, pues? Carolina, ¿qué es lo que él quiere decir?

Le dice Carolina con vergüenza:

—Que la señora tenga un poco de indulgencia. El no ha comprendido bien lo que le dijo la señora. El está muy incómodo por haberle ocasionado miedo a la señorita. Es la pena de haber dejado partir a los pajaritos. . . El sabe muy bien el respeto que les debe a los patronos como para permitirse. . .

Le interrumpe Gribouille y dice:

—Ciertamente, yo sé muy bien el respeto que yo les debo a los patronos como para permitirme. . .

Carolina le dice en voz baja:

—Cállate, pues; tú lo vas a arruinar todo.

La Sra. Delmis dice:

—Está bien. Pero los canarios se han perdido.

Gribouille le dice con un aire satisfecho:

—Yo le pido perdón a la señora. Ellos no pueden tardar en volver, porque yo he cerrado la tela metálica.

Le dice la Sra. Delmis:

—¡La tela metálica! ¿Y qué les hace la tela metálica abierta o cerrada?

Le dice Gribouille:

—La señora olvida que un canario no tiene más fuerza que una mosca y que tendrían necesidad de unirse los dos para empujar la tela metálica; de otro modo ellos no la pudieran abrir.

Le dice la Sra. Delmis, encolerizada:

—¡Ellos volarán por encima, imbécil!

* * *

—Carolina, de veras tu hermano es demasiado bestia. Mi paciencia ha llegado al colmo. ¡Líbrame de este muchacho! El me excede. . .

Le dice Carolina:

—Cuando la señora quiera darme mi cuenta, yo estoy lista a partir, a pesar de toda mi pena por abandonar la casa de la señora.

Le dice la Sra. Delmis:

—Pero, ¡en absoluto! Yo no quiero dejarte partir. Yo estoy muy contenta de vuestro servicio para separarme de ti. Es a Gribouille a quien quiero despedir.

Le dice Carolina:

—Sí, señora, y yo parto con él. Yo le he prometido a mi madre en su lecho de muerte no abandonar nunca a mi hermano. Al entrar en casa de la señora, yo esperaba que usted soportaría sus ingenuidades. Pero como mi señora está cansada, mi deber es acompañar a mi hermano. ¡Pobre muchacho! ¿Qué sería de él sin mí?

Le dice Gribouille:

—Carolina, tú eres muy buena. ¡Sí, tú eres muy buena! No te atormentes; yo veo que es por mi causa que la señora te despide. Y bien, yo no me quiero ir. Yo me quedaré aquí a pesar de todo. Yo barraré, yo frotaré, yo enjugaré, yo limpiaré como tú me has dicho. Yo no dejaré ir más los canarios. Entonces, tú te quedarás aquí, ¿no es así? ¿A dónde irás tú? ¿Cómo viviremos? Tú me dice siempre que el buen Dios es bueno. Si él es bueno él no querrá dejar que tú salgas de aquí donde estás bien, ¿no es cierto? Di, Carolina, ¿no es cierto que tú estás bien?

* * *

Las lágrimas de Carolina le impidieron responder. Ella abraza a su hermano mientras repite: “¡Pobre muchacho! ¡Pobre muchacho!”

Gribouille lanza sollozos.

La Sra. Delmis se queda indecisa. Finalmente, ella se acerca a Carolina y le dice:

—No llores, Carolina. Yo he hablado demasiado en un momento de impaciencia. Tú te quedarás, y también Gribouille, pero con la condición de que él no toque nada excepto su escoba y su plumero, y que él no haga otra cosa aparte de fregar, barrer, limpiar los cuartos, en fin, lo que concierne a su servicio.

Le dice Carolina:

—Yo le agradezco mucho a la señora su bondad. Yo haré lo que me sea posible para satisfacer a la señora.

Le dice Gribouille:

—Yo le agradezco mucho a la señora por su bondad. Yo haré todo lo que me sea posible. . .

Le dice Carolina:

—Pero cállate, pues, y quédate tranquilo.

Le dice Gribouille:

—¿Y por qué no agradeceré yo a la señora, siendo que tú le agradeces bien? ¿Y por qué no diré yo a la señora que yo acepto sus condiciones y que yo juro —Gribouille levanta su brazo— no tocar nada salvo mi escoba y mi plumero, y de no hacer otra cosa que fregar, barrer y limpiar los cuartos?

* * *

La Sra. Delmis se puso a reír. Carolina parecía inquieta del aire solemne de Gribouille y le dice a su patrona:

—La señora quisiera bien que él tome una escobilla y cera para frotar los cuartos?

Le dice la Sra. Delmis:

—Sí, sí. Una escobilla, cera y todo lo que sea necesario para su trabajo.

Le dice Gribouille:

—¿Y para mi alimentación, y mi aseo, y mi cama?

Le dice la Sra. Delmis:

—Sí, todo. Yo no prohíbo más que lo que no concierne a tu trabajo en la casa.

Le dice Gribouille:

—Entonces yo rejuro, y Carolina es mi testigo: ¡Yo rejuro!

La Sra. Delmis salió riendo a carcajadas. Gribouille la contempla, se pone a reírse de su lado. Se frota las manos, da un salto y parece estar encantado.

Dice Gribouille:

—Yo he arreglado las cosas de una manera linda. Yo he hecho bien al jurar y al rejuar, ¿no es verdad, hermana mía?

Le dice Carolina, preocupada:

—Muy bien, muy bien. Y ahora, amigo mío, no te olvides de tu promesa. Toma tu escoba, acaba de barrer el cuarto, y no toques nada.

Carolina salió. Gribouille se quedó solo. El reflexionó por algún tiempo y luego tomó su escoba. “Esto no será cómodo; todo de lo mismo, ¡de no tocar nada! Yo que aún tenía imágenes que ver. . .”

* * *

Con el palo de su escoba él enganchó la jaula y la hizo caer al suelo.

“¡Aytá! ¡Una desgracia más! Es mi mal agüero que se me prende. ¡Y decir que yo no puedo tocar esta jaula para levantarla! ¡Maldita jaula, ba! Decir que tiene cuatro patas y sin embargo no puede mantenerse en pie, mientras que yo me mantengo sólidamente, yo que no tengo sino dos. Esto me estorba, esta jaula, para barrer. ¿Quieres irte de allí, villana jaula?”

El le da un escobazo a la jaula, que se va rodando hasta el centro de la sala.

“¡Vamos! ¡Ahora allá está en el centro mismo de la sala! Es para hacerse ver mejor, para hacer que me resondren. ¡Ah! Pero. . . ¡Yo no me voy a dejar dominar por una jaula! Yo voy a desplazarla con mi escoba hasta debajo de la cortina. Cuando Carolina venga yo le rogaré que la levante porque yo estoy atado por mi palabra. Yo he jurado y rejurado que no tocaré nada.”

* * *

Emilia, que entró con su amigo Jorge mientras Gribouille desplazaba la jaula a escobazos, le mira sorprendida. El corrió a él y lo detuvo diciéndole:

—Pero, ¿qué es lo que haces en lugar de desempolvarla como deberías hacer? ¡Tú vas a romper mi linda jaula!

Le dice Gribouille:

—¡Ah, señorita! Yo no puedo hacer nada más. La jaula ha caído e impide el paso; por eso se hace necesario desplazarla.

Le dice Jorge:

—¿Por qué no la levantas en lugar de desplazarla como lo haces?

Le dice Gribouille:

—Yo no puedo, señor; yo estoy maniatado por mi palabra. Yo he jurado y rejurado.

Le dice Jorge:

—¿Qué palabra? ¿Qué has jurado?

Le responde Gribouille:

—¡Una palabra sagrada, señor! Yo he jurado y rejurado a la Sra. Delmis no tocar nada que no sea mi escoba, mi plumón y mi escobilla para fregar el piso. Y en cuanto a la escobilla, es Carolina, mi hermana, que ha obtenido el permiso para mí, pensando bien, esta buena hermana, que de otra manera me despojaría de mi piel frotando sin escobilla.

* * *

Jorge mira a Emilia, que mira a Gribouille. Ella le encuentra un aire asustado y aterrado, y ese escapa gritando:

—¡Gribouille está loco! ¡Carolina, socorro!

Carolina entra precipitadamente. Gribouille está apoyado sobre su escoba y sonrío a dar piedad. Jorge no sabe si debe reír o llorar. Carolina va directamente a Gribouille y le dice:

—¡Y bien, Gribouille! ¿Qué hay ahora? ¿Qué has hecho para asustar a la señorita Emilia?

Le responde Gribouille con majestad:

—Nada, nada, nada; yo te lo digo. La señorita no ha comprendido que estando yo maniatado por mi palabra, yo no podía levantar esta jaula que mi escoba ha tirado al suelo.

Carolina le dice sorprendida:

—¿Por qué no la puedes levantar tú?

Le responde:

—Pero tú sabes bien que yo he jurado y he rejurado que no tocaré nada, excepto mi. . .

Le dice Carolina:

—Lo sé, lo sé. Pero tú has olvidado, mi pobre hermano, que la señora también ha dicho así: “Todo lo que es necesario a tu servicio.”

Le dice Gribouille, dándose un golpe en la frente:

—¡Por mi madre, eso es cierto! Tú eres mi buen ángel, mi salvador, tú, mi hermana! Sin embargo, es verdad: “Todo lo que es necesario a mi servicio.” Ella lo ha dicho, ¡ah! ¡Ella lo ha dicho! ¡Y yo que no me atrevía a levantar esta jaula! ¡Qué bestia que soy, qué bestia que soy! ¡Ja, ja, ja! “¡Pobre Gribouille, ba! ¡Tú eres una bestia, mi amigo, tú eres una bestia!”

* * *

Gribouille se ríe a carcajadas. Jorge no comprende la razón de su alegría. Carolina suspira, se da cuenta del asombro de Gribouille y le explica lo que había ocurrido entre la Sra. Delmis y Gribouille.

Jorge se ríe en su turno y se apresura para darle seguridad a su hermanita a quien ve en uno de los senderos del jardín.

Carolina le dice a Gribouille con tristeza:

—Mi pobre hermano, yo también te pido una promesa: Que trabajes siempre conmigo. Cuando tú tengas un trabajo que hacer llámame y nosotros lo haremos juntos. Y a mi turno, tú vendrás a ayudarme cuando yo tenga que trabajar, ya sea en la cocina, ya sea en los cuartos. De esta manera tú jamás harás daño y no serás regañado jamás, porque yo estaré allí para aconsejarte y dirigirte. ¿Lo harás así? ¿Me lo prometes?

Le responde Gribouille:

—Sí, yo te lo prometo, hermana mía, mi buena hermana. Yo veo. . . Yo siento que tú eres mi buen ángel sobre la tierra. Yo sé bien que me falta la razón, que yo no soy como todo el mundo. Pero yo trataré; yo te aseguro que yo trataré de no hacer más tonterías. Yo querré tanto verte contenta, no por causa de la señora sino por ti, por ti sola a quien yo amo y tú me amas.

Gribouille abraza a Carolina, le besa las manos, mientras le hablaba de esta manera.
Le dice Carolina:

—Está bien, amigo mío. Yo recibo tu promesa, y yo sé que tú no la faltarás.
Terminemos de arreglar la sala los dos y después pasaremos a la cocina donde me ayudarás a preparar el almuerzo y a lavar la vajilla.

14
¡POBRE LORO DE PORQUERIA!

Carolina y Gribouille habían terminado pronto de arreglar la sala y fueron al comedor para preparar allí el cubierto del almuerzo. A penas habían puesto el mantel sobre la mesa Carolina escuchó que le llamaba la Sra. Delmis.

Le dice Gribouille:

—¿Acaso vas a ir, Carolina?

Le dice Carolina:

—Se requiere que así sea. La señora no está ni peinada ni vestida; es para eso que me llama.

Le dice Gribouille:

—¿Y cómo voy a hacer para mi trabajo? Yo te he prometido de no hacer mi servicio sin ti. . .

Le dice Carolina:

—Cuando eso se pueda. . . ¡Pero es imposible!

Le dice Gribouille:

—Entonces se puede faltar a la promesa diciendo: “Eso es imposible.”

Le dice Carolina:

—Sí y no. Hay que ver, hay que reflexionar, y hay que hacer lo que es mejor.

Le dice Gribouille:

—¿Y si lo mejor no está bien? Mira, yo siempre hago lo mejor, y siempre me dicen que está mal. El loro que yo había puesto en medio de la mesa del banquete, estaba ciertamente muy bien. Pero tú has visto lo que esto ha ocasionado, todo como si yo hubiera hecho una bestialidad.

* * *

—¡Carolina, Carolina! ¿Dónde estás, pues? —grita la Sra. Delmis—.

Carolina le responde:

—¡Aquí estoy, señora! ¡Ya llego!

—Pon el cubierto, Gribouille, y sobre todo no rompas nada.

Carolina salió corriendo y Gribouille la siguió con la mirada y le dice:

—¡Yo haré lo mejor; eso es seguro! Pero, ¿dirán ellos que está bien?

De pronto, una voz fuerte que se hacía escuchar desde detrás de la cortina le dice:

—¡Gribouille, ja, ja, ja! ¡Gribouille es una bestia! ¡El imbécil de Gribouille, ja, ja, ja!

Gribouille dice:

—¿Qué es eso? ¿Quién habla de Gribouille?

El loro:

—¡Jacquot! ¡Pobre Jacquot! ¡Gribouille lo ha golpeado!

Le dice Gribouille:

—¡Ah, eres tú, mentiroso, ladrón! ¡Pillo emplumado! ¡Ah, eres tú; y nosotros estamos solos! ¡Nosotros dos, calumniador, traidor!

* * *

Gribouille se lanzó hacia la ventana y no tardó en descubrir al loro que saltaba a lo largo de la cortina ayudándose con su pico y sus garras.

Al ver llegar a su enemigo, Jacquot precipitó su ascenso gritando:

—¡Ja, ja, ja! ¡El imbécil de Gribouille!

Esta última injuria exasperó a Gribouille que saltó sobre el loro que estaba casi fuera de su alcance. Gribouille no logró agarrar más que la cola de la cual algunas plumas se quedaron en sus manos. El se lanzó una segunda vez sobre la cortina sobre la cual trepaba el pobre Jacquot con presteza y terror, mientras gritaba:

—¡Socorro! ¡El Gribouille lo ha golpeado! ¡Pobre Jacquot!

Esta vez Gribouille había calculado mejor su impulso y con una mano se agarró de la cortina y con la otra atrapó a Jacquot junto en la mitad de su cuerpo, y apretándolo fuertemente le hizo dejar la cortina, diciéndole con cólera:

—¡Aquí te tengo, mala lengua, insolente, llorón! ¡Ah, tú crees que esto va a quedar en palabras! ¡Tú vas a tener un buen castigo, perverso payaso! ¡Toma! ¡Chej! ¡Cheñéj!

* * *

Gribouille, acompañando sus palabras con gestos descargó sobre el dorso y sobre la cabeza de Jacquot una granizada de puñetazos de modo que el pobre animal gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Pobre Jacquot! ¡El Gribouille lo ha golpeado!

—¡Ah! Tú llamas. . . ¡Ah! Tú quieres de nuevo hacer que me regañen! ¡Grita, pues, ahora! ¡Grita!

Al decir estas palabras Gribouille apretó el pescuezo de su enemigo que continuaba debatiéndose para repetir con una voz ahogada:

—¡Socorro! ¡Pobre Jacquot! Po. . . bre. . . Jac. . .

El loro no pudo articular la última sílaba de su nombre. Su voz expira. Su pico y sus ojos se abren desmesuradamente, sus alas se pliegan inertes, y Gribouille no sostiene en sus manos más que un cadáver.

Dándose cuenta al final que el loro se quedó sin movimiento, Gribouille lo deja caer diciéndole:

—¡Lárgate y no recomiences! ¡Ahora ves que tú no eres el más fuerte!

Jacquot ya no se movía.

* * *

—¡Toma! ¡He aquí que ahora te haces el muerto! ¿Quieres irte, perverso animal?

Gribouille le da una patada, y luego dice: “Y bien, ¿ahora qué le pasa? ¿Qué le ocurre? ¡Ya no se mueve! ¿Acaso. . .? ¡Hum! ¡Hum! ¿Acaso le he apretado demasiado fuerte? Porque ya no se mueve más que un muerto.

Gribouille se pone de rodillas sobre el suelo y grita en la oreja del loro:

—¡Vamos, Jacquot, ya no más bestialidades! Nosotros seremos amigos, ¡te lo aseguro! ¡Jacquot, levanta la cabeza, porque yo te aseguro que ya no hay más peligro!

Gribouille se levanta, permanece con las palmas de las manos juntas delante del loro al cual contempla con temor y dice:

—Yo creo. . . Yo me temo. . . Que él no esté muerto como mi mamá. El se va a ir para estar con ella y le va a decir que he sido yo el que le ha hecho morir. ¡Oh, él se lo dirá! El es tan perverso. . . Y mi mamá le creará porque yo no estaré allá para explicar como ocurrieron las cosas. ¡Ah, sí! Pero cuando yo muera también, yo iré a estar con mi mamá y yo le contaré bien las cosas que no le ocasionarán ningún placer a Jacquot. Pero, ¿qué hacer ahora? ¡Todos van a decir que fui yo, y después la señora se dará un colerón! ¡Un colerón! Ojalá que ella no despida a Carolina. . . ¡Oh, Dios mío! ¡Carolina, mi pobre hermana! ¿Qué hacer? ¿Qué decir? ¡Ah, tengo una idea! El señor es mi amigo; yo le voy a pedir su consejo.

Y Gribouille, lanzando con el pie al pobre Jacquot, hasta debajo de la cortina, corrió al Sr. Delmis.

* * *

Le dice el Sr. Delmis:

—¿Qué hay, Gribouille? Tú tienes un aspecto todo aterrado. . .

Le dice Gribouille:

—Hay de que estarlo, señor. Si mi señor supiera lo que me ha ocurrido. . . Pero yo no tengo temor porque el señor es mi amigo, y él me protegerá.

Le dice el Sr. Delmis:

—¿Contra quién se te he de defender, mi pobre muchacho? ¿Se trata de la Srta. Rose o de la Sra. Piron?

Le dice Gribouille:

—¡Ah, señor! Es algo peor que eso; es contra la señora. . .

—¡Oh, oh! ¡Esto si que se torna grave! —le dice el Sr. Delmis asumiendo un aspecto serio—. Cuéntame lo que ha ocurrido.

Le dice Gribouille:

—Alla va, señor: Yo estaba pues por poner el cubierto, cuando escucho una voz, oh, ¡pero una voz! Si mi señor la hubiera escuchado, ¡él habría quedado culeco como yo!

Le dice el Sr. Delmis:

—¿Y qué te decía esa voz tan terrible?

—¿Lo que decía? ¡Injurias! ¡Cosas del todo desagradables!

Le dice el Sr. Delmis:

—¿De quién se trataba?

* * *

Le dice Gribouille:

—El señor va a ver. Yo miro y me doy vuelta, ¿y qué es lo que descubro? ¡Era Jacquot, este diablo del Jacquot que se porfiaba en insultarme. Y él trepó y trepó. . . ¿Era de ver cómo él se apresuraba! Porque este animal es perezoso, señor; yo siempre lo he visto perezoso. Y he allí que trepa a lo alto de la cortina. Yo salto detrás de él y le atrapo la cola. Yo jalé tan fuerte que quedaron en mi mano dos plumas. El pícaro siguió subiendo agobiándome con sonseras. ¡Por mi madre! La mostaza se me subió a la nariz y di un salto de gigante y lo atrapo al payaso justo en la mitad de su cuerpo. Yo lo tenía; yo lo jalo y él

suelta la cortina. Yo estaba encolerizado, como el señor puede bien pensar. Lo golpeo con toda mi fuerza. El cretino grita, “¡Socorro!” Yo apretó su pescuezo. . .

El Sr. Delmis hace un movimiento, y Gribouille le dice:

—Espere, señor. Piense bien que yo no podía dejar que este animal atrajera a la señora y a Carolina con sus gritos. Yo lo apreto más fuerte, siempre golpeándole, no sea que él me haga la farsa de no moverse más, de no gritar más.

Le dice el Sr. Delmis:

—¿Tú lo has ahogado?

Le dice Gribouille:

—Perdón, señor, es él el que se ha ahogado debatiéndose como un poseído, si bien que cuando lo he dejado ya estaba muerto. Sí, señor. El señor me creerá si lo viera. El estaba y él está muerto. Y yo vengo a pedir consejo al señor. ¿Qué cree, señor? ¿Qué debo hacer ante la presencia de la señora? De buenas a primeras ella dirá, con toda seguridad, que fui yo.

El Sr. Delmis le dice con impaciencia:

—¿Y cómo quieres tú que ella diga otra cosa, infeliz? Eres tú, y tú solo el que ha matado a Jacquot. . . ¿Y qué consejo quieres tú que yo te dé?

Le dice Gribouille:

—Así, ¡he aquí que el señor se vuelve contra mí! ¡El señor cree que soy yo el que ha causado la muerte de este hipócrita animal!

Le dice el Sr. Delmis:

—¿Qué quieres tú que yo diga y que yo piense? ¿Y qué consejo quieres tú que yo te dé?

Le dice Gribouille:

—En cuanto a esto yo no puedo decirle al señor. Si yo sabría lo que el señor me daría por consejo, yo no se lo pediría.

Le dice el Sr. Delmis:

—Yo no tengo nada que decirte. Yo no sé en absoluto lo que debes hacer. Tú haces sonseras y después me pides repararlas.

Le dice Gribouille:

—¿Y a quién más quiere el señor que yo se lo pida, si no es a mi amigo? El señor es mi único amigo sobre la tierra. Con la excepción de Carolina, que es tan buena conmigo y que me ama, yo no tengo a nadie más. Nadie me ha dicho jamás como lo ha hecho el señor: “Gribouille, yo te defenderé; yo seré tu amigo.” He allí por qué yo vengo a usted, señor.

* * *

Al decir estas palabras, Gribouille tenía sus ojos humedecidos por las lágrimas. El Sr. Delmis, emocionado de la simplicidad de la confianza de este pobre huérfano le toma la mano y le dice con una voz conmovida:

—Sí, tú has hecho bien, mi pobre muchacho. Yo voy a intentar sacarte de este embrollo. ¿Dónde está Jacquot?

—Venga, señor. Yo voy a hacerle ver —dijo Gribouille dirigiéndose lastimeramente al comedor—. Allí está, señor —le dice al llevarle cerca del loro muerto—.

—¡Pobre Jacquot! —dijo el Sr. Delmis al tomarlo y examinarlo si acaso no hubiera algún resto de vida—.

Le dice Gribouille:

—¿El señor se va a meter a lamentar a mi enemigo?

Le dice el Sr. Delmis:

—Esto no impide que yo sea tu amigo, y yo voy a probártelo. Por ahora es necesario que mi mujer no sepa nada de todo esto. Dame la trampa para ratones que he puesto cerca del aparador. . . Verás que hay nueces en el extremo del alambre que sirve para atrapar los ratones. Tú vas a ver lo que voy a hacer.

* * *

El Sr. Delmis tomó a Jacquot, pasa su cabeza por un nudo corredizo de alambre de la ratonera, y jala un poco para hacer creer que el loro había sido atrapado y se había estrangulado al querer alcanzar las nueces puestas al fondo de la trampa para ratones. Luego le recomendó a Gribouille poner los cubiertos y se retira a su dormitorio.

“¡Qué buena idea! ¡Qué buena idea! —grita Gribouille batiendo sus manos—. ¡He aquí que he escapado de la señora! ¿Y Carolina? ¿Se lo debo decir? Yo creo bien que sí. No será bueno ocultarle estas cosas. . .”

15 UN AMIGO FALSO

Mientras reflexionaba y discurría sobre estas cosas, Gribouille acabó de poner el cubierto. En el momento que terminó entró la Sra. Delmis con sus hijos, llamó a su marido y se sientan a la mesa, y Gribouille fue a buscar la pierna de cordero y la ensalada que había preparado Carolina.

El almuerzo comenzó silenciosamente. Todos estaban hambrientos y no pensaban sino en servirse y comer.

El Sr. Delmis se veía sombrío, de manera contraria a lo acostumbrado. El extrañaba a Jacquot. El estaba cansado de las repetidas tonterías de Gribouille. El no sabía cómo deshacerse de él sin perder a Carolina cuyo servicio él amaba y apreciaba.

La Sra. Delmis estaba taciturna porque un vestido nuevo con la que había contado para hacer algunas visitas, todavía no estaba terminado.

Los niños no se atreven a hablar. El aspecto serio de sus padres les intimida.

Gribouille, preocupado del descubrimiento probable y próximo de la muerte del loro, hacía mil torpezas.

* * *

—Dame un poco de vino, Gribouille —dijo Emilia—.

—Aquí lo tiene, señorita —respondió Gribouille mientras vertía el vino en el vaso—.

Le dice Emilia:

—¡Basta, basta! Mira lo que has hecho; casi has llenado mi vaso.

Le dice Gribouille:

—Eso no importa; la señorita va a ver.

Gribouille toma el vaso, revierte el vino dentro del pico de la botella y lo derrama sobre la cabeza y el cuello de Emilia.

Le dice Emilia:

—¡Ay, ay, ay! ¡Yo tengo mi cabeza y mi vestido llenos de vino! ¡Esto ya cansa! ¡Si serás torpe!

Le dice Gribouille:

—Perdóneme, señorita. No lo he hecho con malicia. Si la señorita no se hubiera quejado de tener demasiado vino, yo no lo hubiera vertido en la botella y el vestido de la señorita no se hubiera manchado.

Le dice Emilia:

—Pero ya que tú me habías dado demasiado vino. . .

Le dice Gribouille:

—Yo no digo que no. Yo le ruego a la señorita que observe que yo sólo digo la cosa sin permitirme acusar a la señorita. Yo sé que no estoy en la posición de lanzar una falta sobre los patrones y que yo debo soportarlo todo y callarme.

Interviene el Sr. Delmis:

—Entonces tú harás mejor en callarte para comenzar, mi pobre muchacho, porque tú no tienes sentido común.

Le dice Gribouille:

—Eso le place decir al señor. Todo el mundo no es de la opinión del señor. Carolina no dice como el señor. . .

Interviene Jorge:

—Si Jacquot te escuchara, él te diría una injuria.

Le dice Gribouille:

—¡Jacquot! ¡Ay, Dios mío! Entonces el señor Jorge lo sabe. . .

Le dice Jorge:

—¿Qué? ¿Qué es lo que yo sé? ¿Qué aspecto raro que tienes! ¡Mamá, mira pues la cara aterrada de Gribouille!

* * *

La Sra. Delmis levanta los ojos y se asombra a su turno de la ansiedad impresa en el semblante de Gribouille.

El Sr. Delmis levanta sus hombros con impaciencia.

Emilia busca la causa de la inmovilidad de Gribouille y percibe al loro tirado en el suelo cerca del aparador.

Dice Emilia:

—¡Mira! Allá está Jacquot que nos va a explicar lo que toca a Gribouille. ¡Jacquot! ¡Jacquot! ¿Qué es lo que pasa? ¡El no se mueve! ¡Jacquot, habla, dinos lo que te ha hecho Gribouille!

El silencio de Jacquot llama la atención de la Sra. Delmis. Ella se levanta de la mesa y va hacia el loro. Quiso tomarlo y lanzó un grito dejándole caer.

—¡El está muerto! ¡Jacquot, mi pobre Jacquot! ¡El está atrapado en la ratonera! ¡Estrangulado! ¡Está muerto desde hace algún tiempo! ¡El está todo frío!

—¡Jacquot! —gritan los niños corriendo hacia su madre—. ¡Jacquot! ¿Quién es el que lo ha matado? ¿Quién lo ha estrangulado?

* * *

Al decir estas últimas palabras, Jorge se vuelve hacia Gribouille, que por ocultar su vergüenza, cambiaba los platos de sitio, secaba las tazas, cortaba el pan, etc.

La Sra. Delmis le dice con severidad:

—Gribouille, ¿cómo ha sido estrangulado Jacquot?

Le responde:

—¿Cómo quiere la señora que yo sepa? La señora no ignora que Jacquot no era mi amigo, como el señor. Que él no me confiaba sus secretos, y que él no me ha contado cómo su glotonería le hizo pasar su cabeza por la ratonera para robar las nueces de los ratones. . . ¡Pobres animalitos! Ellos no son cebados con golosinas como este perverso Jacquot.

Le dice la Sra. Delmis:

—¿Pero tú sabías que Jacquot estaba estrangulado?

Le dice Gribouille:

—¿Cómo quiere la señora que yo lo haya sabido? Que la señora le pregunte al señor. El le dirá que nosotros no nos contamos entre los confidentes de Jacquot.

—¡Marido mío! —dice la Sra. Delmis volviéndose a él y examinándolo a su turno—. ¡Qué aspecto tan singular tienes, amigo mío! Tú amabas mucho a nuestro pobre Jacquot, sin embargo, tú no tienes el aire sorprendido ni apenado por su muerte. Uno diría que tú lo sabías ya.

El Sr. Delmis le dice, avergonzado:

—¿Yo? ¡Por ejemplo! ¿Cómo lo habría sabido? ¿Quién me lo habría dicho?

Le dice la Sra. Delmis:

—Todo esto es raro. . . Jacquot que era tan astuto no se hubiera dejado atrapar por una ratonera. Y además, el semblante asustado de este imbécil de Gribouille. . . ¡su vergüenza! ¡Y tu semblante! Porque tú tienes la cara de un escuelero que ha sido sorprendido en falta. . . ¡Yo creo que ya doy! ¿Es que. . .? ¿Gribouille?

* * *

—¡Señor, señor, protéjame! Usted ha prometido protegerme contra la señora —gritó Gribouille lanzando una pila de platos que se rompen en mil pedazos y juntando sus manos con un aire de desesperación. ¡Señor, usted es mi amigo, mi único amigo!

Le dice el Sr. Delmis:

—¡Vé de paseo y déjame tranquilo! Yo también, yo me canso por fin de todas tus bestialidades, de tus torpezas. Sal tú del problema como puedas. Yo no me meto más a arreglar tus tonterías.

El Sr. Delmis bota su servilleta, sale de la mesa cerrando la puerta con ira.

Gribouille grita estupefacto:

—¡He aquí un amigo que es amable! ¡Y yo que contaba con él! ¡Ahora él me deja todo solo! Es él que ha pasado la cabeza del loro dentro del alambre de hierro. Y después, él me deja plantado. ¡Ah, bien! ¡El es honesto!

Le dice la Sra. Delmis:

—¿Qué es lo que dices, que mi marido ha estrangulado a Jacquot?

Le responde Gribouille:

—Yo no he dicho eso. ¡Yo no soy un mentiroso, un calumniador como Jacquot!

Dice la Sra. Delmis:

—Pero, ¿qué ha ocurrido? Veamos, habla, cuenta. ¡Habla, pues, imbécil!

Gribouille responde con dignidad:

—Yo no diré nada. Yo no decía nada cuando me injuriaban. El señor lo sabe todo. El es mi patrón. El era mi amigo. . . Yo se lo he dicho todo.

* * *

La Sra. Delmis y los niños quisieron cuestionarle, suplicarle, amenazarle, pero no pudieron arrancarle una sola palabra. Su única frase fue esta, mientras juntaba los fragmentos de los platos rotos:

—Hay que botar estos escombros para que alguien no diga que soy yo quien los ha roto.

Gribouille abandonó el comedor con calma. El descendió a la cocina donde encontró a Carolina que trabajaba con ardor con el vestido de la Sra. Delmis. El se puso delante de su hermana, de pie y con los brazos cruzados.

—Carolina. . . —dice—.

Carolina levanta la cabeza y parece sorprendida del aspecto solemne de Gribouille.

—Carolina . . . —vuelve a decir—. Ya no tengo más amigo.

Le dice Carolina:

—¿Nada de amigo? ¿Qué amigo tenías tú?

Le dice Gribouille:

—El señor. El era mi amigo. El ya no lo es más.

Le dice Carolina:

—¿Por qué ya no lo es? ¿Cómo lo sabes tú?

Le dice Gribouille:

—Yo lo sé porque él me ha abandonado. El no lo es más porque él ha tenido miedo de su mujer y él no ha osado meterse en contradicción contra ella. Es un amigo falso el que abandona a su amigo en medio del peligro. Yo ya no tengo un amigo.

Le dice Carolina:

—Explícame, Gribouille, ¿por qué el señor te ha abandonado, y a propósito de qué te ha abandonado. Yo no sé de qué cosa tú quieres hablar.

* * *

Gribouille le cuenta larga y fielmente a su hermana lo que le había acaecido. El no le ocultó nada, incluso lo de la última pila de platos rotos.

Carolina estuvo consternada. Ella comprendió que la Sra. Delmis no pasará por alto esta última falta de Gribouille y que dentro de pocos días ella se encontraría sin empleo y obligada a retomar su estado de costurera. Ella comprendió que la paciencia del Sr. Delmis se había agotado y que él le había retirado al pobre Gribouille la protección que él le había tan generosamente concedido hasta aquí.

—¡Carolina! —gritó una voz agria—.

—Es la señora —dijo Gribouille—. ¿Qué te va a decir? ¡No dejes que te despida! Si ella quiere eso, rehúsa firme y limpiamente, ¿entiendes?

—Yo haré lo mejor con la ayuda del buen Dios —respondió Carolina con calma—. Espérame aquí, hermano mío. No subas sin mí.

—Quédate tranquila, yo no me moveré de aquí. Basta de subir para hacerme regañar por la señora, hostigar por los chicos, y abandonar por el señor. Yo te espero, ba.

* * *

Carolina se presentó al llamado de su patrona.

—Carolina —dijo esta última con un tono seco—. Se requiere escoger entre Gribouille y yo. Mi marido acaba de contarme la última tonta maldad de tu hermano. Me es imposible soportarlo por más tiempo. Si tú quieres quedarte en mi casa, yo lo colocaré en una casa de alienados o en una institución de mendicidad. Tú te librarás de él de por vida. Yo aumentaré tu sueldo. Yo te daré. . .

—La señora me dará toda su fortuna —respondió Carolina con una emoción contenida—, pero yo no abandonaré a mi pobre hermano y no violaré la palabra que le he dado a mi madre en su lecho de muerte. Al entrar a la casa de la señora le he prevenido que no podía entrar y permanecer allí sin mi hermano. La señora ha querido bien soportar sus ingenuidades. . .

Le dice la Sra. Delmis:

—Tú llamas ingenuidades a sus insolencias que no cesan de repetirse. Tu servicio me gusta y me es muy agradable. Yo deseo que tú continúes, pero sin tu hermano.

Le dice Carolina:

—Yo he tenido el honor de decir a la señora que eso era imposible. ¿Cuándo quiere la señora que nosotros nos vayamos?

Le dice la Sra. Delmis:

—Lo más pronto posible a causa de tu hermano, después que yo haya encontrado alguien para remplazarte. Si me viene una visita dile que no estoy.

16 UN NUEVO AMIGO

Carolina saluda y abandona el cuarto. Al entrar a la cocina ella encuentra allí a Gribouille conversando con el brigadier de la gendarmería.

—¿Y bien? —grita Gribouille—. ¿Qué te ha dicho la Sra. Delmis?

Le dice Carolina:

—Nosotros abandonaremos la casa después que ella haya encontrado alguien que me reemplace.

Le dice el brigadier:

—¿Cómo, señorita Carolina? ¿Usted dejará al señor alcalde? Usted que hace todo en la casa, que hace el trabajo de tres personas. . . ¿le dejan ir? ¿Y por qué? ¿Por qué abandona usted?

—Es la señora que me despide —dice Carolina con una voz conmovida—.

—¡Imposible, señorita Carolina! —grita el brigadier—. ¡Imposible! ¡Una persona como usted, tan piadosa, tan buena, tan honesta, tan activa, tan correcta!

Le dice Carolina:

—Sin embargo, es verdad, señor. Yo le agradezco mucho de la buena opinión que usted tiene de mí. Es un gran consuelo, en medio del abandono, el encontrar una persona que os estime y que os proteja, de ser necesario.

El brigadier:

—¡Oh! En cuanto a eso, sí, señorita. Yo la protegeré con el mismo celo y el mismo afecto que si usted fuese mi hermana.

—¿Y yo? —dice Gribouille—.

Le dice el brigadier:

—Tú también, mi muchacho. Tú también, mi pobre inocente.

* * *

—¡Qué bien! He aquí que nosotros podemos vivir tranquilos sin atormentarnos porque el brigadier se establece como nuestro protector.

Le dice Carolina:

—Cállate, Gribouille. Tú abusas de las buenas palabras del señor.

Le dice Gribouille:

—¿Cómo puedes decir que yo abuso? ¿El brigadier es un mentiroso?

Le dice Carolina:

—Cállate, pues, Gribouille. Tú siempre hablas mucho.

Le dice Gribouille:

—No, Carolina. Yo no digo nada de más y yo puedo probarte que el brigadier es un hombre honesto, incapaz de mentir, y como él dice que nos protegerá, ¡yo digo que él nos protegerá!

Le dice Carolina:

—Yo no digo que no; pero yo temo que tú pidas demasiado.

Le dice Gribouille:

—¡Demasiado! ¿Es que uno pide jamás demasiado a un hermano? Tú no has entendido pues lo que el brigadier acaba de decir, que él te protegerá como si tú fueras su hermana. Yo que soy tu hermano, pídemelo todo lo que quieras y tú verás si yo lo haré y cómo lo haré.

* * *

Carolina no se atreve a responder de miedo de que Gribouille no le fuera a pedir al brigadier alguna cosa exorbitante, como encontrarles un empleo, o hacer que fuesen conservados en la casa del Sr. Delmis, cosa que ella no quería.

El brigadier, que había escuchado sonriente los razonamientos de Gribouille, se dio cuenta del aprieto de Carolina y le dice alegremente:

—Vuestro hermano tiene razón, señorita Carolina. Yo estoy listo a ayudarles en todo lo que me sea posible. Dígame solamente en que podría yo serles útil.

Le dice Carolina:

—Al abandonar a la Sra. Delmis cuento con volver a mi casa con mi hermano para retomar mi trabajo de costurera. Yo le agradezco mucho por vuestra bondad, señor brigadier. Si yo tengo en el futuro necesidad de algún consejo, de algún apoyo, yo me acordaré de vuestra amabilidad. Por el momento yo no creo tener necesidad de importunarlos.

Le dice el brigadier:

—Usted es muy discreta, señorita. Gribouille, yo cuento contigo para que me llames si jamás tú o tu hermana tenéis necesidad de un amigo, porque yo soy tu amigo. Gribouille, no lo olvides.

Gribouille le dice, moviendo la cabeza:

—Mi amigo. . . Mi amigo. . . Yo ya me he equivocado una vez. Yo no me fío demasiado de los amigos que llegan sin que uno sepa cómo ni por qué. El Sr. Delmis me dijo un día: “Yo soy tu amigo, Gribouille. . .” ¡Ah, bien, sí, un amigo! Eso le ha pasado como le vino, por un nada. . . Por un loro perverso.

—Haz la prueba siempre. Tú verás —le dice el brigadier sonriendo—. ¡Hasta la vista, señorita Carolina! ¡Hasta la vista, Gribouille!

* * *

El brigadier le tendió la mano en señal de amistad.

—¿Es por todo lo bueno? —dijo Gribouille al tomar la mano del brigadier y apretarla con las suyas—.

Le dice el brigadier:

—¡Todo lo bueno! ¡A la vida, a la muerte!

Le dice Gribouille:

—¿Por qué a la muerte? A mí no me gusta eso. A la vida está bien, pero a la muerte, ¿para hacer qué? Cuando yo me haya muerto, usted no será más mi amigo. ¿Acaso yo tendré necesidad de un amigo cuando esté muerto? Yo estaré con el buen Dios, con los ángeles y con mi mamá. . . Y además también. . . este perverso Jacquot. . . Yo tengo miedo que él no me haga alguna broma. . . ¡El es tan perverso, tan mentiroso!

Le dice el brigadier, riéndose:

—Quédate tranquilo, mi pobre Gribouille, el buen Dios sabrá distinguir si él dice la verdad o la falsedad. El lo botará y Jacquot no te atormentará más. Vamos, esta vez, adiós por todo lo bueno. Yo subo a la oficina del señor alcalde.

El brigadier saludó y salió.

* * *

Gribouille le dice a Carolina:

—Este brigadier es un buen hombre; ¿crees tú que él nos sea un buen amigo?

Le dice Carolina, vacilando:

—Yo creo que sí.

Le dice Gribouille:

—¡Como tú lo dices! Como si tú no lo creyeras. . .

Le dice Carolina:

—¿Cómo puedo yo saber lo que él es o lo que él será? Yo le conozco tan poco. . .

Le dice Gribouille:

—Pero él te conoce bien a ti porque él habla frecuentemente de ti con el señor, que siempre le dice: “Sí, yo amo mucho a Carolina. ¡Jamás yo encontraré una como ella!” Y esto y esto otro. En fin, siempre buenas cosas pequeñas que me eran agradables escuchar. También cuando ellos hablaban de ti, yo escuchaba; yo dejaba de trabajar. El señor veía esto, pero él no regañaba. El se reía, y el brigadier también. . . Y yo también. Yo estaba contento; ¡yo hubiera reído durante dos horas!

17
¡OTRA VEZ LA SEÑORA GREBU!

¡Pan, pan, pan! Golpean a la puerta. Carolina va a abrir y entra la Sra. Grebu.

Le dice la Sra. Grebu:

—¿La Sra. Delmis está en casa?

Le dice Carolina:

—No, señora.

Le dice Gribouille:

—¿Cómo que no? La señora está en su cuarto.

Carolina le habla en voz baja a Gribouille:

—Cállate. Ella me ha dicho que no deje entrar a nadie.

Le dice Gribouille:

—¡Ah! Yo no lo sabía. Perdón, señora, es que yo no sabía que la Sra. Delmis había prohibido que la dejáramos entrar. ¡Es chistoso, de hecho! Ella no quiere pues ver a nadie.

Le dice la Sra. Grebu:

—La Sra. Delmis no quiere recibir visitas; pero yo que soy su amiga, yo siempre puedo entrar.

Le responde Gribouille:

—¡Oh! La señora no es una amiga. . .

Le dice la señora Grebu:

—¿Cómo? ¿Yo no soy una amiga? ¡Yo que vengo sin cesar y que siempre la recibo a ella?

Le dice Gribouille:

—No es eso lo que hace una amiga, seguro. Si yo tuviera un amigo que hablara de mí como usted habla de mi señora, él no sería ciertamente mi amigo.

Le dice la Sra. Grebu:

—¡De veras que es tonto este Gribouille! ¡Siempre hay alguna impertinencia en su boca. ¡Yo no comprendo como lo soporta la Sra. Delmis!

Le dice Gribouille:

—Ella no lo soportará por mucho tiempo, vaya, ni tampoco usted, porque la señora ha despedido a Carolina esta mañana, y por cierto yo no me quedaré sin ella.

Le dice la Sra. Grebu:

—¡Ha despedido a Carolina! ¿Será posible? ¿Y por qué pues? Ella les amaba tanto. . .

* * *

Le dice Gribouille:

—La señora jamás me ha amado a mí, que os habla. Ella desconfiaba de lo que yo veía bastante bien. Yo le decía algunas cositas que la molestaban. Además, ella decía siempre que yo rompo todo. Si yo tenía la mala suerte de romper un plato, una taza, una jarra, porque al fin todo el mundo rompe, toda la casa gritaba: “¡Es Gribouille! ¡El rompe todo! ¡Si será torpe! Y ahora la señora piensa que Carolina no estaba contenta. Ella decía

siempre: “Yo me iré con mi hermano. Buena Carolina; ella ha hecho como había dicho. Por un perverso loro que ha muerto por maldad, se ha airado la señora, se ha airado el señor. El no ha querido ser mi amigo. La señora ha querido despedirme, Carolina ha querido partir, y esa es la razón por qué nos vamos. Y yo estoy muy seguro que la señora tiene pesar y que a eso se debe que ella no quiere ver a otra persona. Yo hacía muy bien mi labor. . . ¡Y Carolina, pues!

Le dice la Sra. Grebu:

—Yo no vuelvo en mí. ¡Es asombroso! Pero, ¿ustedes están libres para otro nuevo empleo?

Le dice Gribouille:

—Sí, señora; pero se requiere que el lugar sea bueno, que Carolina esté contenta, y que yo sea tratado bien.

* * *

Le dice la Sra. Grebu a Carolina:

—Carolina, yo te ofrezco mi casa. Yo busco una persona para remplazar la sirvienta que había tomado y que he despedido. Ella es perezosa, impertinente. Yo estaría encantada de tenerles a ustedes. Yo no pongo sino una sola condición: Es que usted se separe de Gribouille.

Le dice Carolina:

—Es imposible, señora. Yo me quedaré en mi casa con mi hermano. Si yo no puedo encontrar empleo con él, como me lo temo, entonces yo volveré a asumir mi oficio de costurera.

Le dice la señora Grebu un tanto molesta:

—Así, señorita, ¿usted rehúsa entrar a mi servicio?

Le dice Carolina:

—Yo estoy forzada a ello, señora, al no poder abandonar a mi hermano.

Le dice la Sra. Grebu, con la misma actitud:

—Está bien, señorita. Yo le deseo una buena tarde, señorita. Yo tengo que conversar con la Sra. Delmis; así que yo subo aunque ustedes no lo permitan, señorita.

* * *

—Usted no subirá —gritó Gribouille lanzándose delante de la Sra. Grebu que metió su pie sobre el primer escalón de la escalera—. Yo no quiero que usted haga que le regañen a mi hermana.

La Sra. Grebu empujó a Gribouille y quiso subir. Gribouille se lanzó sobre ella, la agarró por la cintura y la jaló hacia abajo no obstante su resistencia. En medio de la lucha la Sra. Grebu se enredó en su vestido y cayó, jalando a Gribouille.

La Sra. Grebu gritó. Gribouille quiso hacerla callar apretándole el cuello como había hecho con el loro, pero el cuello de la señora era de vastas proporciones para las manos de Gribouille.

Se aproximó Carolina y suplicó a su hermano que dejara a la Sra. Grebu.

—¡No, no! —gritó Gribouille—. Ella hará que te regañen. ¡Socorro! ¡Brigadier, socorro! —continuó diciendo al sentir que la Sra. Grebu se le escapaba—.

* * *

El brigadier, que salía de la oficina del alcalde, apareció en lo alto de la escalera.

Al ver que Gribouille retenía a la mujer de su vestido, que ésta buscaba escapársele, y que Carolina estaba como loca enlazando a Gribouille con sus brazos para favorecer la huída de la Sra. Grebu, él pensó que era necesario prestar mano fuerte a Gribouille. Y saltando hasta debajo de la escalera, él agarró a la Sra. Grebu so pretexto de levantarla y la reconoció inmediatamente.

—¿Es usted, señora? ¿Cómo ha ocurrido esto?

Le dice la Sra. Grebu, con furor:

—¡Yo voy a quejarme al alcalde de este muchacho malo! ¡Yo haré que te metan en la cárcel, mal payaso! ¡Yo te enviaré a las galeras!

Le dice Gribouille, con resolución:

—Diga una palabra y yo le cuento al señor y a la señora lo que usted había dicho cuando Carolina fue a entregarle su trabajo. Yo no he olvidado una sola palabra, y el señor me creerá. Y Carolina estará allí para apoyarme.

—¡Miserable! —gritó la Sra. Grebu, ahogándose de cólera.

Gribouille le responde, encantado:

—¡Miserable, tanto como usted lo quiera! Pero yo le considero de la misma manera, ¡eh, vieja!

La Sra. Grebu dice:

—Déjeme salir. Yo necesito tomar aire. Yo me ahogo. ¡Brigadier, deme el brazo, lléveme a mi casa.

La Sra. Grebu salió tomada del brazo del brigadier, todo sonriente. El comprendió de inmediato la escena que acababa de ocurrir, y al pasar les hizo un amigable gesto de adiós a Carolina y a Gribouille.

* * *

Tan pronto la Sra. Grebu se fue, Gribouille se puso a saltar y a hacer cabriolas en la cocina.

—¡Bien hecho! ¡Bien hecho! —cantaba—. ¡Le gané a esa vieja! ¡Y a las otras viejas también! “Tanto hablar de la noche”, dice el refrán. . . Esta vieja ha hablado demasiado.

Gribouille metió la nariz a la puerta y aumentó su risa:

—¡Ja, ja, ja! ¡El brigadier tiene bastante trabajo! ¡Toma! ¡Allá va ella que ha caído en sus brazos! ¡Ja, ja, ja! Ella lo ha hecho a propósito. Es la cólera lo que le ahoga. ¡Toma! ¡El brigadier se la lleva! ¡Uf, qué carga! ¡Pobre brigadier! ¡He allí que él la coloca sobre el suelo! ¡El se seca la frente! ¡Carolina, ven pues a ver! ¡La vieja Grebu está sentada sobre el suelo, y el pobre brigadier tiene un aire deplorable! ¡Ja, ja, ja! Ella se levanta; ella parte corriendo. El brigadier se ríe. ¡Qué aire de furia tiene ella! ¡Ven, pues, a ver, Carolina, ven pues!

* * *

Gribouille se dio la vuelta y al no ver que venía su hermana, se vio solo. Mientras Gribouille se entregaba a su gozo ruidoso, el Sr. Delmis, que había también escuchado el llamado de Gribouille y que no veía regresar al brigadier, se apareció ante la puerta de la cocina. Carolina junto las palmas de sus manos con aire suplicante haciéndole una señal para que no entrara. Ella temía que Gribouille en medio de su gozo no dijera algunas palabras hirientes para la Sra. Delmis o para sus amigas. Ella se apresuró a ir delante del Sr. Delmis que la condujo a su oficina.

Le dice el Sr. Delmis con inquietud:

—¿Podrás explicarme, Carolina, qué significa esto, lo que ocurre? ¿Por qué este escándalo en la cocina, estos gritos de Gribouille, la desaparición del brigadier, etc.? ¿A qué se debe esa palidez, y por qué tiemblas?

* * *

Le responde Carolina con un aire tembloroso:

—La Sra. Grebu ha querido entrar a la fuerza al cuarto de la señora que había prohibido su puerta. Gribouille ha querido detenerla. Ella se ha debatido, Gribouille ha gritado. Usted sabe que Gribouille no es. . . no es. . .

Le dice el señor Delmis, con bondad:

—Yo sé, yo sé, mi hija. ¿Y después?

—Después la Sra. Grebu ha estado un poco excitada. Entonces el brigadier le ha dado el brazo para acompañarla a su casa. Después el señor ha entrado.

Le dice el Sr. Delmis, sonriente:

—Quiere decir que porque ella ha sido presa de una cólera espantosa cuando se debatía contra Gribouille el brigadier la ha llevado. Pero, ¿cómo ha cedido ella ante Gribouille? ¿Cómo no ha subido a mi oficina para presentar una demanda?

Le dice Carolina:

—Es que. . . Es que. . . Yo no sabría decirlo al señor. Yo no me atrevería.

Le dice el Sr. Delmis:

—Atrévete, atrévete, hija mía. No tengas ningún temor. Lo que tú me digas no saldrá de aquí.

* * *

Carolina, asegurada por el aspecto de bondad del Sr. Delmis, le contó lo que ocurrió entre ella y la Sra. Grebu, y cómo Gribouille había tenido la habilidad de amenazarla de revelarlo para obtener su silencio.

El Sr. Delmis se ríe de buen corazón y promete aun a Carolina no hablar de ello ni a su señora ni a ninguna otra persona. Y añade:

—¿Y cómo le va a usted con mi mujer, mi pobre hija? ¿Ha recibido usted reproches por vuestro hermano?

Carolina le dice con una voz muy conmovida:

—La señora nos ha despedido, señor. Ella no puede soportar más a mi hermano.

—¡Despedirlos! —gritó el Sr. Delmis dando un salto de su sillón—. ¡Despedidos! ¡Pero esto es imposible! ¡Es intolerable! Yo no quiero que usted me deje, Carolina; ¡yo voy a hablar a mi mujer!

—Perdón —señor, dice Carolina deteniendo al Sr. Delmis—. Yo le agradezco muy sinceramente, sí, del fondo de mi corazón, por vuestra buena voluntad por nosotros. Pero le ruego a mi señor que considere que yo no puedo permanecer en la casa contra la voluntad de la señora. Eso no será bueno; eso sería faltar al señor como también a la señora. El señor comprenderá que la señora está al extremo de su paciencia por causa de Gribouille. Usted mismo, señor, usted ha perdido la paciencia hoy, porque no es posible ser más paciente, más fácil de lo que no lo está el señor. Escenas como la de este momento no son tolerables en una casa tranquila y honesta, y por tanto yo no puedo garantizar que tales no van a comenzar de nuevo, y peores todavía.

Le dice el Sr. Delmis:

—Pero, ¿qué será de ustedes, mi pobre hija? ¿Cómo, tú sola, ganarás el pan para dos?

Le dice Carolina:

—El señor no se inquiete por mi causa. Yo tengo confianza en Dios. El no me ha abandonado jamás. El me protegerá aún.

El señor Delmis le dice con tristeza:

—¿Se hace necesario entonces dejarles partir? Esta separación me da mucha tristeza. Yo os extrañaré siempre, incluso a este pobre Gribouille tan lleno de corazón y de abnegación a pesar de su imbecilidad. Si hubiera estado solo yo jamás me hubiera separado de ustedes. Pero. . . yo no estoy solo —añade con un suspiro— y no soy yo quien se ocupa de los detalles domésticos. Sepan ustedes que yo no les perderé de vista, hija mía, que yo conservaré siempre un gran afecto por ustedes y que ustedes tendrán siempre en mí un amigo sincero.

* * *

Carolina, demasiado emocionada para responder, se limita a besar las manos que le tendió su patrón. Ella dejó caer una lágrima allí y salió precipitadamente.

Al entrar en la cocina, ella se sienta, apoya su cabeza entre sus dos manos y reflexiona respecto de su futuro. Ella comprende que su posición será más buena que antes de su entrada en la casa de la Sra. Delmis. Ni la señora Delmis, ni la señora Grebu, que eran sus mejores clientas, no la harían trabajar. Podría ser incluso que le afectarían respecto de sus amigas que siempre le daban trabajos a hacer. Y si los encargos le faltasen, ¿qué haría ella para hacer vivir a su pobre hermano, incapaz de encontrar empleo sin ella.

“El buen Dios vendrá a mi socorro —se dice a sí misma—. El señor cura me dará un buen consejo. Podría ser que él me haga encontrar trabajo. El siempre me ha dicho que no pierda la confianza. Mi pobre madre siempre se animaba con la oración. Yo haré como ella, y como ella yo tendré la calma y la paz de corazón. A la espera, veamos lo que tengo de dinero y cuánto tiempo podrá durar.”

Carolina abrió una caja que estaba sobre una tabla, derramó el dinero que contenía y contó 165 francos; 100 francos por cuatro meses de sueldo y 65 que ella tenía al entrar a la casa de la Sra. Delmis. Y se dice: “Gastando 30 francos por mes para nuestra alimentación, y 10 francos para jabón, velas, especias, calzado, etc., podremos vivir durante cuatro meses. Yo ganaré bien otro tanto, lo que me dará aun cuatro meses adelante. ¡Esto está bien!”

* * *

Carolina guardó su dinero agradeciendo al buen Dios por haberle enviado este recurso con el cual ella no contaba antes. Gribouille entró poco después.

—Yo vengo de la casa del señor cura —le dice al entrar—. Yo le he contado lo que ha ocurrido. El ha suspirado, después se ha reído con un aire tan bueno y tan triste, que él me ha dado ganas de llorar. El me ha dicho que es necesario buscar obras. Yo he ido a pedirle a la Sra. Piron, que me ha hecho agonizar con sonseras. Después he ido a la Sra. Ledoux, que me ha lanzado una escoba entre las piernas. ¿A dónde ir ahora? Yo no sé.

Le dice Carolina:

—Mi buen Gribouille, esperemos a que hayamos salido de la casa de nuestros patronos. Nosotros volveremos a nuestra casa, y cuando hayamos limpiado y ordenado todo, nos iremos juntos a buscar ocupación, pero no de estas damas que no nos lo darán. Mientras tanto, ven a ayudarme y terminemos lo que tenemos que hacer.

* * *

Apenas acabaron su trabajo, Jorge y Emilia entraron corriendo.

—¡Carolina! ¡Gribouille! —gritaron ellos—, ¿es verdad que ustedes se van?

Les dice Carolina:

—Sí, señor y señorita. Desgraciadamente eso es cierto.

Les dice Emilia:

—¿Y por qué se van? Se necesita que se queden, que se queden siempre con nosotros. Jorge y yo estaremos desolados al no poderles ver.

Les dice Jorge:

—¡Oh, sí! ¡Mi buena Carolina! ¡Mi buen Gribouille, quédense! Yo le voy a decir a mi papá que los obligue a quedarse. El tendrá mucha tristeza; así le decía ayer al brigadier: “Si Carolina me deja la casa me parecerá muy triste; todo irá mal.” Y el brigadier ha respondido: “Ocurrirá lo mismo en todo lugar donde esté la señorita Carolina, señor alcalde. Uno no encuentra a menudo alguien como ella. Parece que el corazón ríe, tan sólo cuando se la mira. . .” Y mi papá se puso a reír y ha dicho: “Jamás dejaré que se vaya esta buena Carolina, a menos que sea por su felicidad.”

Le dice Emilia:

—Y como no es por vuestra felicidad sino porque mi mamá les obliga a ir, ustedes no se irán, Carolina. ¡Gribouille, dile pues a Carolina que se quede con nosotros!

Le dice Gribouille:

—En cuanto a esto, señorita, ella no me escuchará, y yo no se lo pediré.

Le dice Emilia:

—¿Por qué, pues?

Le responde Gribouille con dignidad:

—Ella no me escuchará, señorita, porque ella tiene más de espíritu y de buen sentido que usted y yo, y porque ella sabe mejor que yo lo que hay que hacer o no hacer. Yo no se lo pediré porque eso es contrario a mis gustos, a mis ideas y a mis principios, señorita. Porque yo tengo principios, señorita, y también ideas. Yo continúo: A mis principios, sí, señorita, a mis principios. No hay nada de qué reírse. . . Yo digo: A mis principios.

Le dice Emilia:

—Yo no me río, Gribouille. Yo te aseguro que yo no me río. . . Ni tampoco mi hermano —añade ella— volviendo la cara para mirar a su hermano, pero en realidad para ahogar sus ganas de reír.

Le dice Gribouille con solemnidad:

—¿Está bien seguro eso? ¡Hem, hem! Yo digo, pues, que es contrario a mis principios quedarme en una casa donde nada quieren de mí, junto a un patrón que ya no es mi amigo, al servicio de una mujer que nada tiene de buena y agradable, a las órdenes de niños que toman partido contra mí por un perverso loro mentiroso, ladrón, goloso y de mala lengua. He allí, señorita, tales son mis principios.

Le dice Emilia, con ironía:

—Yo te agradezco, Gribouille.

Le dice Carolina:

—La señorita quiera bien excusar a mi pobre hermano. Ciertamente, él no ha tenido la intención de ser desagradable.

Le dice Jorge:

—Pero él lo es sin quererlo. Yo espero que usted no piense como él, Carolina, y que usted le pedirá a mi papá que os conserve en la casa. El no pedirá algo mejor, yo se lo aseguro.

* * *

Carolina no respondió.

Los niños salieron para pedir a su padre lo que Carolina no pediría ella misma.

El Sr. Delmis les hizo comprender que al no querer Carolina separarse de Gribouille se hacía imposible imponerle a su madre un muchacho así de limitado, tan torpe y suficientemente maleducado como para luchar de viva fuerza contra las personas que la venían a ver.

Mientras tanto, la Sra. Grebu no perdía su tiempo. Ella iba a todas las personas que le habían dado trabajo a Carolina para contarles las pretendidas insolencias de las cuales ella había sido víctima.

—La Sra. Delmis ya no la puede retener, a pesar de su coquetería, su deseo de hacerse la joven, de parecer elegante, de eclipsarnos a todas nosotras con sus peinados, demasiado ridículos entre nosotras. Ella se ha visto obligada de poner a la puerta al hermano y a la hermana. Algunas veces ellos me han impedido entrar a la casa de la Sra. Delmis. Ellos me han tirado al suelo, me han apaleado y casi me han estrangulado. Si no hubiera sido por el socorro del brigadier de gendarmería que les ha empujado y me ha librado de ellos, ellos me habrían matado. El brigadier se ha visto obligado a conducirme hasta mi casa, temiendo tanto que yo fuese perseguido por ellos.

* * *

Le dice la Sra. Piret:

—Jamás yo hubiera creído que Carolina. . .

Le dice la Sra. Grebu:

—Querida, usted no sabe de lo que ella es capaz. Ellos son gente peligrosa. El señor alcalde ya se ha dado buena cuenta de ello. Es por eso que él no les quiere más en su casa.

Créeme, querida, no le demos más trabajos a esa mujer para forzarla abandonar la región con el cretino de su hermano.

Le dice la Sra. Piret:

—El pobre muchacho es medio idiota. Yo pensaba que era bueno y dulce.

Le dice la Sra. Grebu:

—¿Bueno? ¿Dulce? Perverso, mi querida, ¡perverso más de lo posible! ¡El acarreará desgracias, usted lo verá. El matará a alguien al llevarle el trabajo de su hermana.

Le dice la Sra. Piret, con espanto:

—¡Ay, Dios mío! ¡Cómo! ¿Usted lo cree? ¿Será capaz de eso?

Le dice la Sra. Grebu:

—El es capaz de todo, querida. ¿Escucha usted? ¡De todo!

* * *

Es así que la Sra. Grebu, yendo de puerta en puerta, logró quitarle a la pobre Carolina sus antiguas clientas, quitándole de este modo el medio de ganarse la vida.

De su costado, la Sra. Delmis salió para buscar una mujer que remplazara a Carolina. Fue en su gira de amiguitas que se enteró de la escena que acababa de ocurrir en su casa entre la Sra. Grebu y Gribouille. La irritación que ella concibió activó su búsqueda. Ella acabó por encontrar a corta distancia lo que necesitaba. Pero esta mujer no sabía hacer los vestidos y no tenía el talento, la habilidad y la buena voluntad de Carolina. Ella la contrató inmediatamente para comenzar su servicio desde el día siguiente.

La Sra. Grebu, que se encontró con la Sra. Delmis en la casa de una amiga y que le había ayudado en su búsqueda, triunfó de lo que ella creía ser una humillación para sus dos enemigos.

* * *

Cuando la Sra. Delmis volvió a casa, les anunció a Carolina y a Grebouille, de un tono muy enfurecido que acababa de enterarse de la escena escandalosa que ellos se habían permitido hacer a esta buena Sra. Grebu. Y que venía de buscar y de encontrar una sirvienta que entraría a trabajar en su casa al día siguiente, y que ellos pudieran hacer sus paquetes.

Carolina no respondió. Ella aceptó en silencio la acusación injusta de haber insultado e incluso apaleado a la Sra. Grebu. Pero Gribouille, al ver este silencio y adivinando el motivo generoso que le impedía a Carolina defenderse, se lanzó delante de la Sra. Delmis, que retrocedió con temor. El le dijo con una voz firme:

—¡Deténgase, señora! Escuche la justificación de mi hermana. Ella se calla por no acusarme. Ella es más generosa que usted, que acusa sin saber.

—¡Insolente! —gritó la Sra. Delmis—.

—Déjeme hablar —continuó Gribouille levantando la voz y empujando a su hermana que buscaba en vano hacerle callar— y no me impaciente, porque yo comienzo a irritarme de vuestras injusticias. Soy yo que he detenido a la Sra. Grebu para impedir que le molestara, porque usted había prohibido dejar entrar a nadie. Soy yo que le he tirado al suelo. . . Soy yo que le he rodado y le he apretado un poco. Carolina no la ha tocado. El brigadier no la ha librado; él se burlaba de ella. El la ha llevado contra su voluntad porque ella hacía melindres y pretendía no poder andar. ¡Usted dice que ella es vuestra amiga! ¡Yo

le digo que ella es vuestra enemiga y que ella habla mal de usted, que ella se ríe de vuestro arreglo personal, que ella ha querido llevarse a Carolina al pagarle más que usted. La Sra. Piron y la Sra. Ledoux han dicho otro tanto para llevársela. Usted queda advertida, y Carolina queda justificada. Nosotros estamos contentos de dejarla a usted, y si de inmediato, mejor. Nosotros no extrañaremos sino al señor que es bueno y que no es como usted. ¡El no se ocupa de su toilette, ni de sus dientes ni de su cabello!

—¡Impertinente! ¡Miserable! —gritó la Sra. Delmis, sin poder dominar su cólera—. Y lanzándose adelante, ella apartó a Gribouille con un puñetazo y subió la escalera.

* * *

Carolina le dice a Gribouille:

—¡Qué has hecho, Gribouille! ¡Tú la has exasperado!

Le dice Gribouille:

—¿Y qué importa? Yo le he dicho la verdad. Está bien que ella sepa lo que es ella y lo que son sus amigas.

Le dice Carolina:

—Pero ella nos va a hacer todo el mal posible. Ella me va a impedir de ganar de qué vivir.

Le dice Gribouille:

—¿Tú crees? ¿Será tan perversa como para hacer eso?

Le dice Carolina:

—Lamentablemente, yo lo creo así.

Carolina se dejó caer sobre una silla, y escondiendo su cara entre sus manos, ella oró. Ella invocó el socorro de Dios, de la santa Virgen y de los santos. Ella le pidió a Dios que le diera la fuerza y que le ahorrara el dolor cruel de ver a su hermano convertido en presa de las privaciones y de los sufrimientos.

18 EL ADIOS

Gribouille miraba a su hermana. El adivinó que ella sufría. El comprendió imperfectamente que él era la causa principal de su tristeza y de sus conflictos.

Sus ojos se humedecieron con las lágrimas. El buscó la manera de reparar el mal que había hecho. “Yo lo encontré” —pensó—. Y esquivándose sin ruido él se dirigió al cuarto del Sr. Delmis.

—¿Qué quieres, Gribouille? —dijo el Sr. Delmis al volverse ante el ruido de la puerta—.

—Carolina llora —dijo Gribouille en voz baja—. Sí, Carolina llora, y es por mi culpa. Yo vengo a rogarle, aunque usted ya no sea mi amigo, de venir a ayudarnos, a reparar lo que yo he hecho.

—¿Por qué dices tú que yo no soy más tu amigo? Yo lo soy y lo seré siempre —dijo el Sr. Delmis—.

Le dice Gribouille:

—No; usted ha sido débil una vez. Yo ya no cuento con usted.

—¡Débil! Gribouille, tú te olvidas. . . ¡Tú cuentas demasiado con mi amistad!

Le dice Gribouille:

—No, porque yo no cuento más. Usted ha sido débil cuando me ha abandonado en el incidente de Jacquot. En lugar de apoyarme, usted ha dicho: “Sal tú del problema como puedas. Yo no me meto más a arreglar tus tonterías.” ¿Y cómo hubiera podido salir del problema, siendo que fue usted el que metió la cabeza de Jacquot en la ratonera? ¿Qué podía haber hecho yo? Si usted no me hubiera aconsejado eso, yo habría arrojado a Jacquot al fondo del pozo de estiércol, y nadie hubiera sabido nada.

* * *

El Sr. Delmis, que se había calmado a medida que Gribouille hablaba, sonrió a estas últimas frases suyas, y retomando su aire de bondad, le dice:

—Todo eso no me explica por qué llora Carolina y lo que yo puedo hacer para consolarla.

Gribouille le contó lo que acababa de pasar con la Sra. Delmis y los temores de Carolina.

—El asunto es malo —dice el Sr. Delmis—, a mitad descontento del recuento de las palabras de Gribouille a la Sra. Delmis, y a mitad entristecido por los temores tan legítimos de Carolina.

—El asunto es malo —repite—. Yo no veo otro medio que Carolina busque trabajo de parte de nuevas personas. Yo no sé. . . Yo veré. . . Eso no será fácil. ¡Qué idea la de haberle hablado de dientes postizos a mi mujer!

—¡No, no! Yo no he hablado de dientes postizos. Yo lo olvidaba —gritó Gribouille—.

El Sr. Delmis no pudo impedir la carcajada.

—Déjame —dijo—. Yo pensaré en ello. Cuando yo vea al brigadier, conversaré con él acerca de esto.

—Eso estará muy bien —dijo Gribouille—. Precisamente, él le decía hace poco a Carolina que la protegería como a una hermana. Es bueno tener como protector un brigadier. Esto de hecho hace que le respeten.

—Ciertamente —dijo el Sr. Delmis riéndose—. Nosotros dos nos ocuparemos de vuestros asuntos, y espero que saldremos de esto con honor.

* * *

Gribouille salió encantado. El corrió hacia su hermana y le dijo que venía de conversar con el Sr. Delmis, y que él la protegería juntos con el brigadier.

—¡Con el brigadier! —gritó Carolina—. ¡Yo no quiero eso! Yo sabré bien salir de apuros sin él.

Le dice Gribouille:

—¡Toma! ¿Por qué? El brigadier no está viejo. El es joven como tú, y él tiene fuerza y razón.

Le dice Carolina:

—Yo no digo que no, Gribouille; pero es inútil. Yo no quiero eso.

Le dice Gribouille:

—Entonces, vé a decirle al señor, porque él le hablará. Así me ha dicho.

Le dice Carolina:

—Yo no le diré nada al señor, porque nosotros nos vamos mañana. Y si yo no encuentro posible vivir aquí contigo, nosotros nos iremos a la provincia de mi mamá.

Le dice Gribouille:

—Como tú quieras; yo te seguiré a todo lugar.

* * *

La jornada se termina tristemente. La Sra. Delmis se sentía incómoda ante la actitud seria, casi descontenta de su marido. Sólo los niños conversaban, pero ellos también estaban preocupados de la partida de Carolina y de Gribouille. Nadie, con excepción de la Sra. Delmis, sabía que la separación debía tener lugar al día siguiente, y los chicos planeaban un paseo en la campiña en compañía de Gribouille.

Hacia el final de la tarde entró Gribouille, y sin hablar le entrega al Sr. Delmis un paquete de llaves.

Le dice el Sr. Delmis:

—¿Por qué me entregas estas llaves? ¿Qué quieres que yo haga con ellas?

Le responde Gribouille:

—Yo se las entrego, señor, porque son tuyas, y yo quiero que usted las guarde, puesto que son tuyas.

Le dice el Sr. Delmis:

—Pero es Carolina que debe guardarlas.

Le dice Gribouille:

—Debía guardarlas Carolina, señor, pero ya no más es ella, porque nosotros partimos mañana por la mañana.

—¡Mañana! —grita el Sr. Delmis levantándose precipitadamente—. ¡Esto es imposible! Uno no se va así como así. Carolina no es capaz de semejante proceder.

Le dice Gribouille:

—El señor tiene razón. Carolina no es capaz de semejante proceder. Es la señora la que nos hace partir como si nosotros fuésemos ladrones. Ya no será siempre sus vestidos los que uno entregará; ¡vestidos que le van bien!

* * *

Gribouille se puso a reír. Y el Sr. Delmis, no obstante su contrariedad, reprime a medias una sonrisa.

Los niños estaban consternados.

La Sra. Delmis estaba fuertemente avergonzada y le dice:

—Mi amigo, he creído que es mi deber buscar de inmediato alguien. . . Gribouille es un grosero. . . Uno no puede exponer a las personas que vienen a nuestra casa. . . a. . . las deshonestidades. . . a los golpes de este imbécil. . . Tú sabes cuán susceptible es Carolina. . . Ella no ha querido. . . ella ha querido. . .

Le dice el Sr. Delmis:

—Ella no ha querido soportar vuestro mal genio, y ella ha querido rehuírlo lo más pronto posible. Yo la comprendo y yo la apruebo. Gribouille, mi amigo vé a buscar a tu hermana. Es necesario que yo le hable. Tráela a mi oficina.

Gribouille partió corriendo. Dos minutos después él llevó a Carolina a la oficina donde le esperaba el Sr. Delmis.

* * *

Le dice el Sr. Delmis:

—Es mañana que tú te vas, mi querida hija. . . Por afecto y por el interés que tengo en ti yo no busco retenerte. Yo te prometo una vez más velar por ti y protegerte con todo mi poder. Pero yo no te dejaré partir sin darte un testimonio de satisfacción y de amistad. Yo añadido al sueldo que tú has recibido una pequeña suma que les ayudará a vivir mientras esperan que les lleguen obras. Adiós mi querida hija, adiós. Que Dios te bendiga y te proteja, así como a tu pobre hermano. Yo iré a verles en tu casa.

—¡Señor! ¡Oh, gracias! ¡Cien veces gracias por vuestra bondad! —dijo Carolina cubriéndose la cara con su pañuelo—.

Ella se retiró precipitadamente para esconder sus lágrimas. Ella no pensaba tomar el pequeño paquete que le presentaba el Sr. Delmis.

—Toma, Gribouille —dice él con una voz conmovida—. Toma esto, tú se lo darás a tu hermana.

Le dice Gribouille:

—Sí, señor. Yo se lo agradezco mucho al señor. Yo le ruego señor que nos lamente y que preste atención a las personas que nos remplazarán y que no harán jamás tan bien como nosotros. El señor puede bien contar con esto. Yo estoy apenado por el señor aunque no sea mi amigo. Pero me siento liberado respecto de la señora, que no es de hecho buena. Estas damas tenían razón: La señora es una mala patrona; pero que el señor no se

atormente, porque él no lo puede impedir. Adiós, señor, yo le saludo, señor. Yo siento mucho dejar al señor, a pesar de que el señor le haya dado la razón a Jacquot contra mí.

El Sr. Delmis le tendió la mano.

—Adiós, mi amigo —le dijo—.

—¿Mi amigo? Pues bien, ¡sí! ¡Mi amigo! Yo lo quiero así; yo olvido todo; yo lo perdono todo. Yo volveré a ser vuestro amigo y yo seré vuestro amigo. Adiós.

19 UNA TRAGEDIA CAMINO A CASA

Gribouille salió después de haber sacudido fuertemente la mano del Sr. Delmis, que no pudo impedir de sonreír de esta última ingenuidad de Gribouille.

El volvió a descender a la cocina donde encontró que Carolina lloraba con lágrimas calientes.

—No llores, Carolina —le dice Gribouille al entrar—. No llores más. Todo se ha arreglado.

Carolina levanta la cabeza, y Gribouille le dice:

—Sí, todo está arreglado. Yo le he perdonado al señor; yo soy de nuevo su amigo y él ha vuelto a ser mi amigo. El vendrá a verme, y tú verás que seremos muy felices. Por ahora, terminemos de hacer nuestros paquetes. ¿Quieres que yo lleve el más pesado esta noche?

Le dice Carolina:

—Eso es lo que quiero. Haz como tú quieras —respondió Carolina con una voz triste—.

Le dice Gribouille:

—Carolina, Carolina, ¿por qué esta tristeza? El señor es bueno; eso es cierto. Pero la señora es mala y agobia. El señor vendrá a vernos; él lo ha dicho. También vendrá el brigadier; esto es algo seguro. ¡Oh! Basta de mover la cabeza. Yo digo que él vendrá, porque él te ha dicho que él te amará como a una hermana. ¿Acaso podré yo vivir sin verte, yo que soy tu hermano? Tú ríes ahora; ¡en buena hora! Muéstrame lo que yo debo llevar.

* * *

Carolina, distraída por el lenguaraz de su hermano, le ayuda a arreglar en un paquete sus sábanas y su ropa.

El cargó el bulto sobre su espalda y partió valientemente a pesar de la oscuridad. El no se dio cuenta que era seguido por un hombre y una mujer que se ocultaban bajo la sombra de un muro cuando él cerró la puerta, y que se aproximaban insensiblemente a él esforzándose por no hacer ningún ruido.

Cuando él estaba cerca de su casa, la única herencia que les había dejado su madre, él sintió que lo tomaban bruscamente por atrás, y antes de que tuviera tiempo para gritar o para defenderse, él fue lanzado con la cara contra el suelo, sostenido fuertemente por manos vigorosas, y fue despojado de su bulto.

Cuando él pudo gritar y levantarse él no vio más que dos sombras que se escapaban. En una de las sombras él creyó reconocer a una mujer de la talla y del contorno de Rose.

* * *

Asustado, temblando, él volvió a la casa del Sr. Delmis.

Carolina fue golpeada a causa de su palidez. Sus dientes se chocaban. Él no pudo responder a sus preguntas sino después que ella le hubo dado a beber un vaso de agua. Entonces él pudo referir el robo del cual había sido víctima.

Carolina estuvo más desolada a causa de la agitación de su hermano que de la pérdida irreparable que les ocasionaba este robo. El bulto contenía su mejor ropa y todas sus sábanas y toallas.

—Es necesario contarles todo a nuestros amigos —dijo Gribouille—. Ellos encontrarán a los ladrones; ¡ellos son muy hábiles!

Le dice Carolina:

—Al señor solamente; él es el alcalde y el que da las órdenes.

Le dice Gribouille:

—Pues bien, yo voy allí. ¿Vienes tú conmigo?

Le dice Carolina:

—No. Yo tengo que terminar el vestido de la señora; todavía falta una hora de trabajo.

Le dice Gribouille:

—Tú eres muy buena al hacerte tanto daño por esta mujer. Entonces yo voy solo, para contarle todo al señor.

* * *

Algunos instantes después el Sr. Delmis escucha que golpean la puerta.

—Entra —dijo—. ¡Toma! ¡Eres tú, Gribouille! ¿Por qué casualidad? ¿Qué te ha sucedido? Tú estás totalmente empolvado. . . ¡Cuán pálido estás! ¿Qué tienes mi pobre muchacho?

Le dice Gribouille:

—Yo no tengo nada, señor. Me han robado todo. Ya no tengo mi hermoso pantalón, mi corbata. . . Carolina ya no tiene sus lindos vestidos ni sus zapatos. ¡Nada, nada! Me han robado todo.

Le dice el Sr. Delmis:

—¿Quién te los ha robado?

Le dice Gribouille:

—Eso es lo que no sé, señor. Eran un hombre y una mujer. . . Yo creo bastante que era la Srta. Rose; tenía la misma cara.

Le dice el Sr. Delmis:

—¿Cómo te han podido robar dentro de la casa?

Le responde:

—¡Ah, señor! Es que no fue dentro de la casa. El señor sabe bien que nosotros hemos sido corridos. . . Sí, sí, señor, corridos. Cuando se les hace partir a la gente en un día, eso se llama ser corridos. Yo le ruego al señor que no me interrumpa, sin lo cual yo no terminaré jamás.

Le dice el Sr. Delmis:

—Yo no te interrumpo. Yo no digo nada.

Le dice Gribouille:

—El señor no dice nada, pero él hace gestos que hablan. Yo sé bien lo que el señor quiere decir: ¡Gribouille es una bestia! ¡Gribouille me cansa!

Le dice el Sr. Delmis:

—Pues no, pues no. Habla, pues. . .

* * *

Le dice Gribouille:

—Pues que la señora nos ha corrido. Bueno, el señor no se mueve. Yo continúo. Debimos llevar nuestras cosas. Carolina lloraba que me partía el corazón. Yo he querido distraerla. Yo le he propuesto hacer un paquete, que yo llevaría de inmediato. Ella lo hizo, y eso la distrajo. Ella sonreía. Yo salí, y ya era de noche. Yo camino, yo avanzo y siento un peso de mil libras sobre mi espalda y caí. En un minuto se fue el peso y mi paquete también. Yo tenía la cara dentro del polvo. Yo me sacudo, yo miro. De un costado de la colina del molino yo veo un hombre y una mujer que corren; yo creí reconocer a la Srta. Rose. Yo quise correr detrás de ellos, pero me pareció mejor volver, pues los ladrones siempre es algo malo. Yo entro, le cuento a Carolina lo que estoy contándole al señor. Eso es todo.

Le dice el Sr. Delmis:

—Tú has hecho bien al venir a hablarme de todo tras lo ocurrido. ¡Eso es grave! ¿Un robo por dos, en plena vía pública. Yo te llevo al despacho del brigadier. Tú le contarás cómo han ocurrido las cosas, y yo le daré las órdenes para hacer las investigaciones.

Le dice Gribouille:

—Sí, señor. Yo le sigo. Con usted yo no tendré temor. Solo, yo no hubiera gustado pasearme por las calles después de lo que me ha ocurrido.

* * *

El Sr. Delmis salió con Gribouille después de haber prevenido a Carolina para que no se asustara por una larga ausencia.

Le dice Gribouille:

—¿Por qué piensa el señor que podríamos estar ausentes por largo tiempo? ¿Es que el señor va a correr tras los ladrones? El señor no ignora que los ladrones tienen armas.

Le dice el Sr. Delmis:

—No, tranquilízate, muchacho mío. Nosotros no correremos tras ellos. Pero el proceso verbal tomará tiempo en ser redactado y podría ser que me sea necesario esperar el retorno de los gendarmes que se ha de enviar en busca de los ladrones.

Le dice Gribouille:

—Yo comprendo; el señor no se expondrá. El enviará a los buenos gendarmes para recibir los golpes.

Le dice el Sr. Delmis, sonriendo:

—Yo espero que ellos no los recibirán, sino que ellos los darán. Por otro lado, lo que yo he dicho es más para tranquilizar a Carolina que por otra cosa.

* * *

Conversando de estas cosas ellos llegaron a la puerta del brigadier. El Sr. Delmis golpea. El brigadier viene a abrir y quedó muy asombrado de ver al alcalde acompañado de Gribouille.

—Yo le necesito, brigadier, dice el Sr. Delmis al entrar.

Le dice el brigadier:

—¿Y por qué el señor alcalde se ha dado la molestia de venir él mismo? Mi buen amigo que está aquí presente —añade pasando amigablemente la mano sobre la cabeza de Gribouille—, hubiera venido a buscarme. Yo hubiera evitado la travesía al señor alcalde.

Le dice el Sr. Delmis:

—Es que vuestro joven amigo no se hubiera atrevido a salir solo. ¡Oh! Yo sé que él es valeroso de costumbre, pero él ha sido robado no lejos de aquí y viene a hacer su denuncia.

* * *

Le dice el brigadier:

—¿Robado? ¿De qué, pues, mi pobre Gribouille, y por quién?

Le dice Gribouille:

—¿De qué? De todas mis cosas y de las de Carolina que yo llevaba sobre mis espaldas a nuestra casa. Fue por distraer a Carolina, que lloraba, y además, como yo le he dicho al señor, un peso de mil libras me ha caído encima de mis espaldas, me ha hecho caer sobre mi nariz, y después todo se fue: El peso y el paquete.

Le dice el brigadier:

—¿Has reconocido a alguien?

Le dice Gribouille:

—Yo he visto dos personas que se escapaban, un hombre y una mujer, por el costado de la colina del molino.

—¡Ah! ¡Ah! ¡La colina del molino! —dijo el brigadier con una actitud pensativa, acariciando su mostacho—. ¿Y has reconocido a la mujer?

Le dice Gribouille:

—Yo he creído reconocer a la Srta. Rose. Pero hay que decir que yo no estoy seguro. Se hacía oscuro, ella corría rápidamente. Yo tenía los ojos llenos de polvo y me lagrimeaban.

* * *

El brigadier dice, muy pensativo:

—¿La Srta. Rose? ¡Será ella! ¡Se trata de ella. . . que está con Michel!

Le dice el Sr. Delmis:

—¿Es que usted tiene alguna idea acerca de Rose y Michel?

Le dice el brigadier:

—Michel está viviendo por allí, señor. El conocía a Rose desde hace mucho tiempo y él debía desposarla. El señor alcalde sabe que Michel es un mal sujeto que ya ha gustado la prisión por robo. Rose va a menudo a su escondite. Ella le lleva paquetes de no sé qué que ella va a vender al por menor. Y yo no estaré asombrado si hacemos una visita a Michel.

Le dice el Sr. Delmis:

—Porque ella estaría allí, ¿no es cierto?

Le dice el brigadier:

—Sí, señor alcalde. Pero nosotros no podemos hacer visitas de noche sin una orden.

Le dice el Sr. Delmis:

—Es por eso que he venido, brigadier. Deme un papel timbrado.

* * *

El Sr. Delmis firmó inmediatamente una orden de búsqueda de objetos robados en el escondite de Michel.

—Tenga —le dice—. Envíe dos de tus hombres. Ellos harán el asunto.

Le dice el brigadier:

—Perdón, señor alcalde, yo prefiero ir allá yo mismo. Basta que sea por la Srta. Carolina y por mi amigo Gribouille —añadió tendiéndole la mano—, porque yo no confío este asunto a ningún otro que a mí mismo.

El brigadier se ciñó su sable, puso unas pistoletas en su cinto, se cubrió de un manto, llamó a uno de sus gendarmes que hizo como su jefe, y los dos partieron y se dirigieron sin ruido hacia la colina del molino.

* * *

Al aproximarse a la casa donde habitaba este Miguel, antiguo doméstico del conde de Trenilly y que había sido corrido por mala conducta y pereza, los gendarmes redoblaron las precauciones para ver y escuchar sin ser vistos ni escuchados. Ellos hicieron, a paso de lobo, una vuelta a la casa sin descubrir alguna luz.

El brigadier, al pasar cerca de una escalera parada junto a la ventana de un granero, levantó la mirada y vislumbró un pequeño resplandor que aclaraba el granero.

Haciendo una señal a su camarada, ellos tomaron la escalera y la hicieron recostar sobre el suelo. Después ellos se acurrucaron contra un rincón de la casa que se encontraba en plena oscuridad. Ellos no tardaron en escuchar un ligero ruido. Un hombre se aproximó al tragaluz del granero, buscó ver, y al no distinguir nada, al no escuchar nada, llamó con precaución y con voz baja:

—¡Rose, Rose! ¿dónde estás? ¿Por qué has quitado la escalera?

Rose, porque era ella a quien llamaban, entreabrió la puerta de la casa y respondió igualmente en voz baja:

—¿Por qué llamas? ¿Qué es lo que quieres?

Le dice Michel:

—Porque yo te digo que la escalera no está en su sitio.

“¡Pilla! —añade él hablándose a sí mismo—; tú me las pagarás.”

* * *

Rose abrió la puerta del todo, salió y llegó a tientas al lugar donde estaba la escalera. Al no encontrarla, ella dio unos pasos y se tropezó con ella.

Le dice Rose:

—Allí está. Ella está echada.

Le dice Michel, con un tono brusco:

—Ponla de nuevo al tragaluz.

Rose levantó la escalera y la volvió a parar para que Michel pudiese descender.

Cuando él tocó tierra, tomó a Rose por el brazo y se puso a administrarle una paliza de golpes con un palo que tenía a la mano. Al comienzo ella se limitó a gemidos y a súplicas, pero a medida que él redoblaba sus golpes, con la cólera que aumentaba la violencia, ella dejó escapar algunos gritos, al comienzo contenidos, y después taladrantes y horribles.

—¡Pilla! —gritaba él—, tú quieres que me apresen. ¡Te vas a callar, vieja llorona!

* * *

El brigadier, juzgando la corrección demasiado fuerte, y temiendo por la vida de Rose, se lanzó de su escondite. Antes de prender a Michel a quien había visto y reconocido, éste le asestó un último golpe a la cabeza de Rose, gritando:

—¡Pícaro, tú me has vendido!

Rose cayó sin movimiento. Y el brigadier, ayudado por su camarada, se asió de Michel y en menos de un minuto le amarró sólidamente.

El gendarme subió al granero, por orden del brigadier, y trajo una linterna de luz tenue.

—Enciende una vela dentro de la casa —le dice el brigadier—. Transportemos esta mujer a un colchón, si es que hay uno. En cuanto al hombre, él está bien amarrado. Le podemos dejar aquí hasta que hayamos acabado el inventario, que no será largo.

* * *

El brigadier levantó a Rose que no dio otra señal de vida que unos ligeros movimientos convulsivos. El la colocó sobre un lecho que se encontraba en un rincón y se puso a hacer la búsqueda en la casa. No encontraron nada en el cuarto donde estaba Rose, pero en la cabina al costado, en los armarios, y sobre todo en el granero descubrieron una gran cantidad de objetos de toda clase. El paquete de Gribouille todavía no había sido deshecho. Sólo lo habían desanudado y abierto; todos los objetos están allí. El brigadier reconoció la ropa que le había visto vestir a Carolina y a Gribouille, pero no quiso tocar nada antes que el robo fuera bien constatado.

—Se requiere ir a buscar refuerzos para llevar a Michel y a Rose —dijo el brigadier—. Tráeme a Bourdon contigo.

El gendarme se fue. El brigadier se quedó para guardar a los prisioneros. Uno estaba atado, la otra estaba medio desmayada. No había ningún temor que se escaparan.

El brigadier se paseaba de un lado a otro a la espera de sus camaradas. El tenía un aspecto preocupado. El caminaba ya sea rápidamente, ya sea lentamente. Se detenía y se hablaba a sí mismo. Por fin, su agitación se calmó y dijo: “Yo consultaré al señor alcalde;

él es un hombre de buen consejo. Yo haré lo que él me diga. El ama a estos pobres huérfanos; él me ayudará.”

* * *

Los gendarmes llegaron. Hicieron una camilla para llevar a Rose. Luego fueron a Michel para desamarrarle las piernas. ¡Cuál fue su sorpresa al no encontrarle!

Mientras el brigadier se paseaba de arriba abajo, Michel había desgastado la cuerda que ataba sus manos al frotarla contra el ángulo del muro. Una vez que sus manos estaban libres, él había fácilmente desamarrado las cuerdas que ligaban sus piernas. Luego, arrastrándose sobre su vientre fue a dar a parar a cierta distancia de la casa. Se levantó y se puso a caminar lentamente, y después corrió hasta que estuvo fuera de alcance.

Postergando la persecución hasta el día siguiente, volvieron a Rose, la llevaron y la hicieron recostar en un cuarto que estaba delante de la prisión. Hicieron venir a un médico que juzgó su estado como muy grave. El golpe sobre su cabeza era lo más inquietante. Y al desvestirla encontraron su cuerpo cubierto de cicatrices, muchas de hacía tiempo. Esto probaba que ella había recibido más de una corrección de su cómplice que se había convertido en su tirano.

* * *

El Sr. Delmis y Gribouilles volvieron a la prisión.

Al día siguiente, después de la primera comida y la instalación de la nueva sirvienta. Carolina y Gribouille juntaron el resto de sus pertenencias y salieron para habitar en su casa que ellos no debieron dejar jamás.

Ellos se habían despedido, y recibieron el adiós de la familia, que fue fuertemente afectuoso por parte de los chicos, muy emotivos de parte del Sr. Delmis y muy fríos de parte de la Sra. Delmis.

Carolina partió tristemente. Gribouille la miraba sin cesar y buscaba distraerle contándole lo que había ocurrido en la víspera entre él, el Sr. Delmis y el brigadier.

Carolina sonreía, apretaba la mano de Gribouille, pero continuaba reflexionando sobre su penosa situación.

20 DE NUEVO EN CASA

Al llegar a su casa, Carolina se sintió muy conmovida por el recuerdo de su madre. Ella encontró con ternura los objetos que le habían servido, la cama sobre la cual su madre había entregado su último suspiro. Mientras tanto, Gribouille retomó sus antiguos movimientos, ponía todo en orden, vertía el agua en las jarras, preparaba el fuego y se inquietaba al no encontrar ni leche, ni sal, ni azúcar, ni mantequilla, etc.

Carolina, retomando también sus previas costumbres se hallaba arrodillada junto al lecho de su madre y oraba con fervor. Ella imploraba el socorro de Nuestro Señor, de su santa Madre. Ella pedía a su madre que la protegiera y que velase sobre ella y sobre su hermano.

“¡Pobre hermano! —decía ella—. ¿Qué puedo hacer con él? El hará que me despidan de todo lugar. El se granjeará querellas y enemigos en todo lugar.”

Ella lloraba, pero sus lágrimas no eran amargas. La esperanza llenaba su corazón. Mientras ella oraba, no había entendido que la puerta se abría.

Dos hombres se quedaron inmóviles contemplándola con ternura.

Un grito de Gribouille que entró por una puerta trasera con una brazada de leña le hizo volver la cara a Carolina.

Ella vio al Sr. Delmis y al brigadier, y levantándose lentamente y se acercó a ellos.

El Sr. Delmis le apretó la mano, mientras que el brigadier le tomó la otra mano que él apretó amigablemente.

* * *

Le dijo el brigadier:

—Señorita Carolina, yo vengo con el señor alcalde por el asunto del robo de ayer y también para renovar mis ofrecimientos de servicio y para pedirle la gracia de no privarse y de tratarme sin ceremonia, cada vez que usted lo necesite.

Le dice el Sr. Delmis:

—Yo diré como el brigadier, mi querida hija. Vamos a hablar del robo de ayer, pero antes yo también quiero hacer mis ofrecimientos de servicio. Si usted experimenta molestia, vergüenza, no olvide que yo estoy allí, encantado de venir en su ayuda.

Carolina responde con ternura:

—Gracias señor, gracias señor brigadier. Yo estoy muy, muy agradecida. Yo estoy feliz gracias a vosotros dos. Realmente feliz del buen socorro que me envía el buen Dios.

Interviene Gribouille:

—¿Y a mí nadie me dice nada? ¿Me olvidan pues?

Le dice el brigadier:

—No soy yo quien te olvide jamás, mi buen Gribouille, mi amigo —añade el brigadier sonriendo y tendiéndole una mano que Gribouille aprieta fuertemente—.

* * *

Le dice Gribouille al Sr. Delmis:

—Y usted, señor, ¿es usted mi amigo?

Le dice el Sr. Delmis:

—¡Así lo creo, por Dios, que yo soy tu amigo; en la vida y en la muerte.

Le dice Gribouille:

—¡Toma! Esto es chistoso, ¿usted también como el brigadier? Esto es chistoso. . . ¡En la muerte! ¿Acaso yo voy a morir?

Le dice el Sr. Delmis:

—No, tú no vas a morir. ¿Por qué tendrías que morir? No te atormentes con estas malas ideas.

Le dice Gribouille:

—¡Malas! ¿Por qué malas? Yo las hallo buenas. A mí me gustaría mucho morir.

—¡Gribouille! —le dice Carolina con aire de reproche— ¿Tú quieres entonces abandonarme?

Le dice Gribouille:

—No, pero yo quisiera morir para ir a esperarte al lado de la mamá. Eso no será por mucho tiempo; tú vendrás a reunirse con nosotros. Morir no es algo triste; ¿te acuerdas cómo mamá tenía un aire dulce y contento después que ella estaba muerta? Además, mira tú, Carolina; yo tengo miedo de que la mamá esté molesta contra mí.

Le dice Carolina:

—¿Molesta? ¿Por qué?

Le responde:

—Porque tú sabes bien. . . este perverso Jacquot. . . El está muerto. . . El está con la mamá. . . El dice que soy yo el que le ha matado. . . El dice toda clase de perversidades. . . Tú sabes cómo es de mentiroso y perverso. Entonces, tú ves. . . Yo quisiera decirle a la mamá que Jacquot es un mentiroso. . .

* * *

—¡Pobre hermano! ¡Pobre hermano! —repite Carolina con tristeza—. Quédate tranquilo, Gribouille: Jacquot no está con la mamá.

Le dice Gribouille:

—¿Por qué? Si él está muerto. . .

Le dice Carolina:

—Porque él era un animal, y los animales no están en el cielo con los hombres.

Le dice Gribouille:

—Con los hombres, no; ¿pero con las mujeres?

—Con las mujeres tampoco, tonto —dice el Sr. Delmis riendo—. Acaba, pues, con los muertos y con tu Jacquot. Nosotros perdemos nuestro tiempo escuchando tonterías.

Y añade:

—Carolina, se requiere que vengas con nosotros a reconocer tus pertenencias entre los objetos robados que el brigadier ha encontrado en poder de Michel.

—¡Encontrados! ¿Ya? —grita Carolina con alegría—. ¡Qué servicio ustedes nos prestan, a Gribouille y a mí. Nosotros no tenemos más que la ropa que tenemos sobre nuestras espaldas.

El brigadier le dice:

—Yo estoy muy feliz de haber tenido éxito esta vez, señorita Carolina.

* * *

Gribouille, encantado de recuperar sus bellos trajes, pide permiso para acompañar a su hermana, lo que le fue concedido sin pena. Ellos no tardaron en llegar a la choza de Michel; un gendarme la guardaba por temor de que no le entrara la fantasía a Michel de volver en busca de los efectos, y sobre todo de una bolsa de dinero que el brigadier había encontrado sobre la piedra del lavadero. Nada había sido desplazado.

El Sr. Delmis, Carolina, el brigadier y Gribouille subieron al granero donde había sido puesto el paquete de Gribouille.

—¡Aytá! ¡Aytá! —gritó Gribouille al entrar—, mi traje dominguero, mis pantalones, mis chalecos, los vestidos de Carolina, nuestras sábanas, mi catecismo y todo lo demás. Todo está conforme, mira Carolina.

—Sí, todo está conforme —dice Carolina al examinar el contenido del paquete—. El ladrón no ha apartado nada.

Le dice el brigadier:

—Yo no le he dado mucho tiempo, señorita Carolina. Tan pronto como el señor alcalde y Gribouille me han hecho su denuncia yo partí con el camarada Prevot. Nosotros hemos venido directamente acá y atrapamos a los ladrones.

Le pregunta Carolina:

—¿Entonces ellos eran muchos?

Le responde:

—Solamente dos. El otro es una mujer, Rose, la mucama del señor alcalde.

Exclama Carolina:

—¡Rose! ¡Ladrona! ¡Oh Dios mío! ¿Es posible? ¡Pobre Rose!

Le responde el brigadier:

—En efecto, pobre Rose. Yo no sé si ella recuperará el conocimiento. Ella tiene la cabeza herida y todo su cuerpo también. Ella era la aliada de este mal sujeto, Michel. Ella quería casarse a como dé lugar, y él la explotaba, él le enseñaba a robar y después la golpeaba por lo que parece, porque ella lleva las huellas.

Le dice Carolina:

—¿Dónde está ella, esta pobre Rose? ¿No podría verla?

Le dice el brigadier:

—Ella está con nosotros en la prisión de la gendarmería, pero una mala mujer como Rose no es digna de recibir a una persona como usted, señorita Carolina.

Le dice Carolina:

—Pueda ser que yo la pueda consolar y darle mejores sentimientos, guiarla a que se arrepienta de sus faltas. Yo le ruego, señor brigadier, permítame verla.

Le dice el brigadier:

—Todo lo que usted quiera y cuando lo quiera, señorita Carolina. Véala si el corazón se lo dice.

Le dice Carolina:

—Gracias, señor brigadier. Gracias; usted es muy bueno.

Le dice el brigadier:

—Muy feliz de satisfacerla, señorita.

* * *

El alcalde y el brigadier, habiendo hecho su proceso verbal en lo que se refiere a las pertenencias de Carolina y de Gribouille, el alcalde les da el permiso de llevárselas. Gribouille cargó el paquete sobre su espalda. El no quiso ser ayudado por nadie y caminó alegremente hacia la casa, escoltado por el alcalde, el brigadier y Carolina.

Se separaron en la puerta. Carolina y Gribouille entraron en su casa. El alcalde y el brigadier retomaron su camino a sus respectivos lugares.

—¡Ah! —dijo Gribouille— al bajar su paquete. Ahora vamos a ocuparnos de la cena, ¿verdad, Carolina? Para empezar, nosotros no tenemos nada.

Le dice Carolina:

—Yo voy a comprar lo que nos falta. Tú vienes conmigo, Gribouille y traerás todo aquí, mientras que yo me detendré en la prisión para ver a la pobre Rose.

Le dice Gribouille:

—¡Eso es! ¡Eso será muy divertido! ¡Toma!, hermana mía. ¿Sabes qué? Yo estoy muy contento de estar en nuestra casa. ¡Y tú también, yo apuesto! Tú ríes. . . ¡Qué bueno! Tú estás contenta. ¡Nosotros vamos a ser muy felices! Tú trabajarás, yo me encargo de los quehaceres domésticos. En la noche nos pasaremos, nuestros amigos vendrán a vernos, y nos la pasaremos conversando.

* * *

Le dice Carolina, muy alegre:

—¡Ta, ta, ta, cómo te vas! Tú arreglas todo esto como si nosotros no tuviéramos más que divertirnos. Para empezar, yo no tengo trabajo.

Le dice Gribouille:

—¡Ba, tú lo tendrás! El brigadier hará que lo tengas. El Sr. Delmis me ha dicho.

Carolina le dice, un tanto asombrada:

—¿El señor te ha dicho eso?

Le dice Gribouille:

—Sí, él me lo ha dicho, porque el brigadier conoce mucha gente y él nos ama, y estará muy contento de complacernos. Tú no ves nada. Yo lo veo todo. Y yo veo, yo sé que el señor y el brigadier son nuestros verdaderos amigos. ¡Un alcalde y un brigadier, qué gentil es esto! Tú ves, pues, que tú tendrás trabajo.

Le dice Carolina:

—¡Dios lo quiera! Una no debe sentirse tan segura cuando tiene un hermano que sostener. Yo aceptaré de buen corazón.

Le dice Gribouille:

—¡Y tú harás bien! En lo que a mí respecta, yo aceptaré todo. ¡Oh! Pero todo: Pan, jamón, queso, café, no importa qué. ¡Todo lo que se come!

Le dice Carolina:

—¡Pero no dinero, Gribouille, no dinero!

Le dice Gribouille:

—¡Por mi madre, yo no sé nada! Eso depende. Si yo no tengo necesidad de ello, yo no lo aceptaré. Pero si tengo necesidad yo creo que sí. Yo estoy seguro que iré a pedirseolo al señor.

Le dice Carolina:

—Al señor, lo veo bien; pero no a otros, Gribouille, no a otros. Y no se lo pidas al señor sin hablar conmigo de ello.

Le dice Gribouille:

—¿Y si tú no me dices hasta cuándo tendrás más de ello?

Le dice Carolina:

—Yo te lo diré; yo te lo prometo. Yo tengo todavía bastante.

Le dice Gribouille:

—¿Cuánto tienes?

Le responde:

—200 francos que me ha dado el señor, y 160 francos que yo tenía.

Le dice Gribouille:

—¿A cuánto asciende eso?

Le responde:

—A 360 francos.

—¡Nosotros somos ricos! ¡Somos ricos! —grita Gribouille saltando—. Vamos al mercado y compremos las cositas anheladas.

Le dice Carolina:

—No, Gribouille. No compremos sino lo estrictamente necesario. En nuestra situación se requiere que nos acostumbremos a no gastar sino lo que es indispensable para vivir.

Le dice Gribouille:

—Haz como quieras. Para empezar, yo tengo necesidad de un pedazo de pan con alguna cosa. ¡Yo estoy contento! ¡Qué contento estoy de estar en casa!

* * *

Gribouille estaba radiante. El saltaba, él bailaba. El abrazaba a Carolina que sonreía al mirarle.

—Vamos —le dice ella tomando su canasta para las provisiones que Gribouille quería de hecho llevar—.

Le dice Gribouille:

—¿A dónde vamos?

Le dice Carolina:

—Para empezar, al panadero, después al carnicero. En seguida al bodeguero. Finalmente a la granja de Haies para comprar mantequilla.

Le dice Gribouille:

—¡Es bastante gente! Vamos a gastar todo nuestro dinero. . .

Le dice Carolina:

—No, no, no tengas temor. Yo seré razonable. Yo no compraré sino justo lo que se necesita.

Le dice Gribouille:

—¿Por qué te vas al bodeguero? Yo no necesito azúcar de cebada ni golosinas. . .

Le dice Carolina:

—No será eso que compraré; pero nos falta velas, sal, pimienta, jabón y otras cositas sin las cuales uno no puede estar.

* * *

Ellos comenzaron por ir al señor cura para informarle de su salida de la casa de la Sra. Delmis y para rogarle que se interesara en ellos para procurarle trabajo a Carolina.

Le dice el cura:

—Tú lo tendrás de inmediato, hija mía, y sin ir demasiado lejos. Yo acabo de recibir de mi hermano una pieza de tela para camisas y servilletas. Yo también tengo que mandar hacer una sotana y una capa para el invierno. Yo les enviaré todo esto, y esto les tomará buen tiempo.

Le dice Gribouille:

—¿No es cierto, señor cura, que nosotros estaremos más tranquilos y más felices en nuestra casa que en la casa de la Sra. Delmis? El señor es muy bueno, pero la señora. . .

Le dice el cura, sonriendo:

—Vamos, vamos, Gribouille, nada de maldad. Sin embargo, creo que tú tienes razón y que si Carolina puede encontrar suficiente trabajo, todo será para lo mejor.

21
CAROLINA EN LA PRISION

Carolina le agradeció al cura y salió con Gribouille para hacer sus compras. Cuando ella las terminó de hacer, ella se dirigió a la prisión para ver a Rose. En la puerta ella encontró al brigadier que le estaba esperando. Gribouille corrió a él.

—¡Mira, mi amigo, le dice! Usted es mi amigo, ¿no es cierto?

El brigadier sonríe.

—Entonces, ¿por qué se ríe?

Le dice el brigadier:

—Porque yo estoy contento de verles y de ser tu amigo.

Le dice Gribouille:

—¡A buena hora! Yo voy a mostrarle lo que Carolina acaba de comprar.

Le dice Carolina:

—¡No, Gribouille! ¡Tú le cansas al señor brigadier. Déjame pedirle que me conduzca junto a la pobre Rose que debe estar muy infeliz.

El brigadier le dice:

—Venga, señorita Carolina; yo voy a mostrarle el camino. En un momento estoy contigo, Gribouille.

* * *

El brigadier va delante de Carolina, le hizo subir algunas gradas, recorrieron un largo corredor en cuyo extremo estaba la puerta de la prisión que el brigadier abrió.

Carolina vio a Rose de lejos acostada sobre una cama y pareciendo dormir.

Le dice el brigadier:

—Entre, señorita. Yo voy a quedarme con usted, si tiene temor.

Le dice Carolina:

—¡Oh, no! Yo no tengo temor; pero puede ser que ella quiere mejor estar a solas conmigo.

Le dice el brigadier:

—¿Y si ella le injuria o le golea?

Le responde:

—Yo no creo que ella tenga fuerzas para ello. Ella está tan pálida. Parece estar muy enferma.

Le dice el brigadier:

—Permita, antes de dejarla sola aquí que yo le hable para ver con qué ánimo se encuentra.

* * *

—Rose —le dice el brigadier—, aquí está la señorita Carolina que viene a verla. ¿La recibirá bien?

Rose abrió los ojos, miró a Carolina y dos gruesas lágrimas se deslizaron sobre sus mejillas pálidas y sangrantes.

Le dice Rose:

—¡Carolina! ¿Tú me vienes a ver? ¡Oh, tú eres buena! ¡Y yo que he sido tan mala contigo! Perdóname, Carolina! Yo he sido bien castigada, muy desdichada.

Le dice Carolina:

—Mi pobre Rose, yo te perdono con todo mi corazón. Yo estoy triste de volverte a ver en esta terrible prisión y tan enferma.

Le dice Rose:

—Dios me ha castigado. Dios te ha vengado. Yo quería despojarles de vuestras pertenencias. Este miserable Michel quería robarte todo lo que posees, y yo debía ayudarle a arruinarles. Nosotros planeamos entrar en tu casa y llevarnos todo.

* * *

Le dice el brigadier:

—¿Y si la señorita Carolina hubiera resistido? ¿Si ella hubiera gritado?

Le dice Rose:

—Yo creo que él la habría matado.

Le dice el brigadier:

—¡Infeliz! ¡Matarla! ¡Matar a una criatura tan santa, tan excelente! ¡Hay que ser perverso y sin corazón!

Le dice Rose:

—Yo me arrepiento muy sinceramente de haber prestado mis manos para semejante crimen. ¡Carolina, Carolina, perdóname! —añadió Rose juntando sus manos—.

Por toda respuesta, Carolina se inclinó hacia Rose y besó su frente herida. Y un resplandor de gozo apareció sobre la cara de Rose. Ella tomó la mano de Carolina y llevándola a sus labios, dio curso libre a sus sollozos.

* * *

—¡Ah! El brigadier tiene razón: ¡Santa, excelente criatura!

Y añade:

—Carolina, ayúdame a arrepentirme. Yo quiero ver al señor cura antes de morir.

Le dice Carolina:

—Tú verás al señor cura, y yo espero que tú no morirás, mi pobre Rose. Señor brigadier, yo le ruego, vaya a ver al señor cura. ¡Yo le ruego, señor Bourget!

Le dice el brigadier:

—Mi buena y querida señorita Carolina, eso es imposible. Yo no debo abandonar mi puesto. Yo estoy solo guardando la prisión. Yo estoy apenado, desolado de rehusar su petición, pero el deber antes que nada.

Le dice Carolina:

—Usted tiene razón. Yo lo olvidaba. ¿Cómo hacer?

Le dice el brigadier:

—¿Si yo le envió a Gribouille?

Le dice Carolina:

—¡Bien! ¡Muy bien! Envíe rápido a Gribouille, y vuelva.

* * *

El brigadier no se hizo decir dos veces. El encontró a Gribouille en la sala y le dijo que trajera rápido al señor cura para Rose, que se moría.

Gribouille partió corriendo, pero antes de ir, él entregó su canasta al brigadier diciéndole:

—Guarde bien esto; son nuestras provisiones. No deje que nadie se las coma, y no toque usted mismo.

Le dice el brigadier:

—Quédate tranquilo, amigo mío; nadie meterá la mano. Y en cuanto a mí, yo moriría más bien de hambre que de robarle a tu hermana.

El brigadier levantó la tapa de la canasta. Antes de volverla a cerrar añadió a las magras provisiones la mitad de un pollo, dos huevos frescos y un pequeño frasco de gelatina de grosellas. Luego la encerró en un armario y volvió al lado de Carolina.

* * *

—Cuídese de Michel —decía Rose—. El os hará daño. El tiene una llave que abre la puerta trasera de vuestra casa. Brigadier, vigile la casa. Trate de arrestar a Michel. . . ¡El miserable! El me había prometido desposarme. . . y él me mata. Carolina, no me abandones. Tu presencia me hace bien. ¡Si el señor cura pudiera venir!

Le dice el brigadier:

—El vendrá, él vendrá, Rose. Gribouille ha ido a llamarle.

En efecto, pocos minutos después llegó el cura con toda prisa, sin saber de qué asunto se trataba. Cuando vio a Rose él adivinó que ella no tenía mucho tiempo de vida. El hizo salir a Carolina y al brigadier y se quedó solo con ella.

* * *

Carolina se quedó en el corredor sin querer alejarse. El brigadier le llevó una silla y fue a juntarse con Gribouille que buscaba su canasta con una visible inquietud.

—¡Aquí está, aquí está! —dijo el brigadier mientras abría el armario. Yo soy un buen guardia.

Gribouille abrió la canasta e hizo una exclamación de sorpresa:

—¿Quién ha metido todo esto en mi canasta?

Le dice el brigadier:

—He sido yo, amigo mío. El primer día uno no está bien establecido. Además, Carolina no tendrá tiempo de hacer cocer la comida. Entonces yo me he permitido de añadir alguna cosa.

Le dice Gribouille:

—Gracias, brigadier. Usted es un buen amigo, yo lo veo. Aunque no lo puedo expresar, pero yo estoy muy agradecido. Yo no sé lo que yo haría por usted. . . ¡Verdad, yo me haré matar por usted, y con placer, todavía!

Le dice el brigadier:

—No te hagas matar por nadie, mi querido Gribouille, y vive para nosotros. Carolina sería desdichada si no te tuviera más.

Le dice Gribouille:

—Ella lloraría, pero usted la consolará, ¿no es cierto? ¿Usted será su hermano en lugar de mí? ¡Prométamelo, amigo mío!

Le dice el brigadier:

—Sí, yo te lo prometo, Gribouille. Yo me consagraré a ella; yo no la abandonaré jamás. Si ella lo quiere, de todos modos. . .

Le dice Gribouille:

—¡Oh! Ella lo querrá. Ella le ama. Yo veo esto cuando se habla de usted.

Le dice el brigadier:

—¿Qué ves tú cuando se habla de mí?

Le responde:

—Veo que eso le da placer, que ella sonríe, que ella es consolada. Si usted estuviera allí, en mi lugar, yo estaría bien contento de morir.

Le dice Gribouille:

—¿Por qué hablas siempre de morir, amigo mío? Tú eres joven, y te portas bien.

* * *

Le dice Gribouille:

—Sí, pero cuando duermo, yo veo a mi mamá que está tan bella, dentro de una luz bien resplandeciente. Alrededor de ella hay muchos ángeles tan lindos. . . Y todos me llaman. Ellos llegan bien cerca de mí pero ellos jamás pueden tocarme. Ayer yo me esforzaba por ir con ellos, pero no podía hacerlo. Entonces, un ángel todo de fuego que los otros llamaban “el ángel de la muerte”, me tocó: “Tú has venido; tú has cortado los vínculos que te sujetan a la tierra.” Y yo fui levantado con los ángeles que me han llevado a mi mamá. Yo estaba muy contento. Y después, usted no sabe, cuando yo llegué a mi mamá, yo vi a Jacquot que se escapaba y que me miraba con unos ojos tan furiosos. Los ángeles lo arrojaban. Era muy chistoso. El siempre quería pasar pero no podía. Yo me reía y me sentía tan bien. ¡Oh! ¡Pero tan bien, que yo no hubiera querido irme de allí! Por eso es que yo quiero morir.”

El brigadier escuchaba a Gribouille mientras acariciaba su mostacho. Los dos se quedaron silenciosos y pensativos.

“Es singular —dijo finalmente el brigadier a media voz—. ¿Será eso un presentimiento? ¡Pobre Carolina! Ella no puede quedarse sola.”

Le dice Gribouille:

—¿No es que ella no se puede quedar sola? Yo lo decía bien. Se necesita que usted o el Sr. Delmis se queden con ella. Para empezar, ustedes me lo habían prometido.

Le dice el brigadier:

—Y yo te lo prometo otra vez, muy sinceramente, muy sinceramente, como a mi hermano.

* * *

—Rose se muere —dijo el cura al entrar—. Carolina está junto a ella. Ella ya no escucha y no dice nada. Ella muere con buenos sentimientos. Yo le he confesado y le he concedido la extremaunción. Yo espero que el buen Dios tendrá misericordia de ella. Mientras estamos solos, brigadier, yo debo hablarle de una confesión que Rose me ha rogado comunicarle. Parece que Michel ha de penetrar esta noche en la casa de Carolina con los proyectos más siniestros. El sabe que ella debe tener dinero, y él quiere robarle, y pueda ser, asesinarle. Carolina no puede dormir en esta casa hasta que Michel sea apresado, y es necesario que uno de vosotros, hombres, pase allí la noche para atrapar a este miserable. Yo voy a llevar a Carolina a mi casa por varios días. Ella dormirá con mi sobrina. Pero, ¿qué haremos con Gribouille? ¿Podría usted hacerse cargo de él?

Le dice el brigadier:

—Con mucho gusto, señor cura, y muchas gracias por tomarme en cuenta para rendir algún servicio a estos pobres jóvenes. Gribouille dormirá en mi casa, en mi cama, mientras yo vigile allá en la casa de ellos hasta que metamos la mano sobre este cretino de Michel.

Les dice Gribouille:

—No, no, yo no quiero quedarme aquí. Yo quiero ir con usted, brigadier, para ayudarle a guardar la casa.

Le dice el brigadier:

—Mi pobre Gribouille, tú no me podrás ayudar; al contrario, tú me estorbarás.

Le dice Gribouille:

—No, yo no le estorbaré. Yo le ruego, déjeme ir con usted. Algo me dice que le acaecerá una desgracia sin mí.

Le dice el brigadier:

—¡Pobre muchacho! Me temo que tú te fatigues por nada.

Le dice Gribouille:

—No, no. Yo no me fatigaré. Yo estaré muy feliz. Nosotros pasaremos una noche muy buena, como dos hermanos.

Le dice el brigadier:

—Ven, si así lo quieres, amigo mío. Tú vendrás; yo te lo prometo.

* * *

El cura y el brigadier volvieron a la prisión donde encontraron a Carolina de rodillas junto al lecho de Rose, recitando las oraciones de los agonizantes. El cura y el brigadier se arrodillaron a su lado y oraron con ella.

Cuando ellos hubieron terminado el cura hizo la señal de la cruz sobre la frente de Rose y le cerró los ojos. Ella acababa de expirar.

El remplazó a Carolina diciéndole:

—Ven, querida hija, todo se ha terminado. Rose está delante del buen Dios, que él ya la ha juzgado en su misericordia y su justicia.

Le dice Carolina:

—Pero Rose no puede quedarse así abandonada. Se requiere que sea amortajada y que alguien pase la noche junto a su cuerpo y ore por su alma.

Le dice el cura:

—Todo eso será hecho, mi querida hija. Yo te voy a llevar a mi casa donde estarás con mi sobrina. Yo tomaré a Nanón, que hará los deberes de los que hablas, y soy yo que pasaré la noche junto a ella.

Le dice el brigadier:

—Señor cura, no se la puede amortajar antes que el médico que la ha cuidado venga a constatar la muerte y las heridas que la han ocasionado.

Le dice el cura:

—Es a ustedes a quienes concierne este cuidado, mi bravo brigadier. Vaya o envíe a buscar al médico. Yo estaré de regreso dentro de una hora con mi sirvienta. Ven Carolina.

* * *

Carolina, dócil a las órdenes del cura, le siguió. Antes de abandonar la casa ella pidió volver a su casa con su hermano para recuperarse de sus emociones, para preparar la comida de la noche y tomar un descanso que le era tan necesario.

Le dice el cura:

—Eso no se puede, hija mía. Los gendarmes van a ocupar tu casa esta noche para arrestar a Michel que ha de venir para apoderarse de vuestras pequeñas economías. Ustedes no pueden quedarse allí de manera conveniente. Y en cuanto a vuestro hermano, el brigadier se encargará.

Carolina no argumentó. Al retirarse, ella agradeció afectuosamente al brigadier por el auxilio que él les prestaba y caminó silenciosamente al costado del cura. Ellos no tardaron en llegar al presbiterio donde les esperaba la sirvienta.

22
**CAROLINA EN LA CASA
 DEL SEÑOR CURA**

Les dice Nanón:

—¡Ya llegaron, por fin! ¡Es muy feliz, de veras! Yo pensé que ustedes no vendrían. La cena les espera desde hace un cuarto de hora y la Srta. Pelagie no está muy contenta, yo les advierto.

Le dice el cura, con bondad:

—Ni tampoco lo estás tú, por lo que parece, mi vieja Nanón. Pero esta vez no es de veras por mi culpa.

Le dice Nanón:

—¡Nunca es su culpa! Esto se conoce. Usted siempre tiene alguna buena razón que dar.

Le dice el cura:

—Pero si mi razón es buena, yo soy culpable.

Le dice Nanón:

—¡He allí una de vuestras enredadas excusas. Uno no tiene jamás la última palabra con usted.

Le dice el cura:

—Excepto tú, que me resonaras siempre, y justo cuando yo estoy a punto de razonamientos.

Le dice Nanón:

—Porque sus razonamientos no valen dos reales. ¿Y por qué me trae a Carolina? ¿Y por qué llega usted tarde? Usted aun no se ha explicado al respecto.

* * *

Le dice el cura:

—Yo traigo a Carolina para cenar, para dormir aquí y para. . .

Le dice Nanón:

—¡He allí una idea! Puede ser que usted tiene demasiada gente en la casa. ¿Dónde quiere usted que yo la meta? ¿Acaso tengo un cuarto para darle? ¿Se requiere que yo le dé mi cuarto y que yo me vaya a dormir en el hueco de los conejos?

Le dice el cura, alegremente:

—No, no, mi vieja gruñona, tú no te irás al hueco de los conejos. Tú dormirás en tu cama y Carolina no incomodará a nadie excepto a Pelagie que la ama y que estará contenta de complacerla.

Le dice Nanón:

—¿Y yo qué? ¿Acaso yo no la amo? ¿Es que alguna vez yo he rehusado complacerla? Pero, ¿por qué se requiere que usted la traiga a nosotros, en lugar de dejar que duerma en su propia casa?

Le dice el cura:

—Porque ella tiene necesidad de cuidados y de amistad después de la escena que viene de presenciar. Rose ha muerto en sus brazos, en la prisión donde esta buena Carolina ha pasado su tarde cuidándola y consolándola.

Le dice Nanón:

—¡Rose ha muerto! ¡Toma, toma, toma! Entonces ella estaba muy herida para morir tan rápidamente? Es todo característico de Carolina, de haber cuidado a esta perversa mujer. Usted es una gran mujer, Carolina; el buen Dios te lo tomará en cuenta. Nosotros te cuidaremos bien aquí. Es verdad que ella está toda pálida y temblorosa. ¡Pobre hija!

Le dice Carolina:

—Es muy a pesar mío que el señor cura me ha traído, Nanón. Yo me siendo desolada al incomodarles, y yo le ruego al señor cura de querer bien permitir que me retire. Yo estaré con mi hermano o iré a encontrarme con el señor Delmis que es tan bueno conmigo.

Le dice Nanón:

—¿Qué necesidad tienes tú del señor Delmis, estando ya aquí? ¿Acaso no estamos en esto la Srta. Pelagie y yo?

Le dice el cura:

—Es precisamente de ti que ella quiere huír. ¿Tú has gruñido bastante contra ella? ¿Cómo no buscará ella un abrigo en otra parte cuando ella te ve tan insensible?

Le dice Nanón:

—¡Vamos! ¡Yo estoy mal, estoy mal! ¿Está usted contento? ¿Es esto lo que usted quiere? Ven, Carolina, no tengas miedo. No le escuches al señor cura que siempre tiene la boca llena de palabras sin sentido.

* * *

—Pero todo esto no explica, señor cura, por qué ha vuelto usted tan tarde.

Le dice el cura:

—Porque yo he asistido a Rose en sus últimos momentos. ¿Había que dejarla morir sin confesión? Nosotros vamos a regresar allá, tú y yo, después de haber comido un poco: Tú para amortajarla, y yo para orar.

Le dice Nanón:

—Yo veo bien a dónde quiere usted llegar. Usted quiere pasar allí la noche, ¿no es verdad? ¿Quiere fatigarse, agotarse, como hace siempre?

Le responde el cura:

—Yo no me fatigaré; yo no me agotaré, y pasaré allí la noche muy tranquilamente orando por esta pobre alma, para que Nuestro Señor le conceda misericordia.

Le dice Nanón:

—¡Qué hombre! ¡Qué hombre! ¡Uno no tiene jamás la última palabra con él! ¡Siempre ha de tener la razón! Si esto no proviene de orgullo, ¡yo no sé que es!

Le responde el cura, con gravedad:

—Es la simple caridad de un cristiano y de un sacerdote, mi buena Nanón. Basta de discusiones y vamos a ver a Pelagie.

* * *

Nanón le precedió gruñendo. Siempre una verduga, ella asustaba a aquellos que no la conocen. Pero debajo de esta apariencia perversa ella esconde un corazón bastante compasivo, un gran afecto por su patrón y una gran buena voluntad para socorrer a la gente que se encuentra en necesidad. Así no dejó de añadir un cubierto para Carolina, de preparar el vino caliente para reanimarla, y el café para el cura. Ella cuidó de llevar anticipadamente su capa para que él no tuviese frío en la noche, y de meter en uno de sus bolsillos su gran tabaquera llena de tabaco fresco.

* * *

Pelagie recibió a Carolina muy afectuosamente.

—Nosotras pasaremos una parte de la velada en provecho de la pobre Rose, mi buena Carolinita. Mañana mi tío dirá la misa para ella y nosotras oraremos con él para que el buen Dios le perdone.

Carolina agradece a Pelagie su buena acogida. Ella comió poco. El cura, más habituado a estas escenas de muerte, cenó suficientemente para tranquilizar a Nanón que hubiera querido verle tragar todo lo que ella había servido a la mesa.

—Coma, coma, señor cura. Piense que usted va a pasar la noche todo despierto, porque usted no duerme mucho cuando ora. No es como yo: Cuando llega mi hora, no hay muerto que valga; se requiere que yo duerma. Pero usted no come. ¡He aquí una buena comida! Un plato de sopa y dos bocados de carne. Aquí tiene jamón con espinacas. Usted tomará de ello un poco. ¡Más, más! Aunque no sea para complacerme. ¿Es pues para hacerme un reproche de mi mala cocina que usted no come? Esto no es amable. ¡En buena hora! ¡He aquí una buena tajada a tragar! Siempre es así. . . Ahora vuestra taza de café con una gota de aguardiente. . .

Le dice el cura:

—Nada de aguardiente, Nanón, yo te ruego.

Le dice Nanón:

—Usted lo tendrá como sea. ¡He aquí que ya está vertida! Usted no piensa jamás en el futuro. Si yo no estuviera en todo esto, hace tiempo que usted estaría en la tierra.

Le dice el cura:

—¡Eso no sería una desgracia, Nanón!

Le responde:

—¡Señor de Dios! ¡No una desgracia tan grande! ¡Cómo habla usted! ¡Siempre sin reflexión! ¡No una desgracia! ¿Y qué será de los pobres del barrio, de los infelices, de los enfermos y de todos aquellos que tienen necesidad de consejo y de consuelo? ¿Y yo, pues? ¿Y vuestra sobrina? ¡Usted no nos toma en cuenta para nada! ¡Hay que ser egoísta para decir cosas como ésta! ¡Eso si que es perverso; verdad que es perverso! ¡No una desgracia! Y decir que es él mismo, el hombre del buen Dios, que dice cosas como ésta! Tome, señor cura, permítame beber este resto de café con una gota de aguardiente para reanimarme. ¿De veras que estoy encolerizada!

Le dice el cura:

—Bebe, bebe, mi vieja Nanón. ¿Acaso tienes necesidad de pedirme permiso para tomar no importa qué? Todo lo que yo tengo es tuyo, como es mío. Nosotros somos viejos amigos. He aquí bien pronto serán veinte años que estamos juntos y que tú me cuidas, que

tú te fatigas en mi servicio, que tú batallas por mí más de lo que harías por ti misma, que tú me amas, en fin, porque esta palabra resume todo cuando se une al amor de Dios.

Le dice Nanón:

—En cuanto a eso, sí; yo le amo y yo le respeto, y yo le venero como un santo, y yo daría por usted mi vida con toda suerte de torturas como hacían los mártires de la antigüedad.

Y la voz de Nanón, conmovida primero, temblorosa después, terminó por estar entrecortada con sollozos.

* * *

—Vayamos —dice el cura que quería detener la explosión de ternura de Nanón—. Pelagie, yo te confío a Carolina. Hasta mañana, hijas mías.

Le dice Carolina:

—Señor cura, recomiende mucho mi hermano al cuidado del brigadier. Yo sé que él hará lo mejor que pueda, pero usted sabe que Gribouille pide una vigilancia del todo particular. Ruéguele no abandonarlo hasta mi regreso.

Le dice el cura:

—Yo me deshago de tu comisión, mi querida hija, pero yo puedo responderte por anticipado que la recomendación es inútil. El brigadier es un hombre serio y bueno, en quien tú puedes tener toda confianza. Gribouille está también seguro bajo su guardia que será sobre la tuya y sobre la mía.

* * *

El cura partió con Nanón que llevaba sobre su brazo la capa contra la cual ella gruñía para compensar el impulso de sensibilidad que acababa de dejar escapar.

“¡Esta idea de pasar toda la noche junto a esta mujer muerta! —decía ella a media voz—, como si sus oraciones no fueran buenas en su dormitorio y en su cama que en esta casa maldita. Se necesita siempre que él haga como nadie. ¡Es que yo imagino pasar toda una noche en *tête à tête* con un muerto! ¡Agradable compañía, de veras! ¿Y por qué se requiere que sea yo la que amortaje a esta mujer? ¿Qué bien le vendrá de esto? ¿Qué provecho yo derivaré de ello? ¡Ah! ¡Pero siempre es así! El no piensa en el mal que esto ocasiona. Se requiere que se haga de todas maneras. . . Porque eso le ha pasado dentro de la idea.”

* * *

—Nanón, tú tienes malas ideas —dijo el cura que le escuchaba a pesar de que ella hablaba con voz baja en ese momento—. Es una caridad a la cual yo te invito. Esta pobre infeliz, muerta asesinada, en la prisión, arrepentida y abandonada, tiene derecho a vuestra compasión.

Le dice Nanón:

—Yo no digo no, señor cura, yo no digo no. Son sólo ideas como éstas. . . que me pasan por la cabeza. ¡Ciertamente, yo sé que. . . que. . . que yo soy una vieja insensible, un carácter gruñón y malo! —gritó ella con fuerza—. Yo no volveré a comenzar, señor cura.

Bien segura yo voy a caminar sabiamente junto a usted. Sólo que esta capa que le calienta el brazo.

Le dice el cura:

—¿Y por qué la ha tomado? Yo no sé que hacer con ella.

Le dice Nanón:

—¡Eso ya! Usted va a pasar la noche tiritando de frío dentro de esta prisión húmeda para atrapar el mal? ¡De ningún modo le dejaré hacer esto!

Le dice el cura:

—Entonces, démela, mi pobre Nanón; es justo que yo mismo la lleve, porque es por mí que tú has tenido cuidado, por lo cual yo te agradezco.

Le dice Nanón:

—¡De veras! Hay de qué agradecerme, como si yo pudiese hacer de otra manera que pensar en usted, ya que usted jamás piensa en usted mismo. Y usted no lo tendrá; soy yo que se lo digo. Está bien lo menos que yo reparo, agotándome un poco, las perversas palabras que usted ha escuchado.

Le dice el cura:

—Como quieras, Nanón; tú sabes que no siempre soy yo el patrón.

Le dice Nanón:

—¿Lo cual quiere decir que soy yo el que le atormenta, que lo convierte en víctima?

Le responde:

—De ningún modo, pero un poco —dice el cura sonriendo—. Pero ya llegamos. Veamos si el médico ha terminado su parte.

El cura, seguido de Nanón entró a la casa del brigadier a quien encontró con Gribouille. Los dos terminaban su comida de la noche.

23
DESENLACE
DE UN PRESENTIMIENTO FATAL

El médico había venido pronto después de la partida del cura para ver cómo se encontraba su enferma. El no se dio por sorprendido al enterarse de su muerte e hizo su proceso verbal constatando que el golpe sobre la cabeza había sido la causa principal del deceso. Además, ella tenía un costado roto y varias heridas sobre diversas partes del cuerpo.

El brigadier le dice a Gribouille:

—Vamos a cenar. Sólo que cenaremos frío porque yo no he tenido tiempo para recalentar mi cena.

Gribouille abre su canasta y le dice:

—Aquí está la mitad del pollo y los huevos que usted me había dado esta mañana. Carolina cena en la casa del cura; yo ceno con usted. Esto se perdería, qué lástima. ¡Este pollo tiene tan buena cara!

Le dice el brigadier:

—Tú no estás en error, amigo mío. Pongámonos a la mesa y comamos el pollo mientras los huevos se calientan.

El brigadier sacó del armario pan y una botella de vino, y con la ayuda de Gribouille pronto se puso el cubierto.

Gribouille comía y bebía con una satisfacción evidente.

* * *

Le dice el Gribouille:

—¡Jamás he cenado tan bien! ¡Jamás me he sentido tan contento y tan bien de ánimo! ¡Es como si me fuera a ocurrir alguna cosa muy buena, muy feliz! Yo le amo mucho, brigadier. Yo le amo. . . Yo no sé cómo decir esto. . . Yo tengo con usted la misma amistad que tengo con Carolina. . . Eso le da placer, ¿verdad?

Le dice el brigadier:

—Mucho, mucho, más de lo que puedo expresar, mi buen Gribouille —le dice el brigadier sonriendo y apretándole la mano—. ¿Mis mostachos no te asustan?

Le dice Gribouille:

—¡Que me asustan! ¡Vuestros mostachos! ¡Ah, bien, sí! Vuestros mostachos podrían ser dos veces más gruesos y no me asustarían. Usted tiene el aspecto tan bueno, y además se ve en vuestros ojos toda clase de cosas. . . muy buenas. . . muy agradables.

Le dice el brigadier, sonriendo:

—Con tus adulaciones tú me vas a hacer vanidoso, Gribouille. . .

Le dice Gribouille:

—¡Adulaciones! ¡Usted llama a esto adulaciones! ¿Entonces eso le adula? ¡Tanto mejor! Me gusta darle placer. Yo no adulo; yo digo la verdad.

* * *

Gribouille se puso pensativo. El brigadier reflexionaba de su costado. El fue interrumpido en sus reflexiones por Gribouille que le dice:

—Brigadier, yo no le he dicho adiós a Carolina. Se requiere que yo vaya a abrazarla.

Le dice el brigadier:

—Tú no puedes salir solo, Gribouille. Comienza a hacerse de noche. Yo respondo de ti a tu hermana.

Le dice Gribouille:

—¡Pues bien, venga conmigo! Usted también dirá adiós a Carolina. Ella estará muy contenta.

Le dice el brigadier:

—Yo no puedo, amigo mío. Se requiere que yo me quede aquí justo hasta la llegada del señor cura. El deber antes que todo.

Le dice Gribouille:

—¿Pero cuando el señor cura haya venido?

Le responde:

—Entonces yo podré llevarte. Y cuando sea noche de hecho nos iremos a tu casa para pasar la noche allí e intentar apresar al pillo de Michel. Uno de mis hombres ya está allí, escondido junto a la bicharra. Nosotros dos entraremos al interior de la casa.

* * *

En ese preciso momento llegaron el cura y Nanón.

—¿El médico ha venido, brigadier? —preguntó el cura al entrar—.

Le responde el brigadier:

—Todo está hecho y bien en regla, señor cura. Nanón puede proceder a arreglar la mortaja.

Dice Nanón:

—¿Cómo quiere usted que yo me meta todo sola? Y todavía en esta prisión donde no hay nada y donde uno no ve ni una gota. . .

Le dice el brigadier:

—Para ver aquí, Nanón uno ve bastante con una vela. En cuanto a una ayuda, yo voy a llamar a la mujer de mi camarada Prevot, que nos dará una manito.

* * *

El brigadier salió y volvió pocos instantes después acompañado de la mujer de Prevot que felizmente se contaba entre las buenas gracias de Nanón. Ellas dos fueron a la prisión donde empezaron su trabajo.

—Siéntese junto a mí, brigadier —dijo el cura sentándose—, y conversemos de un asunto serio que le concierne.

Le dice el brigadier:

—Me siento muy desolado de rehusar, señor cura, pero le he prometido a Gribouille acompañarle hasta su hermana, a quien él desea intensamente decir adiós.

Le dice el cura:

—Pero él la verá mañana. Déjanos conversar, Gribouille; tú serás parte.

Le dice Gribouille:

—No, señor cura. Necesito abrazar a Carolina. Si yo no la abrazo esta noche, tendré un remordimiento que me ahogará

Le dice el cura:

—¡Qué infantilismo! Tú olvidas que ya tienes 16 años y que tú llegas a ser un hombre.

Le dice Gribouille:

—¿Es esa una razón para olvidar a mi hermana? ¿Cree usted que yo no abrazaré más a mi hermana y que yo la dejaré allá cuando yo sea un hombre, como usted dice? El brigadier me ha prometido acompañarme porque él no quiere dejarme pasar la noche solo. Yo no estaré allá mucho tiempo, ¡vaya! Ustedes conversarán más tarde.

Le dice el cura:

—Hasta mañana, entonces, brigadier, más tarde yo estaré en mi puesto, en la prisión, junto al cuerpo de la pobre Rose.

* * *

El brigadier apretó la mano del cura explicándole que lamentaba no poder hacerle compañía y partió con Gribouille.

Cuando llegaron al presbiterio el brigadier quiso permanecer junto a la puerta e hizo que Gribouille entrara solo. Este no tardó en volver. El tenía los ojos rojos; el brigadier lo notó.

—¿Qué tienes mi pobre muchacho? Cualquiera diría que tú has llorado.

Le dice Gribouille:

—Sí, yo no he podido impedirlo al decir adiós a Carolina. Me parecía que le decía adiós por mucho tiempo. Yo estoy triste esta noche; me siento otro que de costumbre. Yo tengo ganas de decir adiós a todos aquellos a quienes amo: Al Sr. Delmis, al señor cura, incluso a Nanón a quien yo habría abrazado de buena voluntad. La única cosa que me consuela es estar con usted, brigadier —añade al acercársele y al apretar fuertemente su mano—.

Le dice el brigadier:

—Todo eso no es nada, amigo mío. Es porque tú no estás acostumbrado a estar separado de tu hermana. ¡Valor! Yo diré como el señor cura: Tú vas a ser pronto un hombre. No se te puede dejar ir como a un niño.

Le dice Gribouille:

—Yo lo intentaré. . . Yo haré lo que puedo. . . pero yo no puedo más. Es como un plomo que yo tengo sobre el corazón.

* * *

El brigadier le pasó amigablemente la mano sobre la cabeza. Gribouille le dio el brazo y ambos marcharon en silencio.

La noche había venido hasta el punto de hacerse negra, airada. Un trueno gruñía en la lejanía. El viento comenzó a sacudir la copa de los árboles. El aire estaba pesado; el calor agobiante. Sin darse cuenta, el brigadier pasó de largo la prisión y se dirigió maquinalmente hacia la casa de Carolina y de Gribouille.

Al verse muy cerca de la meta y con la oscuridad intensificada por la tormenta que se precipitaba facilitándoles la entrada de la casa sin ser vistos, él continuó avanzando y no tardaron en llegar a la puerta de la cual Gribouille tenía la llave.

El brigadier la tomó de las manos de su compañero, la introdujo sin ruido en la chapa y abrió con precaución.

Gribouille entró primero. El brigadier le siguió tras volver a cerrar el picaporte de la puerta.

—Cerremos el postigo —dijo el brigadier—; si la Luna se levanta se podrá ver de afuera que el postigo está abierto, y eso parecerá sospechoso.

* * *

Le dice Gribouille:

—¿Dónde va a pasar la noche, brigadier?

Le responde:

—Sobre una silla, amigo mío. Yo no estoy aquí para dormir, sino para velar.

Le dice Gribouille:

—Yo me quedaré sobre una silla cerca de usted. Yo no tengo ganas de dormir.

Le dice el brigadier:

—Al contrario, acuéstate. Es inútil que te fatigues velando.

Le dice Gribouille:

—¿Usted vigila bien?

Le dice el brigadier:

—Yo estoy habituado a ello. Por otro lado, yo velo a causa de mi trabajo.

Le dice Gribouille:

—Y por mi hermana, como yo. ¿Acaso no soy también su amigo? ¿No debo yo ayudarle a velar por ella? ¿Y no se requiere que yo esté allá para contarle a Carolina lo que usted habrá hecho y cómo usted habrá atrapado a Michel?

Le dice el brigadier:

—Haz como quieras, amigo mío. Yo no tengo el valor de oponerme a lo que deseas tan intensamente.

* * *

Le dice Gribouille:

—Gracias, brigadier. Yo veo cada vez más que usted es mi verdadero amigo. Usted me deja actuar sólo cuando se requiere. Y usted hace bien, porque yo tengo dentro del corazón o del espíritu, yo no sé distinguir, una cosa que me advierte que yo le seré útil esta noche.

Le dice el brigadier:

—Mi buen Gribouille, tú me serás útil siempre porque tú me pruebas tu amistad vigilando conmigo.

Le dice Gribouille:

—¡Toma! ¿Entonces eso le convence en algo de que yo le amo?

Le dice el brigadier:

—No, no “en algo”, sino mucho, a mí que me convertí en huérfano en mi infancia y que jamás he encontrado un verdadero amigo que realmente me amara como tú me das testimonio, mi pobre Gribouille, así de joven que eres.

* * *

Cuando él acabó estas palabras, dichas en voz baja, del mismo modo que todo lo que ellos habían dicho previamente, la puerta frente a ellos, que era la puerta del lavadero, se abrió con precaución.

Un hombre que llevaba una linterna de luz tenue entró con paso de lobo.

La puerta abierta dejaba penetrar suficiente luz como para que el brigadier reconociera a Michel.

Gribouille se apretó contra el brigadier, que no se había movido. Antes de proceder más adelante en el cuarto, y también para reconocer el lugar del mueble que debía contener el pequeño tesoro de la pobre Carolina, Michel dirigió la luz tenue de su linterna hacia el lado donde se encontraba el brigadier. El lo vio, y lanzando un grito de rabia, dirigió el cañón de su pistoleta que tenía en su mano sobre el brigadier que se iba a lanzar para apresararlo.

Gribouille, adivinando la intención de Michel se lanzó sobre el brigadier, preservando con su cuerpo el pecho de su amigo. Antes que el brigadier pudiera prever y prevenir este movimiento, el disparo salió y Gribouille cayó.

* * *

—¡Yo le he salvado! —gritó él al caer. ¡Carolina, yo le he salvado!

—¡Cretino! —gritó el brigadier que se lanzó a la persecución de Michel—.

El no tardó en volver a Gribouille, porque Michel, en su terror tomó una ruta falsa y se metió en el jardín, rodeado de un cerco de espinas. El quiso defenderse con un cuchillo que sacó de su cintura, pero el brigadier le asestó un puñete sobre la cabeza que le aturdió y le tiró al suelo.

—¡A mí, camarada! —gritó el brigadier manteniendo a Michel con una rodilla apoyada sobre su pecho—. ¡A mí! ¡Trae las correas para atar al bandido! ¡Yo lo tengo!

* * *

Su camarada no había visto nada, pero el ruido del tiro de pistoleta le había llevado al cuarto donde había encontrado a Gribouille inundado en sangre, y sonriendo a pesar de la herida.

—¡Yo lo he salvado! —dijo con una voz estrangulada—. ¡Yo he salvado a mi amigo! Yo estoy muy contento. . . El llama, ¿lo escucha? El llama. Rápido. . . Vaya rápido, Déjeme a mí.

El gendarme, alumbrado con la linterna de luz tenue que Michel había dejado caer en su huida, hizo un esfuerzo para levantar a Gribouille para colocarlo sobre una cama cuando escuchó el llamado del brigadier.

Colocando suavemente sobre tierra al pobre herido, él se dirigió al lado desde donde se hacían escuchar la voz de su jefe y las maldiciones de Michel, que se había recuperado de su mareo.

En cinco minutos Michel fue atado y dejado bajo la guardia del gendarme.

* * *

El brigadier corrió a socorrer a Gribouille. El abrió todos los postigos para dejar entrar la luz que irradiaba la Luna, que se había despojado de las nubes que la ocultaban.

El departamento se encontraba suficientemente aclarado como para que el brigadier le diera a Gribouille los cuidados que exigía su estado. El lo levantó con precaución, para no provocar que corriera la sangre y lo puso sobre la cama que había recibido el último suspiro de la mujer Thibaut. Le quitó su ropa impregnada con sangre, y vendó fuertemente la herida con su pañuelo.

Cuando la sangre dejó de correr, Gribouille, que se había desmayado, recobró el conocimiento. Al abrir los ojos él percibió la cara emocionada y consternada de su amigo inclinado sobre él humedeciendo sus sienes y su frente con agua fresca, la única cosa que él pudo encontrar en esta casa deshabitada recientemente.

* * *

—Brigadier. . . Yo estoy contento. . . Yo voy a morir. . . Es por usted. . . Yo estoy feliz. Yo le amo mucho —dijo con una voz jadeante—.

—¡Cállate! ¡Por Dios, no hables! Cada palabra que dices hace correr tu sangre. . . ¡Gribouille! ¡Amigo mío, mi pobre amigo! ¡Qué abnegación! ¡Qué valor! ¿Qué hacer, Dios mío, para socorrerle? ¡Yo no puedo dejarte solo! ¡Yo no puedo dejar a Michel sin vigilancia!

El pobre brigadier, presa de la más viva emoción y de la más terrible inquietud que había experimentado en toda su vida, retorció su mostacho, reflexionaba sin encontrar nada y pedía a Dios que le enviara una buena inspiración.

Esta buena inspiración vino. Un rayo de gozo iluminó su rostro. El corrió a la ventana y la abrió.

—¡Prevot! —gritó—, trae aquí a tu prisionero; si hace problemas, amordázalo.

Le responde Prevot:

—Yo creo bien que él los hace; él jura como un templario.

Le dice el brigadier:

—¡Amordázalo y arrástralo hasta aquí!

* * *

Prevot no se hizo decir dos veces. El presionó la boca del prisionero con su pañuelo y lo arrastró hasta la sala donde estaba Gribouille, que se moría bajo la guardia de su camarada.

Le dice Prevot:

—¿Dónde hay que meterle, brigadier?

Le responde:

—Sobre el suelo, como un perro que es. Vé rápido a la prisión y cuéntale al señor cura la desgracia que acaba de ocurrir. Ruégale que venga rápidamente, y después corre a buscar al médico y tráelo a las buenas o a las malas. ¡Anda, yo respondo por el asesino!

El gendarme partió, el brigadier se acercó a Michel, examina las correas que lo ataban, las apretó, y empujándolo con el pie lo hizo llegar hasta la pared al fondo del cuarto.

Michel daba vuelta a sus ojos terribles, pero el brigadier no le miraba. El volvió a sentarse junto a la cama de su pobre amigo herido y se colocó de manera que podía tener el ojo sobre el prisionero al mismo tiempo que no perdía de vista a Gribouille.

* * *

—Yo quisiera. . . ver. . . al señor cura —dijo Gribouille—.

Le dice el brigadier:

—El va a venir, mi querido amigo. Yo he enviado a buscarle.

Le dice Gribouille:

—Gracias. Cuando se haga de día yo quisiera ver a Carolina.

Le dice el brigadier:

—Yo iré a buscarla, y yo mismo te la traeré.

Le dice Gribouille:

—Usted no. . . la abandone. . . brigadier. Usted será su hermano. . . en mi lugar. Usted no la dejará jamás. . . Diga, mi amigo. . . diga.

Le dice el brigadier, con fuego:

—¡Jamás, jamás! ¡Yo te lo juro! A menos que ella misma no lo quiera.

Le dice Gribouille:

—Ella. . . lo querrá mucho. Ella. . . le ama. . . mucho. Yo lo he visto. . . Ella sonreía siempre. . . cuando. . . yo le decía. . . que usted vendría. . . a verla.

Le dice el brigadier:

—Gribouille, tú hablas demasiado. Tú harás sangrar tu herida.

Le dice Gribouille:

—No. . . no. . . Me hace. . . bien. . . haber dicho. . . lo que he dicho. . . ¡pobre Carolina! Usted le dirá que no llore. . . que usted la amará mucho. Que usted. . . será su hermano. No lo olvide. . .

* * *

Gribouille cerró los ojos. El brigadier le contemplaba con ternura. “Jamás —se decía a sí mismo—, me he sentido tan conmocionado, tan atribulado. Por poco yo lloro como un niño. ¡Este pobre muchacho! ¡Lanzarse entre mí y el fuego que él vio venir! ¡Dar su vida para salvar la mía. ¡Pobre muchacho! ¿Dónde encontraré yo semejante amigo? El me pide que no abandone a su pobre hermana. Ciertamente, yo me debo a ella para compensar tanto que me significa la pérdida que ella experimenta este día. ¡Y además, qué piedad! ¡Qué bondad! ¡Y qué abnegación por su amigo! ¡Qué orden en su administración, en sus gastos! ¡Qué modestia en su arreglo personal!

* * *

—Brigadier. . . —le dice Gribouilla al despertarse—, yo he visto a mi mamá. . . Ella me espera. . . como el otro día. Ella manda decir. . . que ella le bendice. . . y que usted será su hijo. . . y mi hermano. . . porque usted será mi hermano.

Le dice el brigadier:

—Sí, mi querido Gribouille. Yo seré y yo soy tu hermano. Pero no hables; te haces mal.

Le dice Gribouille:

—No. . . no. . . cuando. . . yo haya visto a Carolina. . . yo podré morir.

* * *

El brigadier se estremece. Gribouille sonrío.

Le dice Gribouille:

—¿Por qué. . . tiene temor? Yo estoy contento. . . de morir. Eso. . . no hace mal. Se está bien. . . allá arriba. Mi mamá. . . está muy feliz y muy hermosa. . . Ellos son todos. . . como el Sol. Sólo Jacquot es sucio y. . . horrible. Siempre. . . lo corren. Yo me reí. . . en ese momento. El tenía el aire. . . tan colérico.

Gribouille sonrió de nuevo al recordar la fealdad y la furia de Jacquot.

* * *

La puerta se abrió y el cura entró todo emocionado.

—¿Entonces es verdad, mi pobre Gribouille? —dijo al acercarse al moribundo—.

Le dice Gribouille:

—No pobre. . . muy feliz. . . señor cura. . . piense pues. Yo le he salvado. . . ¡qué dicha! Carolina. . . no estará sola. El brigadier me ha prometido. . . ¿No es así, amigo mío?

Le dice el brigadier:

—Sí, amigo mío. Y delante del señor cura yo te renuevo esta promesa que me dará la felicidad de ser, no el hermano, es imposible, sino el marido de Carolina, tu buena, excelente y santa hermana.

Le dice Gribouille:

—Su marido. . . es verdad. . . esto es aun mejor. . . habrá boda. Yo estaré allí. . . con mi mamá. Pero. . . no nos verán. Con toda seguridad. . . yo estaré allí. Y yo. . . les protegeré.

* * *

—Brigadier —dijo el cura— aproveche de que estoy aquí para ir a buscar dos de sus hombres para llevarse el prisionero. Yo iré a verle en la prisión. Prevot no va a tardar trayendo al médico. Yo mismo guardaré a Gribouille.

El brigadier salió precipitadamente, fue a buscar a dos gendarmes y volvió con ellos para entregarles a Michel recomendándoles vigilarlo de cerca de modo que no se pueda escapar.

Los gendarmes ataron una cuerda al brazo de Michel, le desataron los pies, y sosteniendo cada uno un extremo de esta cuerda le hicieron caminar, después de haberle quitado la mordaza.

El bandido no abandonó la casa sin haber vomitado algunas injurias al brigadier, al cura, a Gribouille, que había preservado a este brigadier que él odiaba, y sobre todo a Rose cuya muerte él ignoraba y que él adivinaba que le había traicionado.

Les dice el brigadier:

—Nosotros ya nos hemos deshecho de la presencia de este monstruo, cuya vista me ahogaba. Si jamás yo he sentido odio contra alguien, es contra este asesino de mi pobre Gribouille.

Le dice el cura:

—Mi querido hijo, si usted quiere llegar a ser un buen y verdadero cristiano, se requiere aprender a perdonar a todos sus enemigos.

Le dice el brigadier:

—Perdonar al asesino de mi hermano y de mi amigo está, me temo, por encima de mis fuerzas.

Le dice el cura:

—Usted llegará a ello, amigo mío cuando tenga bajo sus ojos el ejemplo y el amor inagotable de aquella a quien usted ha llamado en este momento la santa Carolina.

Le dice el brigadier:

—Sí, señor cura, sí. Usted le dirá que ella me hará mejor, que yo necesito su ayuda para llegar a ello.

Le dice el cura:

—Yo se lo diré, amigo mío. Pero yo creo que ella no le encuentra tan malo como usted es.

* * *

El médico, tan impacientemente esperado, llega por fin. El toma la mano del herido, se aproxima a él para escuchar su respiración y examina la herida.

—Su cara no está mala —dice—. Todo depende de la profundidad de la herida. Si no hay predisposición mórbida, podríamos llegar a un desenlace feliz.

Le dice el cura:

—Señor Tudoux, de gracia, disipe nuestra incertidumbre sin pérdida de tiempo y vende la herida del pobre Gribouille.

Les dice el señor Tudoux:

—Ustedes son impacientes; eso es comprensible. Veamos la herida y rastreemos el trayecto de la bala.

El sacó sus instrumentos, sondeó la herida y encontró que la bala se encontraba detenida dentro de la columna vertebral, de donde era imposible extraerla.

El lanzó al brigadier una mirada significativa y le dice en voz baja:

—El está perdido. El no pasará de este día. Que el señor cura le confiese, y que se haga la voluntad del herido, todo lo que quiera: Que hable, que se calle, que beba, que coma, nada le hará daño.

* * *

El brigadier lanzó una mirada dolorosa sobre el pobre Gribouille, que había conservado su aire calmado y sonriente.

Le dice el señor Tudoux:

—¿Sufre usted, joven?

Le responde Gribouille:

—Un poco. . . no mucho. Sólo en la espalda. . . cuando me muevo.

Le dice el señor Tudoux:

—¿Vuestro espíritu está tranquilo? ¿No tiene nada que le inquiete, que le agite?

Le dice Gribouille:

—No, no. . . Yo estoy contento. . . Yo he salvado a mi amigo. ¿Cree. . . que voy a morir?

Le dice el señor Tudoux:

—Yo no puedo afirmar nada. Puede ser que usted pueda recuperarse.

Le dice Gribouille:

—¿Usted cree? Bien. . . Yo digo. . . que moriré. . . hoy. Yo he visto. . . a mi mamá. Ella me lo ha dicho. . . Los ángeles. . . me lo han dicho. . . también. Yo estoy muy contento. . . Yo quisiera. . . ver a Carolina. Este es el día. . . brigadier, mi amigo. . . dígame que venga. Quiero hablarle. . . y abrazarla.

* * *

Le dice el brigadier:

—¿No sería mejor, señor cura, que usted mismo fuera a buscarla y a prevenirle a la pobre Carolina? Yo me quedaré aquí, junto a Gribouille.

Le dice el cura:

—¡Ahora mismo! Démosle a Carolina una hora de reposo todavía. Yo voy a estar cerca de este pobre niño. Yo tengo que conversar con él. Aléjese, brigadier. Lo que tengo que decir y escuchar debe quedar entre él y yo.

El brigadier se aleja con el médico a quien guió para preguntarle sobre el estado de Gribouille.

El señor Tudoux persiste en decir que la jornada no pasará sin que él sea llamado de nuevo para constatar el deceso, que el herido recaería pronto en un adormecimiento interrumpido por ligeras convulsiones, y que la muerte sería dulce y pronta.

24 UN FINAL CONMOVEDOR

El brigadier fue dolorosamente impresionado de la parada del médico. El amaba a Gribouille y estaba profundamente tocado por la abnegación tan afectuosa de este pobre muchacho. Además, él temía por Carolina, la pena que le ocasionaría este cruel acontecimiento. “Ella me lo había confiado —decía—. Yo debí devolvérselo en buena salud, tal como ella me lo había dado. Ella lo va a encontrar herido y moribundo. Y él muere por mí; él muere por haberme salvado.”

El permaneció por cerca de una hora sumergido en estas penosas reflexiones. El caminaba de arriba para abajo a pasos precipitados delante de la casa donde su joven amigo recibía las futuras consolaciones del cura. De vez en cuando se secaba sus ojos húmedos, después sonreía ante la esperanza de ser admitido a consolar y proteger a Carolina durante el resto de su vida. El escuchó que le llamaba el cura, entró y se asustó de la contracción de las facciones de Gribouille.

* * *

—Ya es tiempo —dijo el cura—, yo voy a buscar a nuestra pobre Carolina. Cuídele, su alma es pura y él parece haber recuperado la claridad de la inteligencia que le faltaba.

—Amigo mío —dijo el moribundo—, yo voy mejor. Yo me ahogo menos. Se ha producido en mi cabeza, yo no sé qué trabajo. Yo siento mejor la dicha de morir por usted. Me parece que yo le devuelvo a mi querida Carolina todo lo que ha hecho por mí. El pensamiento de dejarle en sus manos hace dulce la separación. . . que no será muy larga. . . porque ustedes vendrán a juntarse conmigo cerca del buen Dios y cerca de mi mamá. . . que me espera. Quédese junto a mí, amigo mío. No me deje. . . no será por mucho.

El brigadier tomó las manos que le extendía Gribouille y las apretó contra las suyas.

* * *

Apenas había transcurrido media hora después de la partida del cura cuando se abrió la puerta y Carolina, pálida, bañada en lágrimas entró precipitadamente y se lanzó de rodillas junto a la cama, rodeó a su hermano con sus brazos temblando. Sus sollozos le impedían articular palabra.

Gribouille le abraza a su turno y le dice sonriendo:

—No llores, Carolina. Yo estoy contento. Yo estoy feliz. Tú sabes que yo tenía anhelos de morir. Yo no te dejo sola. Yo te doy al hermano de mi corazón. Yo te pido, mi hermana querida: Sé su mujer. El te lo pide también; promételo Carolina. Amigo mío, dile Carolina. Carolina, yo voy a morir. Di que sí.

El brigadier se acercó a Carolina que por toda respuesta le tendió una mano, mientras Gribouille retenía la otra entre las suyas.

—Carolina —dijo el brigadier con voz conmocionada—, yo juro a mi pobre hermano moribundo que te consagraré mi vida y que haré de tu felicidad mi principal y mi más cara ocupación.

* * *

—Carolina, tú no dices nada, volvió a decir Gribouille con inquietud. Dí, ¿lo amas? ¿Serás su mujer?

—Yo lo amo y yo seré su mujer —respondió Carolina con una voz apenas inteligible—.

—Gracias, Carolina, gracias. Adiós, hermana mía. Bendíceme. Adiós hermano mío. El señor cura, ¿dónde está? Yo no veo bien.

—Aquí, junto a ti, hijo mío —dijo el cura que había seguido a Carolina y que preparaba los santos óleos para la última ceremonia de la extremaunción—.

* * *

Gribouille parecía recobrar la inteligencia de la que había sido privado. El manifestó los mejores sentimientos religiosos. Continuó a consolar a Carolina y al brigadier, y preguntó por el Sr. Delmis.

El brigadier se apresuró para satisfacer la voluntad del moribundo. Cuando le dio a conocer al alcalde el terrible acontecimiento de la noche y el deseo de Gribouille, se apresuró a seguir al brigadier. Gribouille todavía vivía y hablaba, pero su respiración se hacía más precipitada, sus palabras más lentas, su voz más débil.

El reconoce al señor Delmis y le dice:

—Gracias, señor. . . Gracias por haber venido. Yo le amo. Yo le he impacientado a menudo. Perdón. . . perdón. Pídale a la señora que ella me perdone. Deme su mano en señal. . . de perdón.

El señor Delmis, muy emocionado para responder, le tendió la mano sin hablar. Gribouille la llevó a sus labios, la besa repetidamente. Después tomó las manos de Carolina y del brigadier, que volvió a unir con las suyas y las besó de la misma manera.

—Ahora, se acabó —dijo con una voz jadeante—. ¡El buen Dios! Poned sobre mis labios el crucifijo. . . de mi mamá. Está bien. . . Adiós. . . hasta la vista. . . Carolina. . . mi hermano. . . señor cura. . . señor Delmis. . . ¡Jesús! ¡Señor! Ya voy mamá. . . ya voy.

* * *

Gribouille lanzó un suspiro, apretó convulsionadamente el crucifijo contra su corazón y entregó a Dios su alma inocente.

Todos estaban de rodillas junto a la cama del pobre agonizante. Algunos minutos pasaron durante los cuales no se escuchaba más que los sollozos de Carolina y las oraciones del cura, a las cuales se juntaron el Sr. Delmis y el brigadier.

El cura se levantó, contempló con ternura el rostro dulce y calmado del difunto, le da a este cuerpo sin vida una postrera bendición, y levantando a Carolina la entregó en las manos de su protector que le legó el hermano que ella tanto había amado.

Ella no se resistió al movimiento del cura y después de haber dado un último beso y una última mirada al pobre Gribouille, ella se dejó caer casi inanimada en los brazos del único amigo que le quedaba.

* * *

—Señor cura, ¿qué hacer de esta pobre hija? —dijo el brigadier con una voz contenida—. Yo no puedo llevarla a mi casa, y sin embargo, ella no puede quedarse aquí.

—Aproveche de su desvanecimiento para llevarla al jardín, al aire —respondió el cura—. Cuando ella esté un poco recuperada, yo la llevaré a mi casa.

Le dice el brigadier:

—Gracias, señor cura, ¡cien veces gracias! ¡Donde puede ella estar mejor que con usted! Lo que usted hace por ella es también por mí que lo hace, y yo le seré agradecido hasta el final de mi vida.

Le dice el cura:

—Usted me probará su agradecimiento al hacerla feliz y al amar al buen Dios, mi amigo.

Le dice el brigadier:

—Yo le doy mi palabra de soldado, señor cura.

* * *

El brigadier llevó a Carolina, completamente inconsciente y la puso sobre un banco de hierba del jardín, y le humedeció la frente y las sienes con agua fresca.

Cuando ella volvió en sí, sus lágrimas volvieron a correr, pero dulces y consoladoras porque la muerte de Gribouille no tuvo nada de amargo ni de cruel. El había anhelado morir. El moría feliz de dar su vida por su amigo y él dejaba a su hermana en las manos de un hombre valeroso y honesto cuyo corazón abnegado y amante remplazaron el que le había sido quitado.

El brigadier la consoló dulce y afectuosamente. El le refirió los detalles que ella ignoraba, la herida y la valerosa abnegación de su hermano. El le habló de su futuro, del paternal ofrecimiento del buen cura y le renovó la promesa de consagrarse enteramente a su felicidad.

El logró calmar la primera violencia de su pena. El alma dulce y tierna de Carolina recibió fácilmente las impresiones consoladoras de su nuevo amigo, y pronto se encontró en el estado de caminar apoyada sobre el brazo del brigadier.

* * *

—Yo quisiera dar un último adiós a mi hermano. Eso servirá para endulzar mi dolor.

Le dice el brigadier:

—Mi pobre Carolina, yo temo que la emoción no te sumerja en el estado del que acabas de salir.

Le dice Carolina:

—No temas. La primera sacudida ha pasado. Me parece que el alma de mi hermano reposa junto a mí y me sostiene. El obtendrá para mí del buen Dios el valor para soportar la separación. Ten confianza en mí, amigo mío. ¿Acaso no estoy acostumbrada a resignarme?

Le dice el brigadier:

—Ven, querida niña, ven. Vamos a abrazar por última vez a nuestro hermano.

* * *

El brigadier la condujo a la sala donde el cura oraba por el alma que acababa de volver al seno de Dios.

El Sr. Delmis había abandonado la casa. Carolina caminó con paso firme hacia la cama, se inclinó sobre el rostro sonriente de su hermano. Puso sobre su frente y sobre sus mejillas descoloridas varios besos tiernos, oró algunos instantes arrodillada junto a la cama y se levantó en el momento en que el brigadier comenzó a inquietarse de su inamovilidad.

—Vamos, le dice ella con la cara bañada en lágrimas, pero calmada y resignada. Señor cura, yo estoy lista a ir a su casa. Sólo dígame quién se quedará junto a mi hermano.

—Seré yo —dijo el brigadier—.

—Será Nanón, que está acostumbrada a esto —dijo el cura—. Si se necesita de vuestra ayuda, le llamarán, brigadier.

* * *

El brigadier acompañó al cura y a Carolina hasta la puerta, les siguió largo rato con la mirada y volvió junto al lecho de Gribouille, y le besó en la frente.

“Adiós, pobre niño, pobre hermano —dice al contemplarle—. Tú me has amado durante tu vida. Tú me has amado más todavía al morir, porque después de haberte abnegado por salvarme, tú me has legado tu hermana, tesoro de bondad, de sabiduría, de piedad. Mi amigo obtiene también para mí estas virtudes que la hacen tan querida a fin de que yo muera ser digno de su estima y su ternura. Adiós, pobre amigo. Vela sobre nosotros ora por nosotros.

El brigadier sintió que una calma extraordinaria renacía dentro de su alma. El oró dulcemente y sin amargura.

Nanón no tardó en juntársele.

* * *

—Otra vez un muerto que amortajar —dijo ella al entrar con un aire de grandeza—. ¿Por qué ha dejado que se haga matar? ¿No estaba usted allí para defenderlo, a este pobre inocente?

Le dice el brigadier:

—Es el buen Dios que ha hecho las cosas, y no yo que voluntariamente hubiera recibido la bala en su lugar.

Le dice Nanón:

—¿Qué necesidad tenía de llevarlo con usted? ¿Tiene eso buen sentido? ¡Llevar un pobre niño a la persecución de un bandido, de un asesino!

Le dice el brigadier:

—Es él que ha querido venir. El me amaba; él no que querido dejarme.

Le dice Nanón:

—¡Hermosa razón! ¡Un gendarme que cede a la voluntad de un niño! Eso da lástima, de veras.

Le dice el brigadier:

—Vamos, Nanón, tú no estás aquí para condenarme, sino para ayudarme a rendir los últimos deberes al pobre Gribouille.

Le dice Nanón:

—Usted no tocará nada. Usted no hará otra cosa que estorbarme. ¿Acaso usted entiende algo al respecto? Deme lo que me falta.

Le dice el brigadier:

—¿Qué te falta? Dilo, pues, si quieres tenerlo —dijo el brigadier con un comienzo de impaciencia—.

Le dice Nanón:

—¡Toma! Usted no está más informado que estos. Déjeme servir yo sola. Pronto yo habré terminado. Estos gendarmes no son buenos sino sólo para arrestar a la pobre gente.

—¡Qué diablos le importa, vieja gruñona! —grita el brigadier al extremo de su paciencia—. Haga según le parezca y llámeme cuando haya terminado.

—Cuenta con que te llamaré, gendarme de desgracia —masculla entre dientes Nanón, irritada del apóstrofe de “vieja” que le dio el brigadier.

* * *

Cuando él salió, ella continuó mientras preparaba los objetos necesarios.

“¿Tiene esto buen sentido? ¡Un hombre de treinta años que hace matar a un niño en su lugar! ¡Este pobre inocente! Hacerle caminar hacia el fuego, como si él fuera un gendarme. Esta gente no tiene corazón, ¡y esta pobre Carolina! ¡Vedla en tan buena situación! Sin hermano, sin nadie. Si este brigadier hubiera tenido dos centavos de imaginación, él debería darle todo lo que posee. ¿Es que el señor cura es capaz de cuidarla? ¡Esto sería una linda carga para mí! ¡Como si yo no tuviera bastante con el señor cura, que no piensa en nada, y de su Pelagie que no hace más que rezar. ¡Rezar! Algunas veces es bueno. Ella hace bien la cocina cuando yo no estoy allí. Ella hace bien la colada, ella jabona, plancha, acomoda. Por ejemplo, ella cose bien. Ella hace mejor que nadie las sotanas y las sábanas del señor cura. El último vestido que me ha hecho no estaba tan mal. Pero, ¿qué tiene que ver todo esto con lo que estoy haciendo?

* * *

Todo gruñendo Nanón terminó de amortajar al pobre Gribouille. Ella le puso sobre el lecho guarnecido unos paños blancos. Prendió dos cirios que había llevado. Puso en las manos del difunto el crucifijo que estaba puesto sobre su pecho. Después se acomodó en un sillón y esperó dos vecinas que al venir había convocado para velar junto al muerto.

Las vecinas llegaron y después de algunos comadreos y algunas observaciones banales sacaron de los bolsillos de sus mandiles las provisiones de café, azúcar, aguardiente y pan que ellas juzgaron necesarias para pasar la noche.

* * *

El brigadier, que se paseaba siempre de arriba para abajo en el jardín, encontró que Nanón invirtió mucho tiempo en su triste operación. Al final perdió la paciencia y entró en la casa. Su sorpresa fue grande al encontrar a las tres mujeres establecidas en sus sillones y conversando apaciblemente de los acontecimientos recientes.

—¡Es como me lo advirtió, Nanón! —dijo él con un aire descontento—.

—Puesto que somos ya tres, no hay necesidad de usted, que yo pienso.

El brigadier levantó sus hombros, se acercó a Gribouille envuelto en su lienzo, y doblando las rodillas recitó una corta oración por el descanso del alma de su amigo. Después, al levantarse, él salió sin decir palabra y fue a la prisión para ver lo que allí ocurría.

De acuerdo con sus órdenes, habían ido a buscar al juez de paz para hacer una investigación sobre el doble asesinato cometido por Michel. Esperaban al magistrado encargado de la instrucción del proceso y la orden de trasladar al asesino a la capital del departamento.

Todo se hizo de acuerdo al proceso regular de las leyes. Michel fue interrogado, los dos asesinatos fueron constatados y el culpable fue conducido, bien atado.

El juicio no tardó en tener lugar. El asesino fue condenado a la muerte y ejecutado dentro del más corto plazo. El murió como un verdadero bandido, rehusando responder al sacerdote que le acompañó hasta el lugar de suplicio.

* * *

Mientras el brigadier atendía los asuntos de su servicio, las comadres no dejaban de humedecer sus lenguas. Tan pronto el brigadier salió, ellas se miraron con una sonrisa malévola.

Les dice Nanón:

—¿Habéis visto? ¡El brigadier arrodillado junto al cadáver del inocente que él ha dejado perecer!

Les dice Phrasie:

—Yo me he dejado decir que él lo había empujado ante la pistoleta de Michel.

Les dice Nanón:

—¡Yo no lo juraría! ¡Un gendarme así no tiene corazón y es capaz de todo!

Les dice Louison:

—Este brigadier no es libre de culpa. Rose no ha podido presentar su denuncia el día que él la arrestó por robo.

Les dice Phrasie:

—Yo jamás he comprendido por qué les apresaron ese día y por qué ella se escapó.

Nanón les explica largamente y a su manera lo que ocurrió en esa ocasión. Phrasie y Louison no encontraron claro el recuento embrollado, pero hacían como si hubieran comprendido por temor de irritarla. Y mojaron un pan en aguardiente mezclado con agua y volvieron a hablar de Rose y de Michel.

Les dice Louison:

—¡Esa es otra triste historia! Y decir que yo le había advertido a esta pobre Rose y ella no me quiso escuchar. Siempre corriendo tras ese Michel, ese bandido que no vivía sino de robos y de pillerías. Ella lo amaba; hay que creerlo.

Les dice Phrasie:

—Ba, déjense pues. Ella sabía que él tenía un capital: Ella ha querido ser desposada. Era su obsesión ser desposada porque nadie la quería.

Les dice Nanón:

—No es asombroso. Una gorda pelirroja, sin centavos, haciéndose la toilette como una princesa. Mal corazón, lengua perversa, vieja y tonta. Todo eso no es una bella dote, yo pienso.

Les dice Louison:

—Mis buenas amigas, ahora suena el *Angelus*. Será bueno, según pienso, hacer una oración junto a este pobre cuerpo acostado sobre su lecho de muerte.

Les dice Nanón:

—Empieza, Louison; nosotras seguiremos en turno.

* * *

Mientras Louison, la menos perversa de las tres, mascullaba al pie del lecho algunas oraciones que ella comprendía mal y recitaba todavía más mal, Nanón y Phrasie continuaron su conversación.

Les dice Phrasie:

—Y la pequeña Carolina, ¿qué va a ser de ella? Ella no puede quedarse sola en esta casa.

Les dice Nanón:

—Ella va a caerse sobre mis brazos. El señor cura no hace otras cosas. El la lleva a nosotras, no podremos deshacernos de ella.

Les dice Phrasie:

—Una joven mujer como Carolina no puede quedarse bajo la guardia de un gendarme.

Les dice Nanón:

—¡Toma! ¿Por qué no? ¿Para qué es bueno un gendarme si no es para guardar a la pobre gente?

Les dice Phrasie:

—¡Pero él es demasiado joven!

Les dice Nanón:

—¿Acaso se requiere que un gendarme tenga cien años para hacer su servicio? ¡Un oficio de perro! Correr de día y de noche, por la helada, por la nieve, bajo la lluvia, contra el viento, bajo el Sol, bajo el polvo. Pasar la noche inmóvil como un limitado para poner emboscada a la gente mala, que no siempre atrapan. Dejarse injuriar, sin dar un golpe certero. ¿No creen que se requiere de fuerza, de salud y de valor para soportar este conjunto de disgustos? ¿Creen que un gendarme con cabello blanco o sin cabello resistiría una vida de triple galera?

Les dice Phrasie:

—Yo no digo, sin duda, que tienes razón. Pero todo eso no prueba que el señor cura haya querido dejar que Carolina se haga cantinera de un gendarme.

Les dice Nanón:

—Yo no sé nada; este es un estado como otro, y yo no lo llevaría sobre el hombro.

* * *

Estas mujeres estaban tan ensañadas discutiendo el futuro de Carolina, que no vieron que la puerta se abría, que el cura entraba y que se arrodillaba junto a Gribouille al costado de Louison que estaba profundamente dormida, con la cabeza apoyada sobre el colchón.

Sin quererlo, él había escuchado gran parte de la conversación que lo afligió al demostrarle el perverso querer de Nanón respecto de la pobre Carolina. El reflexionó qué podría hacer para ahorrarle las rudezas y los reproches nada delicados de su vieja sirvienta. El no veía otra casa que la suya que le pudiese servir de refugio. Ciertamente el Sr. Delmis la habría acogido con diligencia, pero su mujer hacía este asilo imposible.

Después de largas y tristes reflexiones, después de haber invocado la asistencia de Dios para ayudarle a tomar una decisión, tuvo el pensamiento súbito de apresurar el matrimonio de Carolina, para asegurarle sin más tardar la protección que le había anhelado tan ardientemente su hermano.

* * *

Cuando esta resolución se detuvo en su espíritu él se aproximó a dos de las chismosas a las cuales él se apareció como un fantasma. Al mismo tiempo ellas lanzaron un grito que despertó con sobresalto a la vieja Louison. Las tres cayeron de rodillas en su pánico, lo que aumentó más la inmovilidad del cura.

—Levántense pobres locas —dijo finalmente—, yo he escuchado vuestra loca conversación. Nanón, tu mal carácter, tu espíritu malévolo hace difícil la obra de caridad que yo quiero hacer. Y para no provocar tu ánimo y tus propósitos injuriosos yo me limitaré a guardar sólo por quince días a la pobre Carolina. Al final de este tiempo yo seguiré tu consejo y la entregaré a las manos del bravo brigadier que ha sido, no el asesino, sino el amigo del pobre Gribouille.

Las dos mujeres levantaron sobre el cura sus ojos asombrados. Nanón quiso disculparse, pero el cura salió sin escucharle.

* * *

—¡Y bien! ¡Allí tenéis otra! ¡El señor cura va a hacer semejante inconveniencia que va a dejar a una joven mujer a una banda de gendarmes! —gritó Nanón desde que la puerta fue cerrada—.

—¿Y de quién es la falta? —gritó con una voz agria su amiga Phrasie—. ¿No eres tú que lo quieres de inmediato? Hay que creer que el señor cura la encuentra más segura con hombres bravos y honestos que cerca de una lengua perversa como la tuya.

Le dice Nanón:

—¡Lengua malvada! ¡Ah! ¡Es así! ¿Ustedes se permiten apodarme con vuestra lengua de víbora? ¡Jamás, yo os llamaré para velar a los muertos!

Le dice Phrasie:

—¡En lo que me afecta eso a mí! ¡Mira qué buen provecho hay en pasar una noche en compañía de un mal carácter, de un espíritu malévolo, como tan bien lo decía el señor cura. Por él ha sido dicho no hace que un instante.

Nanón iba a responder, pero Louison le avergonzó de su comportamiento en presencia de la muerte. Ella rehusó, después de algunas tentativas infructuosas, reconciliar las enemigas. Y las tres se pusieron de común acuerdo a velar convenientemente.

La noche se pasó tristemente. Ellas estaban avergonzadas de su violencia. Sobre todo Nanón lamentaba la cólera a la cual ella se había entregado.

Al día siguiente, unos hombres encargados de las ceremonias del entierro vinieron para meter al pobre Gribouille dentro del ataúd que debía contener sus despojos mortales hasta el final de los siglos. Se comenzó enseguida los preparativos del entierro que el cura había fijado para el día siguiente.

* * *

El brigadier había estado ocupado hasta la noche de las formalidades requeridas para constatar el crimen y el deceso. Cuando su tarea había terminado se dirigió al presbiterio para saber las nuevas de Carolina. El la encontró triste, dejando escapar de vez en cuando una lágrima que se abría camino a pesar de todo su coraje y su resignación. Ella lo recibió con una dulce sonrisa y continuó la conversación interrumpida en la mañana. Ella se aseguró que su hermano no estuviese solo, recordó de nuevo algunos detalles olvidados acerca de sus presentimientos, su visión de su madre y de los ángeles. Ella sonreía ante el recuerdo de Jacquot y el temor que revelaba Gribouille de sus malos propósitos.

El brigadier se informó con miramientos del día y la hora del entierro y le promete estar a la cabeza del cortejo.

* * *

El cura volvió y habla con el brigadier de la necesidad de acelerar su matrimonio y de proceder inmediatamente después del entierro de Gribouille a la publicación de los bandos y otras formalidades necesarias.

El brigadier mira a Carolina para adivinar cuál era su voluntad.

—Yo haré lo que me aconsejará el señor cura —dice ella—, respondiendo a su mirada.

Les dice el cura:

—Está bien, mi hija. Yo reconozco vuestra sabiduría y vuestra dulzura acostumbradas. Nosotros vamos a arreglar todo, yo y el brigadier.

Le dice Carolina:

—Yo sólo deseo que todo se haga sin fiesta y sin ruido, todo entre nosotros mismos como conviene al duelo de nuestros corazones.

Les dice el brigadier:

—Es así como lo entiendo yo mismo, Carolina. Nuestro pobre hermano será el solo presente en nuestro matrimonio como lo ha dicho al morir.

Carolina llora, después sonrío. La jornada del día siguiente se pasó como el del día anterior, entre las lágrimas y la sonrisa.

* * *

El día del entierro llegó. Una multitud inmensa seguía al ataúd. La muerte del pobre Gribouille era la sensación de la villa y cada uno quería rendir homenaje a su generosa abnegación siguiendo sus restos hasta el lugar de su reposo.

A la cabeza del duelo caminaban el brigadier y el Sr. Delmis.

Carolina, apartada a un rincón de la iglesia oraba y lloraba, pero se sentía fortalecida y consolada como si el alma de su hermano hubiera penetrado dentro de la suya.

Cuando el ataúd dejó la iglesia para dirigirse al cementerio, Carolina lo seguía de lejos, y cayendo de rodillas junto a un árbol que la ocultaba casi por entero, vertió abundantes lágrimas ante el pensamiento de la larga separación que el buen Dios le imponía. Pero siempre sumisa, siempre calmada, ella agradecía a Dios por haber acogido a su hermano en la morada bienaventurada y por haberle ahorrado los sufrimientos más grandes y largos.

Mientras ella oraba y lloraba, sintió que dulcemente la levantaban. Eran el cura y el brigadier que la habían visto al llegar al cementerio y que venían para arrancarla de su dolor.

El brigadier todavía tenía los ojos húmedos. El levantó a su prometida sin hablar, y pasando su brazo debajo del suyo él la condujo a la le había asignado la dulce caridad del buen cura.

* * *

Los quince días que precedieron su matrimonio se pasaron apaciblemente. La vieja Nanón no se atrevió a gruñir, impedida como estaba por el temor del brigadier que le hizo un terrible “hem” un día cuando ella comenzó a hacer un ligero ataque contra Carolina.

El día del matrimonio fue también calmado como los días precedentes. El Sr. Delmis y uno de sus amigos sirvieron de testigos a Carolina; del brigadier fueron dos de sus camaradas.

Después de la ceremonia hubo en casa del cura un almuerzo para los recién casados y los testigos. Enseguida se separaron.

El brigadier y su mujer fueron a hacer su visita nupcial a la tumba del pobre Gribouille. Mientras Carolina, arrodillada junto a su marido, rogaba a su hermano bendecir su unión, los dos sintieron que una calma extraordinaria llenaba sus corazones. Ellos se comunicaron esta impresión:

—Estas son las oraciones de mi hermano —dijo Carolina al tomar la mano de su mujer—.

—El había prometido velar sobre nosotros —dijo el brigadier reteniendo la mano de su mujer—.

* * *

El brigadier llevó a Carolina a su casa. Inmediatamente ella se ocupó de poner orden en lo doméstico. Después de haber pasado allí algunos días, ellos resolvieron abandonar esta morada triste y muy cerrada para instalarse en la casa de Carolina.

—Yo tendré allí dulces recuerdos, amigo mío —le dice a su marido—. Ellos estarán despojados de tristeza, porque aquellos que yo amaba murieron allí como buenos cristianos, como ellos habían vivido.

Carolina retomó su anterior oficio de costurera. El trabajo, lejos de faltarle, llegó a ser tan abundante que ella se vio obligada de tener una, después dos, y después varias obreras.

Su hogar prosperó de todas maneras. Dios bendijo su piedad y su ternura al darles muchos hijos que al ser criados como cristianos por una madre y un padre cristianos, fueron el gozo y el orgullo de sus padres.

El Sr. Delmis continuó siempre testificando la misma amistad a Carolina y a su marido y a visitarles a menudo cuando estaba terminada la obra de la jornada.

La Sra. Delmis no le perdona jamás a Carolina el haberle dejado después de haber sido iniciada en los secretos íntimos de su toilette. Sus hijos olvidaron pronto a Carolina y a Gribouille, aunque fueron muy impresionados por la muerte de este último.

La Sra. Delmis no tardó en pelearse con sus amigas, la Sra. Grebu, la Sra. Ledoux y la Sra. Piron. Las cuatro se destrozaban a diente limpio y se injuriaban cuando se encontraban.

Rose había sido enterrada sin ceremonia en el rincón más recóndito del cementerio. Sólo el cura y el brigadier echaron agua bendita sobre su tumba.

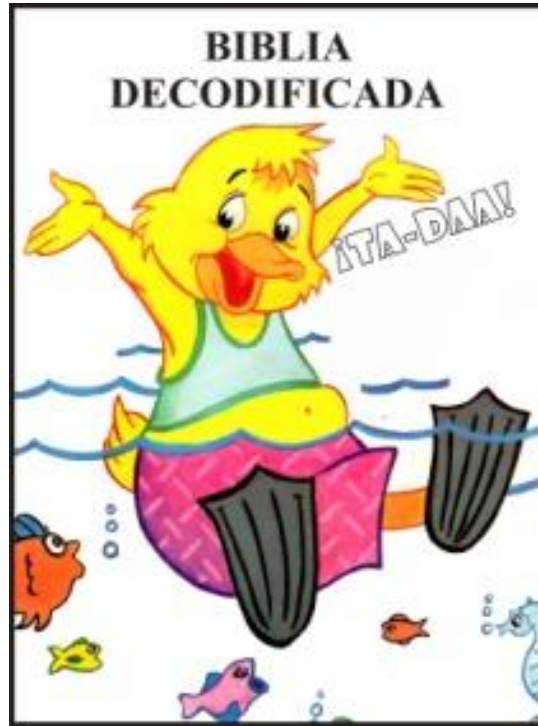
El cura vivió todavía un largo tiempo como para bautizar y casar a los hijos de Carolina.

El humor siempre agrio de Nanón le obligó al cura a separarse de ella. Ella partió gruñendo y quejándose para vivir con su familia con una pequeña renta que le dio el buen cura.

Pelagie tomó la labor doméstica a su cargo tras la partida de Nanón, ayudada por algunas jornadas de obreras. La casa marchó mejor y sobre todo con más paz que con Nanón. Pelagie consagró su vida a su tío y no le sobrevivió sino por algunos meses.

La memoria de Gribouille y de su abnegación vive aún en la villa. Sobre el emplazamiento de su tumba se ve una cruz de piedra con una inscripción con su nombre, su edad y el año de su muerte. Sin querer nombrar esta villa, podemos decir que se encuentra en Normandía, a algunas leguas de Verneuil.





INFORMACION IMPORTANTE

Para tener información sobre la *Biblia Decodificada* del Dr. Moisés Chávez sírvase acceder a la separata, *Biblia Decodificada*.

Para tener información sobre la Biblia Reina-Valera Actualizada (RVA) sírvase acceder a la separata, *Biblia RVA*.

Para tener información sobre el contenido de las 1.050 historias cortas, 165 separatas académicas, 150 libros, 76 tesis de grado CBUP y los volúmenes del *Indice Expurgatorius – Libros Prohibidos* que conforman la Biblioteca Inteligente MCH, sírvase acceder a la información que presenta la separata, *Biblioteca Inteligente*.

Para obtener información sobre los Estudios Universitarios del CEBCAR y de la CBUP-VIRTUAL, sírvase acceder a la separata, *Estudios Universitarios CEBCAR-CBUP*.

Para tener acceso a la bibliografía de la Biblioteca Inteligente MCH, sírvase acceder al documento, *Bibliografía WORD*.